NI DE AQUÍ, NI DE ALLÁ

PASE DE ABORDAR

CIUDAD DE MÉXICO 304

HORA DE EMBARQUE 12 DE SEP 08:45

ASIENTO 13A

A LAX

Un Alma Suspendida Entre Dos mundos

U.S. ADMITTED B-2
SEP 12 1998
UNTIL 6 MONTHS
LOS ANGELES.



AA

JORGE XOLALPA

UNA MEMORIA

Ni De Aqui, Ni De Alla


A Soul Suspended Between Two Worlds

NI DE AQUI, NI DE ALLA

Una Alma Suspendida Entre Dos Mundos

UNA MEMORIA

JORGE XOLALPA

Aviso de Copyright

© 2025 Jorge Xolalpa. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otro, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.

Declaración sobre Personas Reales y Eventos

Esta es una obra de no ficción. Aunque los eventos descritos provienen de la vida del autor, ciertos nombres, detalles de identificación y lugares han sido cambiados o alterados para proteger la privacidad de las personas. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, bajo nombres distintos a los suyos, es puramente coincidental.



A mi madre, que frente a la adversidad se convirtió en mi superheroína y me enseñó a volar.

Y a mi comunidad,

los soñadores, los luchadores, los amantes y los sobrevivientes. Este libro es para su espíritu inquebrantable, para las noches en que soportaron el miedo en silencio y para las mañanas en que se levantaron con dignidad a pesar de un sistema construido para quebrarlos.
Que estas palabras sean un recordatorio: no son invisibles, no son desechables, y sus historias sobrevivirán más allá de los muros levantados para contenerlos.

"Cree en ti mismo de la misma manera en que crees en los demás y verás cómo sucede la magia."

— Jorge Xolalpa

"No es el crítico quien cuenta; no es el hombre que señala cómo tropieza el hombre fuerte, o dónde el que hace las obras pudo haberlas hecho mejor. El mérito pertenece al hombre que está realmente en la arena, cuyo rostro está marcado por el polvo, el sudor y la sangre; que se esfuerza valientemente; que yerra, que se queda corto una y otra vez, porque no hay esfuerzo sin error ni carencia; pero que en verdad se esfuerza por hacer las obras; que conoce los grandes entusiasmos, las grandes devociones; que se entrega a una causa digna; que en el mejor de los casos conoce al final el triunfo de un gran logro, y que en el peor, si fracasa, al menos fracasa atreviéndose en grande, de modo que su lugar nunca estará con esas almas frías y tímidas que no conocen ni la victoria ni la derrota."

— Theodore Roosevelt, *Ciudadanía en una República* (Sorbonne, París, 1910)

y Jorge Xolalpa (Los Ángeles, 2025)

TABLE OF CONTENTS

PRÓLOGO

Capítulo Uno

- Bienvenido a América

Capítulo Dos

- El año en que intenté desaparecer

Capítulo Tres

- Un viaje a Disneylandia

Capítulo Cuatro

- Mis novios heteros

Capítulo Cinco

- Llévame a la Blue Line Station

Capítulo Seis

- El papi boricua

Capítulo Siete

- ¿Soy yo el problema? Confesiones de un amigo "de la chingada"

Capítulo Ocho

- Ese tuit que me cambió la vida

Capítulo Nueve

- Mis Días de Diecisiete Horas

Capítulo Diez

- Vamos Tartars!

Capítulo Once

- El día que le conté a mi padre que soy gay

Capítulo Doce

- El monstruo dentro de mí

Capítulo Trece

Juega juegos estúpidos, gana premios estúpidos

Capítulo Catorce

Los detonantes que elegimos amar

Capítulo Quince

Confesiones de un casi alcohólico

Capítulo Dieciséis

Ni de aquí ni de allá

Capítulo Diecisiete

Esto es Amerikkka

Capítulo Dieciocho

Corazón de niño gordo

Capítulo Diecinueve

Tu Dama de Hierro

Capítulo Veinte

Eliminado de mi vida

Capítulo Veintiuno

El trauma latino

Capítulo Veintidós

Chambeando en plena recesión

Capítulo Veintitrés

El favorito de Dios

Capítulo Veinticuatro

Querida Mami,

Agradecimientos

NOTA PARA LOS LECTORES

Este libro es mi ofrenda para ustedes. Nació de las noches en que pensé que no sobreviviría, de las mañanas en que cargaba silencios más pesados que cualquier maleta, y de los momentos en que el amor, en todas sus formas frágiles y tercas, me salvó.

Escribí estas páginas no solo para recordar, sino para soltar. Para honrar a las personas que me formaron, los lugares que me moldearon y las batallas que aún resuenan en mis huesos. Algunas historias pueden doler. Otras quizás te hagan reír o respirar un poco más ligero. Todas, espero, te recuerden que incluso en los rincones más oscuros, nunca estamos realmente solos.

Gracias por elegir adentrarte en mi mundo. Gracias por escuchar.

PRÓLOGO

Siempre me he considerado alguien que, aunque existe entre dos mundos, siempre se encuentra con la frase: "Ni de aquí, ni de allá".

Nací en México y fui traído a Estados Unidos cuando tenía nueve años, lo suficientemente grande para entender que ahora era un extraño en un lugar que nunca me vería como uno de los suyos. No era solo una sensación, era una realidad. No era completamente mexicano, pero tampoco era estadounidense. Durante gran parte de mi vida, fui un niño sin hogar, atrapado en ese espacio liminal entre dos identidades, incapaz de reclamar por completo ninguna de las dos.

La verdad es que ese sentimiento de otredad nunca desapareció del todo. Me siguió en la infancia y me acompañó bien entrada la adultez. Nunca he encajado del todo en ningún lado, y he cargado con ese peso durante años. Navegar mi vida en EE.UU. como un inmigrante joven, con la presión añadida de ser beneficiario de DACA, solo intensificó esa sensación.

El mundo a mi alrededor avanzaba, pero yo siempre estaba fuera de alcance, atrapado en un espacio donde las puertas se cerraban antes de que siquiera pudiera tocar.

Siendo honesto conmigo mismo, la lucha más profunda no fue sobre fronteras o identidad. No se trataba de sentirme fuera de lugar o ignorado. Se trataba del amor. O más bien, de la falta de él. No del amor de los demás, aunque ese también fue difícil de conseguir, sino del amor hacia mí mismo. Durante mucho tiempo no supe cómo amar a la persona que era, la que había llegado a ser. No supe cómo amar al niño que dejé atrás en México, al adolescente que se sentía indigno, ni al hombre que estaba creciendo en un mundo que parecía repetirme que no pertenecía. Y eso me lleva a lo siguiente.

Yo no crecí soñando con ser cineasta. No era una fantasía infantil que me acompañó con los años. De hecho, ni siquiera estaba en mi radar hasta que, casi por accidente, me encontré con un iPhone, un boom mic, y un pensamiento ingenuo y salvaje: "Tal vez podría hacer una película."

De ese impulso nació Blue Line Station. Filmada con un presupuesto de 100 dólares, sin entrenamiento formal, sin equipo, sin experiencia, solo con una pasión por contar historias y la creencia de que de alguna manera podía crear algo que se sintiera real. Fue caótica, cruda, incierta. Pero era mía. Y de algún modo, eso bastaba.

Cuanto más creaba, más me daba cuenta de que el cine no se trataba solo del trabajo. No se trataba de hacer algo "bueno" o "exitoso", sino de entregar pedazos de mí al mundo, de permitir que la gente viera partes de mí que había escondido durante años. Cada cuadro era una oportunidad de abrirme, de bajar la guardia, de abrazar esas partes desordenadas, vulnerables e imperfectas de mí mismo que nunca había sabido amar. Con cada historia que contaba, me descubrí amando más el proceso, amando más el arte de contar, pero sobre todo, aprendiendo a amarme a mí mismo. Me estaba convirtiendo en la versión de mí que siempre había soñado, pero que no sabía cómo encontrar.

Pero hubo un tiempo antes de todo eso. Un tiempo en el que ni siquiera sabía si quería seguir adelante. Un tiempo en el que me sentía tan perdido y atrapado por todo lo que estaba en mi contra que llegué a creer que el mundo estaría mejor sin mí. Hubo una noche, un momento oscuro, en el que intenté acabar con todo. No se trataba solo de las batallas externas que enfrentaba, los obstáculos en mi camino. Era una batalla interna, una lucha con mi propio valor, con mi propio sentido de propósito. Una parte de mí no sabía cómo seguir cuando parecía que todo lo que quería, todo lo que soñaba, estaba fuera de alcance, cuando cada puerta se cerraba antes de que pudiera tocar.

Pero en esa oscuridad, ocurrió algo inesperado. Encontré amor. No un amor grandioso o heroico, sino un amor silencioso y feroz por la vida. Por mi vida. En lo más profundo de la desesperación, encontré la fuerza para darme cuenta de que no solo estaba sobreviviendo, estaba viviendo. No solo existía, tenía algo que ofrecerle al mundo. Descubrí que mi propósito no era solo resistir, sino crear. Tenía amor dentro de mí, y necesitaba dejarlo salir, compartirlo con el mundo. Ese amor se convirtió en mi motor.

Cuando la gente habla de mi ascenso como cineasta, de los premios, de los festivales y el reconocimiento, a menudo solo ven la superficie. No ven las luchas detrás de cada película, las incontables horas de duda, las noches preguntándome si estaba loco por seguir adelante, por romper reglas, por contar historias que la industria no estaba lista para escuchar. No ven los momentos de miedo, de cuestionamiento, las veces en que pensé que no podía más, cuando sentía que estaba fuera de mi alcance. Pero en todo eso, siempre hubo amor. El amor que tenía por mis historias, el amor que empezaba a sentir por mí mismo, y el amor que sentía por las personas que confiaban en mí para contar sus historias.

Cada proyecto, desde Valentina con su presupuesto de 500 dólares hasta Lolita con 350,000, fue un acto de amor. La vulnerabilidad de cada película reflejaba la mía propia. La crudeza de cada historia era el espejo de mis luchas, de mis batallas por pertenecer, por amar y ser amado. La gente no veía las noches que pasaba solo, dudando, preguntándome si estaba loco por insistir. Pero seguí porque creía que, de alguna manera, esas historias importaban. Que necesitaban ser contadas. Que el mundo tenía que verlas, porque eran reales. Eran imperfectas. Eran desordenadas. Eran verdaderas.

El amor es algo extraño. No siempre es bonito. Es caótico, doloroso y a veces parece inalcanzable. Pero también es lo que nos impulsa a seguir cuando todo lo demás nos dice que paremos. Es la fuerza que nos sostiene cuando sentimos que no queda nada. Para mí, el amor es lo que me ha llevado hasta aquí. Incluso cuando las probabilidades estaban en mi contra, el amor estaba ahí, tejido en la

crudeza de mi trabajo, incrustado en la vulnerabilidad de cada cuadro.

No existía un manual para alguien como yo. Ninguna guía que dijera: "Así es como entras a una industria que nunca fue hecha para ti." Pero lo que sí tenía, y sigo teniendo, es una necesidad implacable de crear, una voz que exige ser escuchada, y una profunda comprensión de lo que significa estar afuera, ser invisible, y negarse a permanecer en silencio.

No estoy aquí para decirte que tengo todas las respuestas. No lo he descifrado todo. De hecho, cada película me ha hecho más consciente de cuánto me falta aprender. Pero he llegado hasta aquí contra toda probabilidad porque creo en el poder de las historias. Historias que son mías. Historias que pertenecen a todos los que aún luchamos por ser vistos, por ser escuchados, y por ser amados.

Este libro trata de ese viaje, el que comenzó con un sueño, un iPhone y un deseo inquebrantable de crear. Se trata de las luchas que me formaron, del amor que aprendí a tenerme, y de las historias que sigo contando. Se trata de la gente que me ha inspirado, de las lecciones que he aprendido, y de cómo, a pesar de todo, del dolor, de los tropiezos, de la oscuridad, seguí adelante, impulsado por amor.

Y espero que, al leer esto, entiendas que si yo, un niño de México sin formación formal, pude abrirme camino en esta industria, entonces tal vez, solo tal vez, haya esperanza para todos los que seguimos luchando por ser vistos.

Capítulo Uno

BIENVENIDO A AMERICA

Era el día después de haber dejado México cuando desperté en el suelo con el sonido de voces. Demasiadas voces. Se sobreponían unas a otras, subiendo como olas: unas riendo, otras discutiendo, otras murmurando cosas que todavía no alcanzaba a entender.

El aire era espeso, húmedo, con una mezcla de tortillas quemadas, el olor rancio de demasiados cuerpos amontonados en un espacio demasiado pequeño y ese aroma inconfundible del café de olla que se metía en cada rincón de la traila como si fuera el dueño del lugar. Quince personas vivíamos en esa caja apretada de metal y plástico. Quince. Todos enredados en la vida de los demás, tirados en el piso como cosas olvidadas, desechadas.

Las paredes se sentían como si se cerraran encima de mí. El lugar era sofocante, el espacio muy chico, la gente demasiado ruidosa. Pero nadie parecía notarlo. El murmullo era constante, y aun así, nadie se detenía lo suficiente para escucharme. Para verme.

Me tallé los ojos, intentando despejar la neblina del sueño que todavía me envolvía como bruma, y miré a los extraños familiares a mi alrededor. Mi mamá ya estaba de pie, como siempre, moviéndose rápido, con la eficiencia de quien sabe que hay trabajo por hacer. Sin tiempo para preguntas. Sin tiempo para explicaciones. Sin tiempo para detenerse.

Aún no terminaba de procesar cómo había sucedido, ese salto de mi cama en México al espacio frío y ajeno en el que ahora me encontraba. Se suponía que sería un viaje de dos semanas a

Disneylandia. Dos semanas. Eso era todo. ¿Cómo habíamos pasado de la calidez de un hogar a esto? ¿Cómo había cambiado todo tan de golpe?

—Levántate. Vas a la escuela.

Las palabras cayeron sobre mí como una bofetada, frías y tajantes, arrancándome de golpe la niebla de la mente.

Fruncí el ceño, con la confusión atorada en el estómago.

—¿Cómo que voy a la escuela? —pregunté, con la voz gruesa de incertidumbre.

Ella no contestó. No necesitaba hacerlo. Solo me entregó una camisa arrugada, un pantalón de mezclilla y unos tenis viejos que ya habían visto mejores días. No era una conversación. Era una orden. Sin espacio para objeciones. Sentí el peso de mi propia impotencia apretándome el pecho mientras ella me apuraba hacia la puerta.

Mi tía favorita (quien seguirá sin nombre), que aunque nunca tenía las palabras correctas cuando las cosas se ponían pesadas, siempre tenía las manos extendidas para jalarme hacia adelante, tomó la mía y me llevó afuera. No hablaba mucho. No lo necesitaba. Solo me aseguró:

—Todo va a estar bien, mijo.

Una mentira, lo sabía. Pero era una mentira a la que me aferré, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

Caminamos por la calle, el aire más frío de lo que esperaba, mordiéndome la piel como manos extrañas y crueles. El mundo aquí se veía distinto. Limpio. Silencioso. Amplio, con árboles enormes. Señales de tránsito que nunca había visto. Calles que parecían caminos hacia viajes desconocidos y banquetas en las que realmente se podía caminar. Se veía como en las películas. Me recordaba tanto a las calles de Clueless o de The Sandlot. Pensé que tal vez, si miraba lo suficiente, podría convencerme de que aún estaba

soñando. Que ayer había estado en mi propia cama, en un mundo que tenía sentido. Pero no. Por más que mirara, no podía cambiarlo. Por más que lo deseara, no podía regresarnos.

La escuela era enorme. Se alzaba sobre mí, con paredes de concreto y metal que parecían tocar el cielo, cada pasillo lleno de niños que no conocía, sus risas y pláticas rebotando por todas partes. Era más grande de lo que había visto jamás. Más grande que cualquier escuela en México. Parecía un lugar donde podías perderte y nadie se daría cuenta. Y el olor. Aquí olía distinto. No olía a smog ni a comida. Olía a limpiador de pisos y papel viejo, mezclado con algo artificial que no lograba identificar. Se sentía falso. Como un mundo que nunca había sido pensado para alguien como yo.

Los niños corrían junto a mí, riendo, empujándose, sus voces mezclándose en un ruido que sonaba como estática en mis oídos. Era demasiado. Abracé mi mochila, sintiendo su peso, sintiendo las miradas sobre mí, la manera en que me veían como si fuera algo extraño. Aquí las mochilas no eran como las de México. Tenían personajes de Disney impresos por todas partes. Colores brillantes, ojos grandes mirándome de regreso. Yo nunca había visto algo así. Mi mochila sencilla se sentía fuera de lugar, demasiado pequeña frente a esos personajes llamativos.

Alguien me pasó un pase de pasillo. Ni siquiera me miró al dármelo, solo lo empujó en mi mano, murmurando algo en inglés que no entendí. Me quedé mirando, con la cara en blanco, esperando que tal vez todo fuera un error. Pero no lo era. Era real. Yo estaba aquí. Y aquí, era distinto. Demasiado distinto.

Al final encontraron a una maestra latina. Se llamaba la señorita Hernández. Se agachó a mi altura, su voz más suave que la de cualquiera.

—Te vamos a enseñar inglés —dijo, con un peso en sus palabras que no supe si creer—. Va a tomar tiempo, pero lo vas a aprender.

Asentí, pero en mi interior no le creí.

Cuando llegó la hora del almuerzo, todo fue un borrón de caras, voces y olores desconocidos. La cafetería no se parecía a nada que yo conociera. No había gorditas ni chicharrones. Solo una cajita de leche y una rebanada de pizza, la que yo solo había visto en películas. Recuerdo pensar lo raro que era. Lo "cool", en cierto modo, pero vacío también.

Esto se repitió durante días, y poco a poco me acostumbré. Aunque no entendía nada, me esforcé por aprender. Porque sabía que, mientras más rápido me adaptara, sería una carga menos para mi mamá. Algo que ella necesitaba. Ayuda, no problemas. Algo que mi papá nunca entendió, a pesar de que ya casi no estaba presente.

Aún recuerdo cuando mi padre sí estaba. No mucho, pero lo suficiente para grabarse en mi memoria. Lo suficiente para hacerme creer que esta familia, mi familia, nunca se rompería. Pero las cosas, tarde o temprano, siempre encuentran la manera de quebrarse. No lo vi venir. Una noche desperté con gritos. No los de siempre. Eran gritos que te aprietan el pecho, que te hacen hundir el corazón. Me arrastré fuera de la cobija en el suelo, mis pies tocando el azulejo frío, y caminé hacia el ruido. Entonces se escuchó un golpe. Me quedé helado.

Mi mamá estaba en la cocina, con el rostro duro, tallado en piedra. Mi padre, tambaleante, con la mano levantada como si estuviera a punto de golpearla.

—Si me tocas —dijo ella, con voz baja pero cargada de poder—, te meto a la cárcel. Aquí, los hombres como tú van a la cárcel. Él la miró por un largo rato. Y luego se fue. Esa fue la última noche que pasó con nosotros. La última vez que lo vi hasta que, tiempo después, hubo un acuerdo de visitas.

Yo no entendía. Las familias no se suponía que se rompieran así. No la mía. No de esa manera. Cuando le pregunté a mi mamá qué había pasado, solo se encogió de hombros. Se acabó. Él se fue. Ella era libre. Pero yo no. Incluso ahora, todavía siento ese peso. Las

preguntas. La confusión. El vacío. Y mientras escribo esto, mis ojos se llenan de lágrimas porque, a los 36 años, todavía no me siento libre. Pero de eso hablaremos después, en otro capítulo.

Con el tiempo las cosas empezaron a cambiar, como sabíamos que pasaría. Uno de los cambios más grandes fue recibir constantes insultos y agresiones pasivas de la hermana menor de mi mamá, la dueña de la traila, quien también seguirá sin nombre. Yo no entendía bien por qué empezó a cambiar si estaba haciendo un dineral con todos nosotros, cobrando 350 dólares a cada persona al mes. La renta incluía un rincón en el que podías dormir, el uso de la cocina y el baño. Claro, ella estaba juntando como 5000 dólares al mes en un alquiler que solo le costaba 700. Eso venía con su propio peso: aguantar a quince personas la estaba volviendo loca. Así que una noche, sin remordimiento, nos corrió.

Un minuto estábamos apretados en la traila de mi tía, al siguiente estábamos afuera, en el frío, con nada más que bolsas negras llenas de ropa. Había decidido que ya no nos quería ahí. Sin pelea. Sin discusión. Solo: fuera. Mi mamá no discutió. Solo agarró lo que pudo, me tomó de la mano junto con mis dos hermanas, y se fue caminando. No teníamos a dónde ir. Hasta que un tío, que nunca me cayó bien, se ofreció a dejarnos quedar en su traila, tres casas más abajo. Esa noche me acosté en otro piso, mirando el techo. No había respuestas. No había certezas. Esta no era la vida que se suponía que íbamos a tener. Íbamos a ir a Disneylandia. Íbamos a regresar a casa. En cambio, estábamos aquí. En un país que no nos quería. En una casa que no era nuestra. Por suerte solo duramos dos días ahí. Mi hermana mayor, que ya trabajaba y ahorraba, encontró un lugar para nosotros.

—Tenemos un lugar —dijo. Al principio no le creí. Pero cuando lo vi con mis propios ojos, supe que no mentía. Un departamento en Gardena. Pequeño, pero real. Un lugar con paredes blancas, piso, una puerta con llave. Sin muebles, claro, pero no nos importaba. Teníamos nuestro propio techo. Y sí, no era mucho. No era grande.

Pero era nuestro. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, sentí algo parecido a la seguridad.

Esa noche, acostado en otro piso, no sabía qué nos deparaba el futuro. No sabía si nos quedaríamos en América o si algún día volveríamos a México. No sabía si estaríamos bien. Pero sí sabía una cosa. Ya no estábamos huyendo. Estábamos empezando de nuevo. Y, por ahora, ese piso nos pertenecía. Y eso era suficiente.

Capítulo Dos

EL AÑO EN QUE INTENTE DESAPARECER

Yo solía creer que si trabajabas lo suficiente, si deseabas algo con todas tus fuerzas, el universo te lo recompensaría. Eso es lo que te enseñan, ¿no? Ve a la escuela. Consigue un título. Encuentra una carrera. Construye una vida.

Pero ¿qué pasa cuando el mundo no tiene un lugar para ti?

¿Qué pasa cuando sigues todas las reglas y aun así terminas en la nada?

Habían pasado dos años desde que me gradué en Ciencias Políticas. Dos años desde que crucé ese escenario, dándole la mano a desconocidos, sonriendo para las fotos, fingiendo que estaba entrando a un futuro lleno de posibilidades. Que tal vez este muchacho moreno, indocumentado, por fin vería el mundo como realmente es. Pero esa era la mentira que todos creíamos. Que una vez con el título, el mundo se abriría para nosotros.

El mundo no se abre cuando eres indocumentado. No le importa tu educación, tu ambición ni tus ganas de luchar por algo mejor. Te azota las puertas en la cara, una tras otra, hasta que dejas de tocar.

Yo lo intenté. Hice todo lo posible por encontrar un trabajo "de verdad", pero siempre terminaba igual. Los papeles falsos solo te llevan hasta cierto punto. Y cuando se daban cuenta, porque siempre se daban cuenta, me despedían. Me borraban. Un cuerpo invisible más en un sistema que no me quería.

Así que limpiaba casas.

Tallaba pisos, limpiaba mostradores, recogía lo que dejaban personas que nunca sabrían mi nombre. Algunos días trabajaba en silencio, perdido en mis propios pensamientos. Otros días escuchaba podcasts sobre cine, intentando aferrarme a algo más grande que esto. Recordándome que no estaba hecho para esto, que era temporal, que mi vida se suponía que debía ser algo más.

Pero mientras las semanas se volvían meses, empecé a preguntarme si me estaba mintiendo.

Tal vez esto era todo.

Tal vez esto era lo único que sería.

Y lo peor era que había una voz en mi vida que se aseguraba de que nunca lo olvidara. Mi primer novio, que por razones que no voy a discutir, llamaremos Chernóbil #1. El hombre que se suponía debía levantarme, recordarme que yo era capaz de más. En cambio, se volvió mi peor crítico, una voz más cruel que el rechazo del mundo, una voz que me seguía a todas partes.

"No fuiste a la escuela de cine, así que hazte a un lado."

"No sabes ni por dónde empezar."

"Escribes muy bien, pero ¿dirigir? No. Nunca vas a ser un buen director."

"Eres un don nadie patético."

Me dijo esas cosas tantas veces que dejé de cuestionarlas. Quería creer que me amaba. Que tal vez solo estaba siendo honesto conmigo, diciéndome lo que nadie más se atrevía a decir. Que tal vez si trabajaba más duro, si le demostraba, cambiaría. Algún día me diría: Me equivoqué. Sí eres talentoso. Sí perteneces aquí.

Esperé ese día. Lo esperé tanto que dejé de verme fuera de sus palabras.

Porque ¿y si tenía razón?

¿Y si mis historias solo estaban destinadas a mis propios ojos?

¿Y si a nadie en el mundo le iba a importar una película hecha por alguien como yo?

Así que dejé de intentarlo.

Seguía escribiendo, pero lo hacía en secreto, páginas y páginas de guiones que nunca verían la luz del día. Historias que me convencía de que no valían nada porque yo no valía nada. Y aun así, por más que intentaba suprimirlo, el hambre de crear no se iba. Me carcomía, inquieta, dolorosa, desesperada por salir. Pero, ¿por dónde empezar? No tenía dinero, ni recursos, ni contactos. No conocía a nadie en la industria.

Lo único que tenía eran mis palabras. Pero las palabras no eran suficientes.

No en un mundo que exigía pruebas.

No en un mundo donde tus sueños no valen nada si no están respaldados por algo tangible.

Y yo no tenía nada.

El peso de todo, los trabajos sin salida, el rechazo, la sensación de estar atrapado en una vida que no me pertenecía, me aplastaba un poco más cada día.

Y él no ayudaba. Lo único que hacía era tomar su cuchillo y apuñalarme cada vez que podía —en sentido figurado, porque nunca me golpeó físicamente. Nunca levantó la mano. Pero los moretones que me dejaba no estaban en la piel. Estaban adentro, debajo de la superficie, en lugares que nadie podía ver. Él se aseguraba de que me mantuviera pequeño. Se aseguraba de que dudara de mí mismo. Se aseguraba de que creyera que cualquier sueño que tuviera no era más que una pérdida de tiempo.

Y yo lo permití.

Lo permití porque pensaba que me amaba. Lo permití porque creía que tal vez, solo tal vez, estaba tratando de ayudarme. Que si él no creía en mí, tal vez nadie más debería hacerlo. Tal vez solo me estaba diciendo la verdad que nadie más tenía el corazón de decirme. Pero el amor no se supone que te haga sentir que te estás ahogando.

Y yo me estaba ahogando.

La carga de ser indocumentado solo lo empeoraba. Los trabajos que lograba conseguir con papeles falsos siempre terminaban igual: despedido, borrado, olvidado. Había pasado toda mi vida intentando pertenecer a un país que nunca me reclamaría del todo. Sin un futuro real. Sin estabilidad. Con el miedo constante de que, un día, todo podría desaparecer. Yo ya no era nada. Ya era invisible. Entonces, ¿para qué seguía intentando?

Esto duró demasiado. Más de lo que debía. Así que hice lo que pensé que todos querían. Abrí una botella de pastillas. Las vacié en mi palma, contándolas una por una, como si el número importara. No estaba llorando. No estaba temblando. Ni siquiera tenía miedo.

Solo quería dormir. Para siempre.

Así que las tomé, las tragué sin nada más que el pensamiento de que tal vez, por fin, ya no tendría que sentirme así nunca más. Haciendo algo bien, por una vez.

Después nada.

Oscuridad.

Quietud.

Silencio.

Capítulo Tres

UN VIAJE A DISNEYLANDIA

Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, aunque tenía apenas nueve años el día que mi mamá me sacó de la escuela y me dijo que nos íbamos a Disneylandia.

Era jueves 17 de septiembre de 1998, nublado, como cualquier otro día en mi querido Atizapán de Zaragoza, un municipio del Estado de México. El salón olía a libros viejos y a virutas de lápiz; se escuchaba el zumbido de mis compañeros escribiendo sus tareas. Yo, en cambio, estaba distraído, pasando los dedos por el espiral de mi libreta cuando la puerta rechinó al abrirse.

La maestra levantó la vista primero y luego todos los demás. Mi mamá estaba en el marco de la puerta, apretando una papeleta amarilla. El cabello oscuro recogido en una cola de caballo, los labios apretados en algo que pudo haber sido una sonrisa, de no ser por la forma en que los ojos le corrían por el salón. Traía un pants, lo cual era raro en ella, porque sin importar a dónde fuera siempre iba arreglada. No es que un pants no fuera bonito, pero parecía que iba a correr un maratón.

Tampoco era el tipo de mamá que sacaba a sus hijos de la escuela nomás porque sí. Todavía recuerdo en cuarto de primaria, con fiebre y un dolor punzante en el abdomen. Me mandó a la escuela y solo regresó por mí cuando le dijeron que me había desmayado en el baño de tanto vomitar. Tenía el apéndice a punto de explotar, pero esa es otra historia para otro capítulo. El punto es: aunque tuviera fiebre o me doliera todo, me hacía “aguantar vara”.

Entonces, ¿qué hacía ahí?

—Jorge Xolalpa —dijo la maestra—. Recoge tus cosas. Tu mamá viene por ti.

El salón se quedó en silencio un instante que se sintió larguísimo, hasta que empezaron los susurros. Sentí las miradas de mis compañeros mientras guardaba mis libros despacio, como si estuviera metido en algún lío. La maestra miró a mi mamá y luego a mí. Su expresión era rara, suave, casi… disculpándose.

—Adiós, chicos —murmuré, colgándome la mochila.

Caminé hacia mi mamá y salimos al pasillo. En cuanto estuvimos solos, pregunté:

—¿Qué está pasando?

Me apretó la mano; la tenía fría.

—Tengo una sorpresa —dijo—. Nos vamos a Disneylandia.

—¿Disneylandia?

No tenía sentido. Disneylandia estaba en Estados Unidos. Me detuve.

—Pero no tenemos visas —solté.

Se paró y me miró hacia abajo; la sonrisa le titubeó apenas.

—No te preocupes por eso —dijo—. Nos vamos.

Y seguimos caminando. Algo, sin embargo, no cuadraba. Lo sentía en el pecho. Llegamos a la dirección; mi mamá firmó unos papeles. La directora y la subdirectora nos veían con esa misma expresión rara que la maestra: parte alegría, parte… tristeza, y también un poquito de juicio. Cuando se dieron cuenta de que los caché, sonrieron suave.

—Nos vemos luego —dije.

—Claro —respondieron.

Salimos de la escuela y un taxi nos esperaba con la cajuela abierta. Alcancé a contar cuatro o cinco maletas atiborradas. Mi mamá me llevó rápido hacia el coche, volteando por encima del hombro como si alguien nos siguiera.

Apenas subimos, puso los seguros. Nunca la había visto hacer eso. El chofer casi no habló; arrancó entre el tráfico con el motor viejo vibrando. La Ciudad de México era un caos hermoso: claxonazos, gente gritando, el olor a escape y a asfalto caliente… y también el olor de los puestos friendo quesadillas, y ni hablar de los raspados. Si algo tiene México son sus antojos.

A pesar de todo el movimiento afuera, el viaje por dentro se sentía silencioso, raro. Mi mamá estaba rígida, apretando la correa de la bolsa tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos. Cada tanto miraba por el medallón, escaneando la calle detrás de nosotros.

—¿Dónde está mi papá? —pregunté.

—Nos alcanza en el aeropuerto —dijo, nerviosa, insegura. La voz le salió cortada, como si no quisiera hablar del tema. El camino se hizo eterno, la tensión espesándose en el aire. Volví a mirar por la ventana: vendedores empujando carritos de tacos y tamales, niños de uniforme esperando el camión, hombres de traje caminando a prisa a su siguiente junta. La vida seguía normal. En nuestro taxi, no. En nuestro taxi parecía que huíamos.

Al entrar al aeropuerto, mi mamá pagó de volada y consiguió un carrito para el equipaje. En cuanto montó las maletas, apretamos el paso.

El olor a pulidor de piso y a comida rápida me pegó primero. Los anuncios retumbaban en altavoces, un español rapidísimo mezclado con el murmullo de los viajeros y el zumbido de ruedas arrastrándose por el piso. Llegamos al mostrador. Mi mamá pasó los pasaportes; las manos le temblaban apenas. La agente tecleó,

asintió y nos imprimió los pases de abordar. Solté aire. Tal vez sí estaba todo bien. Tal vez sí íbamos a Disneylandia.

Atravesamos seguridad; mi mamá se sobresaltaba cada vez que anunciaban algo. Le vi el sudor en la frente.

Al llegar a la sala, reconocí de inmediato a Lourdes Munguía, actriz famosa de las telenovelas que veía mi mamá. Iba en nuestro mismo vuelo a Disneylandia.

—Mira, ma —susurré, picándole el brazo—. Es la señora de la novela.

Ni me volteó a ver.

—Sí, es ella.

—Vamos a tomar una foto.

—No —dijo rápido—. Déjala. No la molestes.

No entendía por qué estaba tan tensa. Mi mamá adoraba a esa actriz y yo sabía que quería foto. La rodilla le rebotaba sin parar. Anunciaron el abordaje. Nos formamos. Entonces un pensamiento me dio en la panza como golpe.

—¿Dónde está mi papá? —pregunté otra vez.

No contestó. Alzó la vista. Seguí su mirada.

Ahí venía bajando por la escalera eléctrica.

Mi papá, con un boleto en una mano y el pasaporte en la otra, acercándose. Sonreía, pero hasta a mis nueve años me di cuenta de que no era una sonrisa real. Era de esas sonrisas que uno se pone para verse contento, con otra cosa hirviendo debajo.

Mi mamá se puso dura.

Al entregar los boletos en la puerta, él avanzó más rápido y nos alcanzó justo en el túnel. El olor a alcohol no era discreto. Le agarró

el brazo a mi mamá y le susurró, áspero:

—¿Por qué no me esperaste?

Ella se encogió de hombros. Sin más, abordamos. El vuelo de Ciudad de México a Los Ángeles dura unas cuatro horas, pero a mí me pareció una vida. Me senté en la ventana, con la frente pegada al vidrio, viendo pasar las nubes. Mi mamá en medio. Mi papá en el pasillo, rígido y callado, entreteniéndose trago tras trago. Y aunque íbamos en el aire, sentí que nos seguía custodiando, como manteniéndonos en su línea.

No lo sabía entonces, pero después lo entendí: no era un viaje a Disneylandia. Era una fuga. Mi mamá estaba intentando dejarlo. Y había fallado. Si antes tenía miedo, ahora estaba aterrada, sin saber qué le esperaba con él a su lado.

Al aterrizar, mi mamá me apretó más fuerte la mano al acercarnos a inmigración. La fila avanzaba lenta, familia por familia. Cuando tocó nuestro turno, el oficial casi ni me miró. Se enfocó en mi papá.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar en Estados Unidos?

—Dos semanas. Solo vamos a Disneylandia —contestó él, sereno, ensayado.

Yo contuve el aire. El agente hojeó los pasaportes despacio. Mi mamá no se movía. Mi papá, quietísimo. Yo sabía algo que inmigración no: a mi papá lo habían corrido de su chamba como ejecutivo bancario, un puesto que tuvo por más de veinte años. Si inmigración se enteraba, podían cancelarnos las visas ahí mismo. Parecería que veníamos a quedarnos.

Que, en el fondo, sí. Los segundos se estiraron.

Al final, con un golpe seco, el agente estampó los pasaportes.

—Bienvenidos a los Estados Unidos.

Nos alejamos rápido. Llegamos a la banda de equipaje; ahí nos esperaba mi hermana mayor, que había llegado dos meses antes. En ese momento solté un aire que no sabía que traía contenido. Al salir al aire de Los Ángeles, mi mamá por fin me soltó la mano. La tenía tan apretada que los dedos se me pusieron rojos.

No íbamos a Disneylandia.

Pero tampoco íbamos a regresar jamás.

Capítulo Cuatro

MIS NOVIOS HETEROS

Tenía 23 años cuando viví algo que hasta hoy no termino de reconciliar conmigo mismo. Tuve a mi primer novio. Lo recuerdo no porque lo extrañe o porque sienta algún tipo de cariño hacia él, sino porque fue mi primera experiencia sexual. Y esa experiencia no fue nada de lo que yo había imaginado. Estuvo manchada de culpa y vergüenza desde el primer instante, y la memoria de esa noche todavía me persigue como una sombra de la que no puedo escapar.

No dejo de sentir que tal vez fue mi culpa. Me pregunto si hubiera estado más consciente, más cauteloso, si hubiera visto las señales… ¿las cosas habrían sido distintas? Me cuestiono si, de algún modo, yo mismo lo provoqué, si mi ingenuidad abrió la puerta para que algo horrible sucediera. Recuerdo mirarlo y preguntarme si lo estaba entendiendo mal, si quizá eso era simplemente parte de estar en una relación. Pero no. Él tomó lo que no era suyo. Y aunque en ese entonces no tenía las palabras para nombrarlo, aunque no sabía cómo llamarlo, en el fondo yo sabía que había sido violación.

Todavía me siento culpable. Los "¿y si…?" me atormentan: ¿Y si hubiera sido más fuerte? ¿Y si hubiera dicho que no, aunque mi cuerpo no reaccionara como debía? ¿Y si no hubiera confiado tanto? Se siente como mi culpa no haber visto las mentiras, no haber reconocido la manipulación. Trato de repetirme que no lo fue, que no merecía lo que me pasó. Pero esa voz interna sigue ahí, diciéndome que yo debí saberlo, que yo me lo busqué.

Lo enfrenté al día siguiente. La voz me temblaba intentando procesar lo que acababa de pasar. Pero en lugar de

responsabilizarse, volteó todo. Me hizo dudar de mi propia cordura. Me dijo que lo estaba imaginando, que exageraba. No tenía cómo probar nada, ni cómo hacerle ver que no estaba loco. La confrontación escaló tan rápido que, antes de darme cuenta, terminé pidiéndole perdón. Pidiéndole perdón por atreverme a hablar. Por querer sostener mi verdad. Me sentí pequeño. Débil. Quise gritar, pero en vez de eso lo enterré. Me fui como si nada, pretendiendo estar bien, fingiendo que lo tenía bajo control. Pero no era cierto. No estaba bien.

La verdad es que no sabía cómo lidiar con las secuelas. Mi familia no era de esas con las que podías hablar de algo así. No podía contarles lo que había pasado, aunque una parte de mí quería gritar pidiendo ayuda. Crecí en una casa donde el silencio era un mecanismo de defensa, donde el conflicto se evitaba a toda costa. La ira de mi padre siempre estuvo presente como nube negra, y desde pequeño aprendí a evitar enfrentamientos. Así que cuando llegó el momento de confrontar a mi novio, se activó esa misma costumbre de callar. Me apagué. Caminé lejos. Pero ese silencio, el que se quedó conmigo después de esa noche, fue ensordecedor.

Y es ese silencio el que he cargado durante años. El silencio que me decía que tenía que seguir adelante. Que no tenía el lujo de sentirme roto. Porque en mi mundo siempre había algo más grande de qué preocuparse. Ser indocumentado en este país no me dejaba el privilegio de sanar. No tenía el lujo de detenerme a procesar el trauma. No podía darme el lujo de ser débil. No podía darme el lujo de ser vulnerable. Así que lo guardé todo. Lo enterré bajo el peso de la supervivencia, bajo el peso de aguantar cada día. No quería verme frágil en un mundo que ya me había demostrado qué tan fácil era quebrarme.

En vez de enfrentar mi dolor, corrí. Me refugié en relaciones con hombres que nunca podían amarme del todo. Todos eran casados o estaban en el clóset, hombres que tenían miedo de ser quienes eran. Y de alguna forma torcida, eso me hacía sentir seguro. Si ellos no me querían, si no me veían como más que un escape pasajero,

entonces no podían lastimarme, ¿cierto? Pero no era verdad. Yo me repetía que no buscaba compromiso, que no buscaba amor. Pero lo que hacía era esconderme. Esconderme del dolor, de la vergüenza, de la culpa de lo que me había pasado.

Me convencía de que no quería nada serio. Me engañaba diciéndome que no necesitaba nada real porque, en el fondo, no me sentía digno de ello. La culpa que arrastraba de esa noche me carcomía, me decía que yo no era suficiente. Pensaba que si me mantenía oculto, en relaciones secretas, tal vez nunca tendría que enfrentar la verdad. Tal vez podía pretender que no estaba roto, que no era la persona a la que le habían hecho daño.

Pero en el fondo sabía que fingir no iba a arreglar nada. No iba a quitar el dolor. No iba a hacer que olvidara. Así que hice lo único que sabía hacer: empecé a alejarme de mí mismo. Dejé de cuidarme. Subí de peso. Dejé de mirarme al espejo. Pensaba que si ya no me veía atractivo, nadie me iba a desear. Nadie me vería como víctima, como alguien a quien volver a lastimar. Era mi manera de protegerme, de mantener al mundo lejos. Pero en realidad solo me estaba lastimando más. Me estaba castigando por algo que no merecía.

Entre más ignoraba mi dolor, más me perdía. Dejé de confiar en todos, incluso en mí. Me sentía perdido, indigno, como si nunca fuera a ser suficiente para nadie. Y entonces algo cambió. Poco a poco, pero pasó. No sé cuándo empezó, pero un día decidí que tenía que dejar de correr. Que tenía que dejar de fingir. Que tenía que enfrentar las partes de mí que había escondido tanto tiempo.

No fue fácil. Sanar nunca lo es. Pero entendí que era el único camino. Empecé con pasos pequeños, decisiones mínimas: cuidarme un poco, dejarme sentir el dolor, llorar cuando lo necesitaba. Busqué ayuda, aunque me daba terror. Seguía con miedo, con temor de que la gente me viera débil, roto. Pero descubrí que sanar no se trata de ser perfecto, se trata de aceptar las partes quebradas de uno mismo, las que se hicieron pedazos, y permitir que se reconstruyan.

Durante años pensé que no merecía amor, que no merecía nada bueno. Me culpé de todo lo que había pasado, me convencí de que de algún modo yo me lo había provocado. Pero con el tiempo empecé a entender que no fue mi culpa. Yo no lo pedí. Yo no lo merecía. Y esa fue una lección dura. Tuve que dejar de culparme. Tuve que soltar la culpa, aunque sentía que ya estaba tejida en mí.

No fue fácil dejar de culparme. Pero un día lo hice. Me di cuenta de que tenía derecho a sanar. Tenía derecho a ocupar espacio en este mundo sin sentir que tenía que disculparme por estar roto. Tenía derecho a volver a amarme. Y cuando por fin tomé esa decisión, cuando finalmente hice las paces conmigo, ahí fue cuando mi vida empezó a cambiar. Me volví más fuerte, no por lo que me pasó, sino porque aprendí a dejar de cargar con la vergüenza y la culpa.

Ojalá pudiera decir que sanar es un camino recto. No lo es. Pero aprendí a caminarlo, paso a paso. No se trata de olvidar lo que pasó ni de fingir que no me marcó. Se trata de reconocerlo, aceptarlo y encontrar la forma de seguir adelante con ello. Aprendí que ya no tengo que cargar el peso del silencio. Y espero que, si tú lees esto y pasaste por algo parecido, entiendas lo siguiente: no tienes que cargarlo solo. Está bien hablar. Está bien sanar. Te lo mereces. Te mereces soltar la culpa y la vergüenza.

Te mereces ser libre.

Capítulo Cinco

LLEVAME A LA BLUE LINE STATION

Habían pasado tres meses desde que volví a la vida. Tres meses desde que intenté morir.

Me gustaría decir que todo se sentía distinto, que desperté con una gratitud nueva por estar aquí, que milagrosamente me había curado. Pero la verdad es que seguía roto. Culpable. Avergonzado. No solo por haber intentado irme de este mundo, sino porque fallé.

Y mi mamá… Dios, mi mamá. Me miraba distinto. Nunca lo dijo en voz alta, nunca me regañó ni me hizo sentir una carga. Pero se le notaba en los ojos: el miedo, la duda, ese terror silencioso de que, en cualquier momento, podría perderme para siempre.

Siempre estaba vigilándome. Si me iba a dormir, la puerta debía quedarse abierta. Si me bañaba, la puerta, sin seguro. Si tenía que ir a cualquier parte, ella iba conmigo. No tenía teléfono, ni internet, ni manera de estar solo.

Incluso si me dolía la cabeza y pedía una aspirina, no me daba el frasco: ponía una sola pastilla en mi mano y se quedaba viéndome hasta que me la tomaba.

Yo no peleaba.

Sabía que tenía que recuperar su confianza. Tenía que demostrar que no era un "riesgo de fuga", que no seguía pensando en desaparecer. Pero, siendo honesto, ni yo estaba seguro de creerlo.

Aun así, había algo dentro de mí. Una brasa diminuta, enterrada bajo la culpa y el remordimiento. Un susurro en el fondo de la cabeza que repetía:

Sigues aquí. ¿Y ahora qué?

Al principio, no tenía respuesta. Me levantaba, hacía lo básico, comía porque me lo pedían, existía porque se esperaba de mí. Los días se mezclaban; empecé a pensar que así sería todo ahora: una vida lenta, envuelta en plástico de burbujas, con todos a mi alrededor conteniendo el aliento, esperando a que me quebrara otra vez.

Pero una noche, sentado en el sillón junto a mi mamá, viendo lo que Netflix nos aventara enfrente, algo cambió.

Fue una película.

Al principio ni le estaba poniendo atención: ruido de fondo, otra historia con la que no conectaba. Pero noté algo. Se veía distinta. Se sentía cruda, viva, como rompiendo reglas que yo ni sabía que existían.

Era *Tangerine*, de Sean Baker.

Y algo dentro de mí se abrió.

Me incorporé, pegado a la pantalla. No sabía por qué, pero esa película, desmadrosa, vibrante, sin pedir perdón, me estaba hablando directo. No era pulida. No traía brillo de Hollywood. Era real.

Luego supe la verdad: estaba filmada con un iPhone.

Sentí un rayo. Volteé con mi mamá.

—Espera… ¿esto lo hicieron con un teléfono?

Asintió, sin darle importancia, y yo con el corazón a mil.

Si Sean Baker podía hacer una película con un teléfono, ¿por qué yo no?

Por primera vez en meses sentí algo que me había faltado por completo: **esperanza**.

Quería hacer una película.

Era lo único que tenía sentido. Lo único que me jalaba fuera de la niebla y me daba una razón para moverme.

Pero había un problema: no tenía teléfono. No tenía cámara, ni dinero, ni por dónde empezar. Y con lo que había pasado, convencer a mi mamá de comprarme un teléfono no iba a ser fácil. Pero rogué. **Rogué** de verdad. Le supliqué como si me fuera la vida en ello, porque, en cierta forma, así era. Le dije que no era un capricho. No era una distracción para mantenerme ocupado. **Lo necesitaba.** Necesitaba hacer algo que me hiciera sentir vivo otra vez.

Ella dudó.

Pero después de una eternidad de idas y vueltas —y quizá unas lágrimas mías—, cedió. Me compró un teléfono. Luego, un boom mic. A la mañana siguiente descargué la versión gratuita de Final Draft y me senté frente a la página en blanco. Las manos flotando sobre el teclado, sin idea de lo que estaba haciendo. No me importó. Empecé.

Al principio solo eran palabras sueltas, ideas a medias, escenas que no encajaban. Pero a medida que seguía, algo se acomodó. La historia tomó forma. Salieron personajes. Se abrió un mundo. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba atrapado en mi cabeza; no me ahogaba en culpa o miedo. Estaba creando un lugar para escapar y vivir dentro de un sueño que se convertiría en mi primer guion.

Blue Line Station.

No sé cómo explicarlo, pero una vez que empecé a escribir, no pude parar. No sabía las reglas del guion, ni el formato perfecto. Y eso fue lo mejor: no estaba pensando de más. No me preocupaba si lo estaba haciendo "bien". Solo estaba contando una historia como yo sabía.

Siempre me preguntan: **¿cómo hiciste una película con 100 dólares? ¿Cómo lo hiciste todo tú?**

La respuesta: **no sabía otra forma.**

No saber el "camino correcto" fue mi mayor ventaja. Como no tenía reglas, hice lo que había que hacer para terminarla. No era solo director, ni solo productor, ni solo fotógrafo. Era todo. Y de alguna manera, eso jugó a mi favor.

Tenía guion. Tenía teléfono. Un adaptador anamórfico barato y un boom mic. Faltaban actores. ¿Quién demonios iba a trabajar con un director primerizo sin experiencia?

Llegaron las dudas. La gente me veía como un riesgo, como alguien que no sabía lo que hacía. Y, honestamente, no estaban tan equivocados.

Así que esperé.

Bajé la cabeza y me enfoqué en lo que sí podía controlar. Y por un golpe de suerte apareció algo que me cambió el mapa: **Collaboration Filmmakers Challenge**. Un concurso diseñado para hacer un corto en dos semanas. El propósito: colaborar. Era mi oportunidad. Me inscribí sin saber qué esperar, solo queriendo poner un pie en la puerta. Y pasó algo increíble: hice un cortometraje **y lo seleccionaron**. No solo eso: **ganó Mejor Actriz**.

Nunca olvidaré esa noche. Mi primer evento "de industria" de verdad. La proyección fue en el **Harmony Gold Theater**; yo llegué en shorts con saco, creyéndome la gran cosa. En mi cabeza, era el inicio de todo.

Y, en cierto modo, lo fue.

Esa noche conocí a los actores que protagonizarían *Blue Line Station*. Recuerdo a **Summera Howell**, actriz que también proyectó su corto y que ya llevaba tres premios seguidos a Mejor Actriz. Le dije que quería trabajar con ella en mi largo, que yo era el director de **"Mastermind"**, el corto cuya actriz había roto su racha ganadora. Me dijo: "**Ah, tú eres Jorge Xolalpa, mira**", y me enseñó el programa: junto a mi nombre tenía una estrellita. Me quería conocer. Quería saber quién era yo. Por primera vez me sentí **visto**. Sentí que **importaba**. Tres semanas después ya estábamos listos para filmar *Blue Line Station*.

Hacer *Blue Line Station* fue la experiencia más caótica, hermosa, frustrante y electrizante de mi vida.

Con 100 dólares, un iPhone 6 Plus y dos actores que creyeron lo suficiente en mí como para arriesgarse, nos aventamos un rodaje de 10 días que hoy daría lo que fuera por revivir.

Yo era un niño con juguete nuevo: hambriento, terco. Por primera vez en mucho tiempo, **estaba vivo**. Incluso cuando el teléfono se me cayó y se estrelló la pantalla, no paré. Seguí grabando aunque los vidrios me cortaran los dedos. No me importó. Era mi sueño y nada —ni un celular hecho trizas, ni mi falta de experiencia, ni las voces en mi cabeza— iba a detenerme.

Filmamos durante cinco fines de semana porque mis actores tenían trabajo de tiempo completo. Cada fin de semana rodaba lo que se podía y entre semana editaba. Cuando terminamos, tenía una película completa.

La noche en que se la mostré a mi mamá, la vimos en una pantallita. Al final, lloramos. No porque fuera perfecta. No porque fuera una obra maestra. **Porque existía.** Porque a pesar de todo —el dolor, los tropiezos, las dudas— había hecho una película. Claro que tenía fallas: fotografía irregular, sonido terrible. Usé una canción de **Barry Louis Polisar** sin permiso y me llamaron sus abogados. Al

escuchar mi historia, me dio autorización para usarla **solo en festivales**.

Tenía un largometraje independiente.

Tocaba soltarlo al mundo. Envié *Blue Line Station* a festivales, convencido de que cambiaría todo. En mi cabeza, seguro despegaba. Tal vez hasta Sundance. Luego llegaron los rechazos. Uno tras otro: "Gracias por enviar, pero…".

Al principio me reí. Con el tiempo, los "no" se apilaron y mi confianza empezó a quebrarse.

¿Me había equivocado?

¿Mi sueño era solo eso: un sueño?

Intenté mantenerme optimista, pero la realidad se colaba. Y entonces la vida abrió otra puerta que no esperaba.

Para entonces ya existía **DACA**, y por primera vez en mi vida podía conseguir un trabajo "de verdad". Estable. Uno que no me corriera en cuanto supieran que no era ciudadano.

Conseguí trabajo en **property management**. Estable. Lógico. Y, de sorpresa, el empleo venía con **departamento**. Un lugar mío. Se sintió como un paso adelante, una señal de que mi vida por fin agarraba forma. No iba solo: mi mamá se mudó conmigo. Se sintió a nuevo. Un capítulo fresco. Me dije que era la forma del universo de llevarme por otro camino. Tal vez ya había cumplido el sueño haciendo una película y ahora tocaba soltar y ponerme "serio".

Al final, ¿no de eso se trata la vida? Crecer. Seguir. Ser práctico. Ya tenía responsabilidades, un trabajo estable, mi propio lugar. Tenía sentido priorizar la seguridad, construir un futuro que no dependiera de algo tan incierto como el cine.

Tal vez eso era la adultez: ceder los sueños a cambio de certidumbre. Tal vez lo del cine fue una fase, un impulso temerario al

que me aferré por desesperación.

Pero si ese era el camino correcto, ¿por qué se sentía tan vacío?

Sentado en el departamento nuevo, rodeado de cajas sin abrir, tomé una decisión: **había terminado con el cine**. Me dije que me enfocaría en esta vida nueva. Ser práctico. Responsable. Dejaría ir el dolor del rechazo y aceptaría la verdad que evitaba: tal vez **no estaba hecho** para ser cineasta.

Esa noche lloré.

Lágrimas quietas, constantes, en la oscuridad. Lloré algo que no estaba listo para soltar, aunque me decía que debía hacerlo.

Mi mamá me encontró.

Se quedó en la puerta, mirándome un momento, con esa presencia suave pero firme. Luego me preguntó bajito:

—¿Qué tienes?

Dudé. ¿Para qué mentir?

—Creo que ya no voy a hacer más películas.

No reaccionó de inmediato. No me consoló ni discutió. Me observó un rato y preguntó:

—¿Por qué?

No supe qué decir. Se tomó un momento y lanzó la pregunta más básica:

—¿Cómo te sientes ahorita?

Tragué.

—Miserable.

Asintió, como si ya lo supiera. Y con la voz más tranquila dijo algo que me cambió todo:

—Pues acuérdate… puedes ser miserable en una oficina o puedes ser miserable intentando triunfar en el cine. **La miseria es la misma** en cualquier lado; mejor haz otra película y sé miserable **haciéndola**.

Y se fue.

Así, el suelo se me movió. El peso del fracaso, del rechazo, de la duda seguía ahí, pero ya no pesaba igual. Por primera vez entendí: no se trataba de evitar la miseria, sino de **elegir** la clase de miseria con la que podía vivir.

Estaba vivo. Ya había hecho una película. Me había probado que podía, por pequeña e imperfecta que fuera. Crucé la oscuridad y seguía del otro lado, respirando, avanzando. Eso, por sí solo, ya era un logro al que podía agarrarme.

Como si el universo hubiera estado esperando ese cambio, al día siguiente sonó el teléfono.

Era el **Silicon Beach Film Festival**.

Blue Line Station había sido **seleccionada oficialmente**.

No lo podía creer. No era poca cosa. Era validación, no de otros, sino mía. Del soñador al que casi abandono, hacia el hacedor en el que me estaba convirtiendo.

Ese momento lo cambió todo. En cuanto dejé de perseguir la aprobación ajena y enfoqué la mirada en el trabajo, empezaron a llegar las oportunidades. Se abrieron las compuertas: de un festival pasé a cinco. Luego diez. Luego **cuarenta y cinco**.

Ya no solo sobrevivía. Estaba construyendo. Me estaba convirtiendo en quien siempre supe que podía ser. Y para entonces, ya estaba listo para más.

Era hora de hacer **Valentina**.

Capítulo Seis

EL PAPI BORICUA

No todo en la vida es tristeza. La vida, en realidad, es un equilibrio intrincado de luz y sombra, alegría y dolor, esperanza y miedo. Necesitamos de ambas para entender —y apreciar— la belleza de estar vivos. A veces, en los momentos inesperados, en los encuentros silenciosos, es donde se forjan las conexiones más profundas. Y para mí, la conexión más hermosa y vulnerable que he vivido empezó con una mirada. Una mirada que cambió el rumbo de mi vida para siempre.

Era agosto de 2022 y yo no estaba buscando nada. No buscaba amor, no andaba con intención de conocer a nadie. Tenía la agenda llena: la prisa del trabajo, la energía creativa alrededor de mi película *Union Station* y los ratos de paz que había encontrado en mi propio espacio. Llevaba casi seis años soltero, sanando heridas y reencontrándome. Construí muros, no porque quisiera, sino porque tuve que hacerlo. Ya me habían roto la confianza, y me tomó tiempo aprender a vivir sin miedo a que me lastimaran otra vez.

Esa noche en West Hollywood empezó como cualquier otra. Un amigo me llamó en la mañana para celebrar algo chiquito pero significativo: *Valentina* acababa de salir en Apple TV+. Era un hito que había esperado, y claro, había que celebrarlo. Pero el día se volvió torbellino; los planes espontáneos me arrastraron y me dejé llevar.

No planeaba terminar en ese bar. Fue una de esas noches en las que sigues a la bola y, cuando menos piensas, ya estás afuera de un

lugar alegre, colorido… y casi vacío. Yo y mi amigo riéndonos, sintiendo la vibra, hasta que algo —alguien— movió todo.

Adentro lo vi de inmediato. Había algo en cómo se plantaba: llamaba la atención sin intentarlo. No era de los que piden validación a gritos; traía una energía innegable. No fueron sus looks al principio —aunque sí, es atractivo—; fueron sus ojos. Se encontraron con los míos a través del bar vacío y, por un instante, el mundo se desaceleró. Como si el tiempo se congelara para nosotros. Ese raro déjà vu de "ya te había visto", aunque sabes que no.

Esa noche nos intercambiamos los Instagram. Nada serio, un "ahí nos mensajemos". Pero al caminar de regreso, sentí que algo se había movido dentro de mí. Una curiosidad. Un jalón. Ganas de saber más.

Pasaron los días y los mensajes se hicieron más frecuentes. Al inicio, lo típico: reacciones a stories, conversaciones ligeras. Pero conforme hablamos, algo cambió. Había una honestidad en cómo contaba su vida: crecer en Nueva York, batallar con las relaciones en L.A. No quería impresionarme con encanto superficial; era aterrizado, real, crudo y vulnerable. Y esa vulnerabilidad —tan rara— me jaló.

Aunque me decía que quería poner una pared entre nosotros —quizá para protegerse, quizá porque él también sintió la conexión—, la forma en que se abría me hizo sentir seguro para abrirme yo. Mis muros, los que tardé años en construir, empezaron a cuartearse. Cada conversación, por simple que fuera, nos conectaba más. Pero aun así, persistía un miedo silencioso. No estaba listo para caer. Eso creía. No otra vez. No después de todo lo que viví.

Dicho eso, sí quería verlo. Le propuse vernos varias veces y siempre me bateaba o cambiaba el plan.

Hoy me confiesa que no entendía por qué yo insistía tanto en "ir por unos tacos". Venía de Nueva York y su perspectiva sobre "hang out" en L.A. estaba marcada por experiencias duras. Me dijo que en L.A., cuando alguien dice "hang out", rara vez es solo eso: usualmente

significa cena y, luego, su dick en la garganta de alguien, haciéndolo sentir desechable. Y por crudo que suene, no mentía. La escena de citas —especialmente en L.A.— se volvió transaccional para muchos. Nadie se toma nada en serio. Todo el mundo buscando la "próxima mejor" opción, cuando en realidad deberíamos enfocarnos en ser la **mejor**versión de nosotros, por nosotros.

La verdad: cuando compartes tu energía con demasiada gente y de formas superficiales, te quedas seco.

Vas regalando pedacitos de ti hasta que ya no queda nada. Pero con él, se sentía distinto. No estaba buscando llenar un vacío. Solo quería una conexión genuina. Tan simple como eso.

En ese tiempo yo andaba en plenos castings de *Union Station*. Vio mi convocatoria, se apuntó y no dudé en invitarlo a audicionar. Empezamos a vernos más y, sin esperarlo, me empezó a gustar cómo me hacía sentir.

Cada vez que lo visitaba en su chamba, me recibía con emoción genuina, como si de verdad le diera gusto verme. Ese calor humano era raro. Tomábamos algo, contábamos el día, y en esos ratos sentía que había algo más, algo que valía la pena explorar.

Luego descubrí algo que me enamoró todavía más de su arte: era bailarín, un artista. La primera vez que vi sus videos, me quedé hipnotizado. Había una fluidez en su cuerpo, una gracia que nacía de muy adentro; era como verlo hablar con el movimiento. Siempre he amado el arte, pero lo suyo era otra cosa: no era solo talento, era **encarnar** su arte. Todo él se encendía al moverse. Era hermoso de una forma que me dejó sin palabras. Quise verlo en vivo, ser parte de ese mundo que habitaba con tanta facilidad.

Nos vimos varias veces, casi siempre cuando yo estaba por West Hollywood en juntas y me caía a su bar. Lo que inició como "hangouts" sencillos empezó a sentirse como algo más. Me cautivaba su talento, sí, pero también su forma de ser: amable,

generoso, chistoso. Con él, yo podía bajar la guardia. Ser yo. Así, sin adornos.

No tardó en decir que quería audicionar para *Union Station*. Me emocionó. Se sentía natural, como extender la conexión que ya teníamos. Pasamos más tiempo juntos, conociéndonos de verdad, con una comodidad de "te conozco de hace años". Le hice un cheesecake. Al dárselo, solté una risita nerviosa: "Chale, esto estuvo raro". A él también le pareció raro, pero distinto.

Dice que por eso empezó a enamorarse. Que no era como "los otros". Tenía sustancia. Y, sobre todo, yo marchaba a mi propio ritmo. Era yo, y punto. Por eso, aunque fuera raro, lo recibió con gusto. Esos momentitos torpes lo hicieron real.

Cuando arrancó el rodaje de *Union Station*, él se fue una semana a Puerto Rico. Pensé que estaría tan ocupado que ni me acordaría. Pero entre más trataba de enfocarme, más presente lo sentía. No estaba "enamorado", aún no sabía qué era, pero algo de él se me quedaba pegado. Extrañaba su energía, su forma de hacerme sentir visto. Su sonrisa, sus mensajes. Ese alivio raro de poder respirar más profundo cuando estaba cerca.

Cuando regresó, algo cambió. Fue un domingo: mis productores y yo acabábamos de cerrar filmación y caminábamos por la calle en plan de brindis. Lo vi afuera de su bar. El tiempo se detuvo. El corazón me dio un brinco; me acerqué sonriendo.

—**Hey, papi, what's up** —me dijo, cálido, con esa chispa en los ojos—. **Is it weird that I missed you?**

No dudé.

—Para nada —solté, acercándome—. Yo también te extrañé.

Se sintió como un instante suspendido. Sin prisa. Sin presión. Dos personas felices de verse. Todo lo demás desapareció. Hablamos y

confirmé cuánto disfrutaba estar con él. Todo era fácil. Natural. Como si siempre hubiéramos estado destinados a encontrarnos.

Esa misma tarde me invitó a una fiesta de Halloween la semana siguiente. Iba a presentarse ahí y, obvio, me intrigó. Casi digo que no. Traía la cabeza hecha nudo, sin saber si estaba listo para dar el siguiente paso.

Pero algo en mí me dijo que fuera. Que dejara de huir. Que me permitiera sentir.

Los días previos fueron mezcla de emoción y nervios. Dejé de escribirle un rato, no por falta de ganas, sino porque necesitaba espacio para entenderme.

Tenía miedo de echar a perder la amistad. Era más fácil guardarme, aunque doliera. Llegó la noche de la fiesta… y todo cambió.

Terminé yendo casi por accidente. Él me texteó que ojalá me viera ahí. La fiesta estaba a la vuelta de mi casa.

Lo tomé como señal. Me di dos jalones a un porro y salí, con los "y si…" corriendo por la mente.

La noche fue inolvidable. Lo vi bailar con **Candy Lover** y me quedé en shock. Magnético.

La confianza, la pasión: otra liga. No solo bailaba; contaba una historia con cada movimiento. Después brindamos, nos tomamos fotos, nos reímos como si la noche no tuviera final. Sentí un giro entre nosotros, algo que nadie dijo, pero estaba ahí.

Para no arruinar la amistad, me volví a desaparecer una semana. Necesitaba entender por qué quería verlo tanto, por qué me parecía **tan** guapo, por qué me jalaba así. Había algo grande asomándose y yo no sabía si estaba listo.

Les conté a mis amigos. Todos: "Le gustas. De ley." Pero yo no podía soltar la creencia de que "gente como él no termina con gente como

yo”. En el fondo, llevaba años protegiéndome del golpe. Ya me había pasado.

No quería repetirlo. Parte de mí quería sabotearlo antes de empezar. Me decía: “Ni eres su tipo”.

Me comparaba, me llamaba “gordo”, “no atractivo”. Buscaba excusas para no creerlo. El miedo a no ser suficiente me ahogaba.

Hablé con mi terapeuta. Me cachó al instante. Me hizo ver que mis miedos —los ligados a relaciones tóxicas con hombres casados, el mecanismo de defensa tras la violación— estaban regresando. Sí, llevaba casi seis años soltero, pero no había sanado; solo había enterrado todo. Y lo correcto —o lo incorrecto— lo trajo de vuelta.

Ojalá hubiera hecho ese trabajo antes.

Porque, si soy honesto, esos pendientes casi nos rompen cuando por fin empezamos a salir. Pero esa es historia de otro capítulo.

Una amiga me invitó a los bares. No quería ir al de siempre. Caminábamos y me preguntó:

—¿Esto es por un vato?

No pude callarlo. Le solté todo. Sí sentía algo por él. Sí me daba miedo. Sí estaba bien en paz conmigo y temía perderla. Yo era el único hombre del que estaba locamente enamorado… y no sabía si estaba listo para compartir ese amor.

Ella, con sonrisa de “ya entendí”:

—No tenemos que ir al bar. Pero piensa: ¿y si él es **el** indicado?

Me reí, pero la pregunta se me quedó. Me fui al baño y, frente al espejo, tuve mi momento Issa Rae. Respiré hondo y murmuré:

—Dios, si es problema, no dejes que me lo tope.

Esa noche terminamos en **Revolver**, lejos de su bar. Bailamos como si no existiera nada más. El beat en el piso, las luces en el tiempo justo… y, de pronto, lo vi en el patio, fumando, mirándome. Me dio un vuelco el corazón. ¿No trabajaba los sábados? ¿Qué hacía ahí?

Le hice señas. Entró. Me abrazó. Electricidad.

—**Why you ignoring me?** —me dijo, juguetón.

—**Buy me a drink** —le solté sin pensarlo. Se rió y se fue a la barra.

Camino al baño le susurré a mi amiga: "Es él". Cerré la puerta y solté una carcajada nerviosa.

—Dios, qué desmadre eres —me dije al espejo.

Respiré. Me sequé las manos. Salí. Él me esperaba con dos tragos y una chispa traviesa en los ojos. Tomé el mío.

—Gracias —le dije bajito, con algo que no supe nombrar—. **Let's dance.**

Y ahí todo cambió. El tiempo se aflojó alrededor. La gente, el ruido, se difuminaron. Éramos nosotros, en sincronía, suspendidos en una conexión pura. Bailamos como si lleváramos años haciéndolo.

Cada mirada, un secreto compartido. Y, sin planearlo, me incliné. Él también. En medio de la pista, nos besamos. Lento. Tierno al principio, como si el mundo se hubiera detenido. Luego más profundo. Todo lo demás desapareció. Fue el beso más mágico y libre de mi vida. De esos que te hacen olvidar dónde estás, quién eras y por qué te resististe tanto.

Ese beso, ese instante, marcó el principio del final. El principio de algo que ya no podía —ni quería— desandar.

Dejamos de ser dos personas con química para empezar a ser dos personas descubriendo qué significa ser algo más. Y cuando nos separamos, sin aire, sonriendo, supe que ya no había vuelta atrás.

Capítulo Siete

¿SOY YO EL PROBLEMA? CONFESIONES DE UN AMIGO "DE LA CHINGADA"

Si soy honesto conmigo mismo, creo que muchas de mis amistades no han funcionado por mí. Sé que suena como si me estuviera echando la culpa, y quizá, en parte, sí. Pero necesito decirlo porque es algo que he ignorado por mucho tiempo. La verdad es que suelo tener expectativas muy altas con la gente que dejo entrar a mi vida. No lo digo para sonar sangrón o quisquilloso; lo digo porque antes era un "sí a todo" y, ya en terapia, entendí por qué empecé a tomar distancia de personas aunque eso significara quedarme solo. Desde que entré a mis treintas, empecé a desear cierto tipo de energía a mi alrededor, una que empata con mi estado mental y emocional. Y, con el tiempo, entendí que no todos llegan a esos estándares.

Y no es que espere perfección. Es que no sé manejar la queja constante o la negatividad, sobre todo viniendo de un pasado donde mis tristezas nacieron justo de eso. Sé que la vida no es puro sol y arcoíris, pero cuando alguien trae ese tipo de energía una y otra vez al espacio que compartimos, empieza a pesarme. Quizá porque he pasado tanto tiempo tratando de encontrar paz dentro de mi cabeza, ahora tolero menos a quienes parecen vivir del drama o la desgracia. Es como si su energía se volviera un peso que también esperan que cargue yo, y llega un punto en que ya no puedo.

Pero aquí va lo importante: al poner límites tan firmes sobre lo que acepto, también levanté muros. Corté vínculos con personas que,

aunque batallaban con su propia negatividad, tenían cualidades que pudieron haberme equilibrado y que no supe valorar en su momento. En mi búsqueda de paz, me concentré tanto en esquivar el caos que descuidé el crecimiento que también puede venir de acompañar a alguien en sus procesos, así como otros me han acompañado a mí. Es una realización dura, pero me ayuda a entender mis amistades con más profundidad y vulnerabilidad. Porque al final, yo no soy perfecto.

Una verdad que evitaba: muchas de mis amistades tronaron porque yo he sido un amigo de la chingada. Ya lo dije. Me he alejado cuando ni siquiera se trataba de ellos; era más fácil desconectarme. Me aparté de situaciones que "no eran asunto mío" y quedé mal justo cuando más me necesitaban. No voy a poner pretextos: así fue. En el fondo, yo también huía del malestar, y eso me cobró factura.

Lo difícil es que a veces me cuesta ser ese oído que alguien necesita cuando se está ahogando en negatividad. No es que no me importe; es que me sobrepasa, y no sé cómo cargar ese peso sin perder mi propia paz. Lo he dicho y lo repito: por algo voy a terapia. No quiero cargar a mis amigos con mis problemas, pero, viéndolo bien, también usé eso como escudo para mantener distancia. Mi terapeuta dice que es un mecanismo de defensa: protegerme de sentirme responsable de los problemas de otros cuando ya vengo lidiando con los míos. Y eso, de por sí, me hizo alejarme más de la cuenta.

Sé esto de mí. Sé que tengo que hacerlo mejor. Ser mejor. Esa claridad llega con el tiempo y la reflexión, y apenas estoy aprendiendo a aceptarlo. Cuando veo a mi esposo, me sorprende que conserve tantos amigos desde la primaria. Han pasado por todo y siguen unidos. Yo, en cambio, mi amistad más larga —casi veinte años— hoy casi no existe. En la prepa ella y yo éramos inseparables: boba, playa, horas viendo el mar y hablando del futuro. Estuvo para mí como nadie, y yo para ella. Recuerdo perfecto el día en que salimos del clóset mutuamente; esa vulnerabilidad compartida solidificó algo.

Tenía un talento hermoso: con un lápiz capturaba emociones. Yo la admiraba. Pero cuando dejó ese sueño para estudiar enfermería, sentí un piquete inesperado, casi una traición. Viéndolo hoy, no era sobre mí; pero en ese momento pensé que debía alejarme. ¿Cómo seguir cerca de alguien que —a mis ojos— renunciaba a su pasión? Ahí empezaron las grietas, aunque no lo vi de inmediato.

Una noche hablamos de mi futuro: que yo sería director y algún día la contrataría de artista de storyboard. Yo lo decía en serio. Ella se rió, dijo que mis sueños eran demasiado grandes, irreales. Esa noche llegué a casa y no la llamé nunca más. Y pareció no importarle, porque tampoco llamó. Ni lo pensé dos veces. Para mí, su falta de fe en mis sueños reflejaba sus propias dudas, y yo no podía darme el lujo de tener a alguien así tan cerca. No era la persona que necesitaba a mi lado para llegar a donde quería. Con el tiempo entendí que había más personas a las que tenía que soltar para avanzar, gente que no alineaba con la vida que estaba construyendo. Y aunque dolió, no lo cambiaría.

Me encantaría decir que manejé todo perfecto. No. Sí, he sido un mal amigo a ratos, pero siendo franco, mi paz siempre ha sido prioridad. Y también entendí que hay personas que no están destinadas a quedarse para siempre. Está bien. La vida cambia, y la gente con ella. He aprendido a dejar ir amistades que ya no me suman. Duele, pero forma parte de mi camino.

Otro ejemplo: una amiga. Al principio era la más dulce: me impulsaba, me aterrizaba cuando me iba al hoyo de la duda. Me recordaba agradecer, ver lo bueno. Pero cuando mi carrera empezó a despegar, noté algo sutil que se fue haciendo claro: cada conversación giraba en torno a cómo participar en mis proyectos. Nuestra amistad empezó a sentirse transaccional. Mirara donde mirara, parecía que quería algo: mi ayuda, mis contactos, mi acceso.

Tras casi dos años sin hablarnos, me escribió otra vez para estar en mi siguiente película. El mismo patrón. Decidí confrontarlo: le dije directo que no quería una amistad que solo existiera cuando le

convenía. “Si quieres ser mi amiga, invítame a comer, no solo cuando necesites algo.” Suena duro, pero aprendí a poner límites. Y antes de que digas que soy un mamón: no llego a ese punto sin antes proponer varias veces una cita de amigos. Cuando lo intento y me siguen bateando, empiezo a alejarme. Mi experimento más reciente fue el “deja de llamar y ve qué pasa”. La verdad: funciona. Nadie llama.

Una amistad genuina no va de conveniencia ni de lo que puedes ofrecer. Va de respeto mutuo, esfuerzo y constancia. Si eso no está, toca soltar.

Hablemos de familia. Amo a mis hermanos, pero entre 2001 y 2010 vivimos etapas volátiles. Casi no había día sin pleitos o insultos por tonterías. Caminábamos en puntitas. Por eso, cuando por fin me fui de casa, corté la comunicación al mínimo. Si quería convertirme en alguien de quien estar orgulloso, necesitaba distancia. Espacio físico y emocional. También entendí que, si quería que el cariño de hermanos creciera, tenía que dejarlo respirar. A veces hay que hacerse a un lado para que algo florezca, y yo necesitaba extrañar antes de volver a acercarme.

Fue difícil. Mi hermana mayor y yo pasamos casi tres años sin hablarnos; nos bloqueamos en redes porque no nos aguantábamos. Estábamos cansados de la tensión y nadie tenía energía para disculparse o iniciar conversación. Cuando visitaba a mi mamá, los veía de pasadita y me escabullía. Mi paz primero. No quería caer en lo mismo. Luego llegó la pandemia y algo cambió. Empezamos a hablar más. Mi hermana mayor se casó y se mudó a Utah; mi otra hermana también se casó y se fue; mi hermano, aún soltero, se quedó en la casa. De pronto, lejos unos de otros, vimos por qué había sido tan tóxico. Necesitábamos ese espacio, el mismo que yo había elegido años atrás.

Hoy tenemos un chat de hermanos. Compartimos memes, nos llamamos dos veces por semana. Nos reímos, nos recordamos el cariño y celebramos el vínculo reconstruido. Es increíble cómo ese

amor floreció **después** de poner límites. Igual que con las amistades, aprendí que los límites no significan cortar a la gente: significan protegerte para que, cuando te acerques, sea desde el deseo genuino y el respeto mutuo. Con amistades cuesta; con la familia, yo siempre haré el esfuerzo extra.

Al final, aunque todos necesitamos espacio para crecer, ese espacio nos permitió construir algo más fuerte, más real.

Me acepté como soy: alguien que anhela privacidad y prefiere la soledad al drama. Me tomó tiempo, pero hoy lo abrazo. Lo he dicho y lo repito: si quieres quitarte un mal hábito, **déjalo morir de hambre**. Si quieres alejar a la mala vibra, **déjala sin alimento**. Todo lo que no te sirve —relaciones tóxicas, dinámicas insanas, negatividad—, **déjalo de nutrir**. Eso he hecho con amistades y relaciones: dejé de alimentar las que no me nutren y solo me drenan.

Al final, las amistades verdaderas sobreviven. Resisten tiempo y distancia; no necesitan validación constante. Entre más grande me hago, más claro tengo que puedo contar a mis amigos reales con una mano, y me basta. Son quienes me ven, me aceptan y me aman tal cual soy, con defectos y todo. No necesito multitud; necesito gente sólida, genuina y capaz de crecer conmigo. Ya no es cantidad: es **calidad**.

Antes me daba miedo estar solo; hoy lo veo como un regalo. En la soledad encontré paz, claridad y prioridades. Las relaciones que conservo son las que me suman. Y aprendí algo que me enorgullece: a veces, soltar es el acto más liberador.

Y una cosa más: nunca estamos realmente solos.

Capítulo Ocho

ESE TUIT QUE ME CAMBIÓ LA VIDA

El día que cerré el circuito de festivales con *Blue Line Station* estaba en las nubes, empapado de cartas de validación, aplausos y premios.

¿Quién no quiere sentir que "ya la armó", que por fin lo entendió todo, que el mundo reconoce su valor y su talento? Pero aquí está la verdad: por más que disfruté el éxito, había algo más profundo del que no podía escapar. El subidón de la validación era dulce… y fugaz. Era como cruzar la meta y descubrir que la pista seguía.

Ese vacío adentro —el que había intentado dejar atrás con cada proyecto, cada deadline, cada aplauso— seguía ahí. El high del momento no borraba el hambre de seguir. Ya no se trataba de los reconocimientos; se trataba de la subida que venía. Por más rico que se sintiera estar en una cima, yo ya estaba viendo la siguiente, el próximo reto, el siguiente horizonte. Y ahí entendí algo: el éxito no es llegar a la punta, es aceptar que el viaje no termina.

Así que supe lo que tenía que hacer: volver a las trincheras. Escribir. Crear. Aventarme de cabeza a algo nuevo. No podía quedarme recostado sobre lo que acababa de lograr; tenía que retarme otra vez. Tenía que hacer otra película. Y entonces llegó la idea como rayo. No sabía de qué iba a tratar… pero sabía, con absoluta certeza, el título.

Valentina.

Cada que digo ese nombre, sin falla me preguntan lo mismo: "¿La llamaste así por la concursante de *RuPaul's Drag Race*?" Me da risa. Es fascinante cómo un nombre dispara una imagen tan específica en tanta gente. Sí, es pegajoso, y la asociación está ahí para algunos. Pero no, no salió de ahí. No le puse el nombre por una Drag Queen. Le puse **Valentina**por su significado: **fuerza**. **Resiliencia**. Es un nombre con poder, y yo quería que la película lo encarnara: un personaje, una historia, un viaje que resonara con fuerza en su forma más cruda y auténtica.

También escuché a Salma Hayek hablar de su hija, Valentina, y hubo algo en cómo lo dijo que se me quedó grabado. No solo el nombre: el orgullo en su voz, la fuerza que irradiaba al mencionarla. Pensé: "Algún día, cuando tenga una hija, la voy a llamar Valentina." Pero por ahora, esta película sería mi Valentina. Un tributo a la fuerza, a la resiliencia, a ese fuego feroz que nos sostiene cuando la vida parece aplastarnos. No sabía cómo se desplegaría la historia, pero sí sabía esto: tenía que importar. Tenía que **pesar**. Tenía que **significar** algo, no solo para mí, sino para quien la viera.

Pasé días tratando de armar la historia que aguantara un nombre así. Lluvia de ideas sin parar, bocetos, conceptos… nada cuajaba. Quería algo más que un cuento: potente, crudo, real. Y nada amarraba. Cuando me pierdo, suelo volver a mi ancla: mi mamá.

Le pregunté: "Ma, ¿qué cosa te daría una ansiedad tremenda? ¿Qué te aterrorizaría de verdad?"

Sin dudar: "No saber dónde están mis hijos."

Me pegó en el pecho. Ahí estaba. La chispa. Una madre y su hija perdida. Pero no quería hacer una historia de dolor o victimismo, como a Hollywood le encanta contarnos. No. Tenía que ser distinta. Mostrar la profundidad del miedo, sí, pero también la fuerza que aparece justo en medio de la incertidumbre. La fuerza que no viene de tener respuestas, sino de seguir a pesar de no tenerlas.

La historia iba de supervivencia; del amor feroz de una madre que cruzaría lo que fuera por su hija, incluso cuando todo parece perdido. De ese poder que tocamos cuando nos llevan al límite. No solo del miedo a perder a alguien, sino del fuego que no se apaga aunque oscurezca. Ahí estaba el corazón. Y con eso, la película empezó a tomar forma. Ya no era solo una historia. Era un **símbolo**.

Era mi **Valentina**.

Una madre que no se detiene. Que mueve montañas si hace falta. Quería capturar ese amor primitivo, indomable. Una heroína que no es débil, sino feroz; cuyo amor no solo abraza, sino empuja.

Hacer *Valentina* fue otro planeta comparado con *Blue Line Station*. Ese guion apenas tenía 40 páginas —largo de corto, no de largo—, pero no me importó. Era la historia correcta. Pocos personajes —unos diez— y tenía clarísima la protagonista. Alguien que encarnara esa fuerza cruda: tierna y feroz a la vez.

Yo no conocía a mucha gente en la industria. Seguía aprendiendo, tocando puertas. Pero tenía claro que necesitaba a alguien ya establecido, con el peso que el papel pedía. Así que hice lo que haría cualquier cineasta ingenuo y sin miedo: fui con mi consejera de siempre, mi caja de resonancia, mi mamá.

—Ma, ¿quién te late para este papel? ¿Qué actriz mexicana "en ascenso" debería conocer?

En ese tiempo mi mamá estaba **obsesionada** con *Ricas, Famosas, Latinas* (la versión latina de *Real Housewives*). Entre el brillo y el drama, mencionó a una actriz del show. Relativamente nueva, pero ya haciendo ruido. Me miró con brillo en los ojos: "¿Por qué no le escribes?"

Me reí: "Sí, ma, ahorita la invito por un cafecito."

Sonaba absurdo: yo, sin contactos, marcándole a una rising star. Pero algo en la sugerencia me tocó. ¿Qué perdía intentándolo?

Nada. Así que, con una mezcla de esperanza y tantita locura, mandé **un tuit** con el link de mi corto *Mastermind* (el que ganó Mejor Actriz en el Collaboration Filmmakers Challenge). Para mi sorpresa, **respondió**. Y ahí empezó todo.

Las mamás, cuando creen en ti, te prestan una fe que a veces tú no te ves. Esa fe mueve montañas. Te empuja a saltar sin ver abajo.

Ese día hablé con la actriz: **Victoria Del Rosal**. Le pitché *Valentina* y se emocionó. Dijo que sí. Con un detalle: solo podía darme **siete días** de rodaje. Siete.

No voy a mentir: me aterré. ¿Siete días? ¿Cómo? Y luego me cayó el veinte: te pierdes el 100% de los tiros que no haces. Este era el mío. No podía rajarme. No otra vez.

Le dije que sí. Íbamos a hacerlo, como fuera.

El siguiente paso fue armar crew. Y ahí empezó el caos real. Sin presupuesto, sin equipo "pro", sin plan, me fui a Craigslist y publiqué: buscaba un equipo pequeño que trabajara por crédito… y por los famosos lunches de mi mamá. Me bajaron el anuncio mil veces; parecía que el universo me decía "ya suelta", pero yo seguí. Una noche, después de horas de scrollear, encontré a alguien: un cineasta joven y hambriento que me recordó a mí.

Le mandé *Blue Line Station*. A las horas me llamó: "Estoy dentro. Quiero ayudarte." A partir de ahí, las piezas se acomodaron. Actores dijeron que sí. El universo me daba una última oportunidad para lograrlo.

El "pero" grande: no había **shot list**. Ni **storyboard**. Ni permisos. Nada. Yo iba a dirigir **y** a hacer sonido, porque no había dinero para un sonidista. No me importó. Había que hacerlo funcionar.

Filmamos en **siete días**. Los más largos, intensos y aterradores de mi vida. Y también, viéndolo hoy, los más gratificantes. Nunca me sentí más vivo. Hay algo en estar en set con gente que cree tanto en

el proyecto como tú, que lo hace todo posible. No era yo. Éramos **todos** empujando hacia el mismo lugar. En medio del caos, hicimos algo hermoso.

¿Lo haría otra vez? En un segundo. ¿Igualito? **Ni de chiste.** La experiencia te enseña lo que no se aprende en libros. A *Valentina* le debo mucho a **Victoria Del Rosal**. Ella creyó en mí antes que yo mismo. Llegó lista para lo peor y se sorprendió con lo que logramos. Con los años, pasó de colaboradora a amiga, aliada y recordatorio viviente de que todo es posible si te arriesgas.

Valentina se proyectó en **treinta** festivales y, dos años después, encontró casa en **Apple TV+**. Ese momento me cambió el rumbo. Me confirmó que estaba exactamente donde debía estar. Me recordó que disparar —aunque parezca imposible— es lo que separa a los soñadores de los que hacen.

Si estás ahí, aguantándote, preguntándote si te avientas, te digo esto: **haz tu tiro**. ¿Qué es lo peor que puede pasar? El "no" ya lo tienes. Ve por el **sí**. Nunca sabes a dónde te puede llevar.

Manda ese tuit.

Capítulo Nueve

MIS DÍAS DE DIECISIETE HORAS

Si hay algo que he aprendido en la vida es esto: nadie te va a regalar tus sueños.

La gente siempre se sorprende cuando se entera de que tengo un trabajo de tiempo completo aparte del cine. Existe esa idea de que una vez que caminas por una alfombra roja, la lucha desaparece mágicamente, que "ya la hiciste", que tu único trabajo es crear. Pero nada está más lejos de la verdad.

Durante los últimos diez años he estado equilibrando dos mundos exigentes, trabajando en promedio diecisiete horas al día: administrando propiedades de día y haciendo cine de noche y en los fines de semana. Es agotador. Es abrumador. Hay días en los que me pregunto cuánto tiempo más podré seguir así. Pero al mismo tiempo, no lo cambiaría por nada. Porque la verdad es que he construido algo real. He creado una vida en la que no solo estoy persiguiendo un sueño; lo estoy viviendo. No solo sobrevivo, florezco.

Jamás imaginé que la administración de propiedades se volvería una parte tan crucial de mi camino. Cuando empecé, era solo un trabajo, una forma de pagar las cuentas mientras averiguaba cómo abrirme paso en la industria. Pero con el tiempo, se convirtió en algo más. Se volvió mi red de seguridad, lo que me permitió tomar riesgos sin miedo a la ruina financiera. En una industria donde la estabilidad es rara, donde la mayoría de los artistas se ven obligados a escoger entre su pasión y pagar la renta, yo encontré una forma de tener ambas cosas.

Claro, eso no significa que haya sido fácil. Ha habido incontables noches en las que llegué a casa después de una jornada de ocho horas, agotado, al borde del colapso, solo para sentarme frente al escritorio y seguir trabajando en un guion. Hubo mañanas en las que me presenté a juntas con inquilinos sobreviviendo solo con café y pura fuerza de voluntad, porque había pasado toda la noche editando. Momentos en los que sentía que vivía dos vidas separadas: una en la que era el profesional responsable de traje y corbata, y otra en la que era el soñador terco que se negaba a renunciar a su visión.

Pero de alguna manera, lo he hecho funcionar. Y en muchos sentidos, creo que esa lucha me ha hecho mejor cineasta. Me ha mantenido con los pies en la tierra. Me ha dado disciplina. Me ha obligado a aprender a crear bajo presión, a administrar mi tiempo, a seguir avanzando incluso cuando estoy agotado.

La gente siempre me pregunta por qué sigo conservando mi trabajo de día cuando ya he llegado tan lejos en mi carrera. La respuesta es simple: seguridad. En una industria donde incluso los artistas más talentosos pueden pasar años sin trabajo estable, yo logré construir una vida en la que puedo crear sin miedo. Y eso, para mí, no tiene precio.

Pero más allá de eso, sigo porque tengo algo que demostrar, no solo a mí mismo, sino a cualquiera allá afuera a quien alguna vez le dijeron que tenía que escoger entre estabilidad y sueños. Yo soy prueba viviente de que no tienes que hacerlo. Puedes construir la vida que quieres, aunque eso signifique trabajar más duro de lo que jamás pensaste posible.

Sí, estoy cansado. Sí, me he cuestionado cuánto tiempo más podré aguantar. Pero cada vez que siento ganas de frenar, me recuerdo por qué empecé. No llegué hasta aquí solo para llegar hasta aquí. Y hasta que llegue el día en que ya no tenga que escoger entre mi pasión y mi sueldo, voy a seguir haciendo lo que siempre he hecho: despertar, presentarme y hacerlo realidad.

Y para dejarlo claro, nunca planeé convertirme en administrador de propiedades. En 2009 tenía 21 años, seguía viviendo en casa, asfixiado en un ambiente que se sentía demasiado pequeño, no solo en espacio, sino en posibilidades. Necesitaba salir. Necesitaba algo mío. Más que nada, necesitaba probarme que podía sostenerme por mí mismo. Recuerdo que me repetía: necesito encontrar un trabajo que me dé un departamento. No sabía cómo ni cuándo, pero me aferré a esa idea como a un salvavidas.

El universo tiene una forma curiosa de escucharte cuando hablas con intención.

Apliqué para un puesto de asistente de oficina sin tener idea de que era con una compañía de administración de propiedades. Un mes después, se abrió una oportunidad: un puesto de administrador residente en un edificio de El Segundo. Y así, de la nada, tuve mi propio lugar. No era solo un departamento. Era libertad. Una unidad de dos recámaras que, para cualquiera, podía parecer ordinaria, pero para mí era un palacio.

No tenía más que unos cuantos utensilios de cocina y un sentido abrumador de ambición. Sin muebles. Sin cama. Solo cuatro paredes y una puerta que me abría un futuro que estaba decidido a construir. Y estaba bien con eso. Porque por primera vez en mi vida, tenía algo que era verdaderamente mío. Me recordó cuando mi hermana, Verónica, nos sacó de la traila de mi tío años atrás. Esa misma sensación de dar un paso hacia lo incierto, de estar en un espacio desconocido y saber, muy dentro, que era el inicio de algo nuevo.

Ese trabajo no solo me dio un hogar; me dio independencia. Me dio estabilidad. Me dio la oportunidad de respirar. Y con ese respiro, empecé a soñar más grande.

No pasó mucho tiempo antes de comprar mi primer carro, un Ford Focus 2009. Recuerdo manejar por L.A. con las ventanas abajo, sintiendo que ya lo había logrado. Y en muchos sentidos, así fue.

Tenía 21 años, vivía solo, con un cheque seguro y la clase de libertad que antes solo había imaginado.

Pero algo dentro de mí sabía que ese no era el final. Era apenas el comienzo. Una casa y un carro no eran suficientes. Yo quería más. Sabía que era capaz de más. Había entrado en el camino, solo que aún no sabía a dónde me iba a llevar.

Crecer siendo indocumentado significaba no dejarme soñar con la universidad. Era algo que los demás podían hacer, algo de lo que yo siempre estaría excluido. Cuando los maestros hablaban de aplicar a universidades, de becas y préstamos estudiantiles, yo apagaba el oído. Nada de eso aplicaba a mí.

Pero después empecé a preguntarme: ¿y por qué no yo?

Una mejor amiga de ese tiempo, también indocumentada, había encontrado la manera. Ella estaba en la universidad, haciéndolo funcionar. Así que le pregunté, ¿cómo? ¿Qué hiciste que yo no sabía?

Fue entonces cuando supe de la AB540, una ley que permitía a estudiantes indocumentados en California pagar colegiatura como residentes del estado en lugar de los imposibles $400 por unidad. De pronto, la universidad no era un sueño lejano; era una posibilidad.

Me inscribí en un curso de verano y, desde el primer día, me enamoré de aprender. No era nada como la prepa. Aquí tenía opciones. Podía explorar. El mundo se abrió frente a mí y, por primera vez, sentí que tenía un lugar en él.

Al principio, salté entre carreras, sin estar seguro de cómo se vería mi futuro. La literatura me fascinaba. La psicología me intrigaba. La filosofía me hacía cuestionarlo todo. Pero en algún punto entendí que tenía que comprometerme. No quería ser de esos estudiantes que brincan de clase en clase, sin asentarse, sin terminar.

La ciencia política se convirtió en mi camino, no porque siempre lo hubiera soñado, sino porque era la forma más rápida de graduarme. Pero en el proceso pasó algo inesperado: me enamoré de la política. Aprendí sobre las leyes que habían moldeado mi vida, los sistemas que dictaban quién tenía acceso a qué y, lo más importante, el poder del cambio.

Por primera vez, sentí que tenía una voz. Y aunque no sabía aún qué iba a hacer con ella, tenía claro algo: no iba a quedarme callado.

Cuando me transferí a Cal State Dominguez Hills, me entregué por completo. Clubes de debate, cursos de ciencia política, Model UN; vivía y respiraba política. Tenía la visión de mí mismo caminando por los pasillos del Capitolio, creando políticas, marcando diferencia.

Durante seis años estuve obsesionado. Veía cada debate, seguía cada campaña, diseccionaba cada cambio de política. Estudiaba las entrañas del gobierno como si mi futuro dependiera de ello; porque, en mi mente, así era.

Y luego, así de simple, un día se acabó.

Era semana de finales. Se suponía que debía estar enterrado en libros, preparándome para exámenes, memorizando políticas y afinando argumentos. Pero en lugar de eso, me encontré viendo *Black Swan* de Darren Aronofsky.

No sé qué me hizo darle play esa noche. Tal vez buscaba una distracción, un escape del estrés. Pero desde el momento en que empezó la película, quedé hipnotizado. Sentí algo que nunca había sentido antes, ni con la política, ni con la ley, ni con nada. Se me aceleró el pulso. Se me enchinó la piel. La tensión, la belleza, el desmoronamiento de la mente de un personaje; era hipnótico. Vi la caída de Nina en la locura y algo hizo clic dentro de mí. Sentí como si hubiera estado caminando dormido toda mi vida y, de pronto, desperté.

Por años me había convencido de que la política era mi vocación, que trabajar en el gobierno era la única forma de crear cambio. Pero esa película, esa historia oscura, inquietante, fascinante, me hizo sentir más vivo que cualquier debate político. Y eso me aterraba.

Intenté sacudírmelo, decirme que solo era una película, una fascinación temporal. Pero no podía dejar de pensar en ella. La cinematografía, la narrativa, las actuaciones; todo se me quedó grabado. Jamás había considerado el cine como algo que yo podía hacer. Pero por primera vez, me permití preguntarme: ¿y si esto es? ¿Y si esto es lo que he estado buscando todo este tiempo?

Cada plan que había hecho, cada aspiración política, cada desvelo memorizando políticas, desapareció en un instante. El fuego dentro de mí había cambiado de rumbo. Y nada más tenía sentido.

No era ingenuo. Sabía que el cine no era una carrera fácil. Sabía que requería tiempo, dinero y una batalla cuesta arriba contra una industria que no estaba hecha para alguien como yo: indocumentado, gay, sin estudios formales de cine.

Así que tomé una decisión que definiría la próxima década de mi vida: no iba a renunciar a mi estabilidad financiera. Iba a construir mi carrera en el cine mientras seguía trabajando de tiempo completo.

No se trataba solo de sobrevivir; se trataba de estrategia.

Había visto a demasiados artistas sufrir, aferrándose a su pasión sin nada que los sostuviera. Pero la pasión no paga la renta. La pasión no mantiene las luces prendidas. Y por más que amara el cine, no estaba dispuesto a sacrificar mi calidad de vida por él.

En vez de eso, construiría ambas cosas. Una carrera y un sueño. Estabilidad y ambición. Seguiría trabajando mi 9 a 5 y luego me sentaría a escribir guiones, a planear rodajes, a editar hasta que los ojos me ardieran del cansancio. Iba a demostrar que el éxito no se trata de escoger un solo camino; se trata de forjar el tuyo.

Hoy administro cinco edificios en el centro de L.A. Me especializo en propiedades con créditos fiscales, trabajando dentro de programas de gobierno. Es una carrera que jamás imaginé, pero que me ha dado algo invaluable: la libertad de crear.

La mayoría de los creativos en L.A. pasan años luchando solo por mantener un techo sobre sus cabezas. Brincan entre trabajos que odian, viviendo de cheque en cheque, obligados a poner en pausa sus sueños para poder sobrevivir. Pero yo me negué a que esa fuera mi historia. Una de las razones más grandes por las que he seguido en la administración de propiedades es porque me da algo que la mayoría de los artistas solo puede soñar: un departamento gratis. Y en una ciudad donde la renta fácilmente llega a $3,000 o $4,000 dólares al mes, eso cambia vidas.

Me ha permitido reinvertir en mis películas. Crear sin miedo financiero. Tomar riesgos que otros no podrían darse el lujo de tomar. Invertir cada dólar que hubiera gastado en renta de vuelta en mi arte. Mi carrera en administración de propiedades nunca ha sido solo un trabajo, ha sido mi red de seguridad, mi cimiento, lo que ha hecho que todo lo demás sea posible. Sí, trabajo de 9 a 5 administrando edificios, y cuando ese trabajo termina, empieza mi segundo trabajo. Escribir. Dirigir. Producir. Editar. Los fines de semana los paso en rodaje. Las noches en post-producción. Muchas veces sacrifico el sueño, pero nunca el trabajo. Durante los últimos diez años he trabajado jornadas de diecisiete horas. Es agotador. Es implacable. Ha puesto a prueba cada límite que pensé tener. Pero también ha sido el regalo más grande. Porque aquí está la verdad: amo lo que hago. Mis dos carreras me retan de formas diferentes. Una me da estructura. La otra me da pasión. Y juntas, me permiten vivir una vida que, en algún momento, parecía imposible.

La gente suele preguntarme cómo le hago. Cómo sigo adelante. Cómo no me quemo. Y la respuesta es simple: simplemente lo hago. Porque cuando de verdad amas algo, cuando crees en ello con cada fibra de tu ser, no esperas permiso. No esperas las condiciones perfectas. No esperas a que alguien te diga que es tu turno.

Creas. Luchas. Persistes.

No existe el momento perfecto para perseguir tus sueños. No hay garantía de que las cosas saldrán según el plan. No hay mapa que asegure el éxito. Pero si estás dispuesto a presentarte, a meterle las horas, a sacrificar, a trabajar más y durar más que la duda; entonces cualquier cosa es posible.

Yo soy prueba de eso.

Capítulo Diez

¡VAMOS TARTARS!

No puedo hablar de mi carrera —de mis éxitos, mis fracasos o la necia persecución de mis sueños— sin hablar de la prepa. Ahí me formé, me retaron y, a ratos, casi me rompieron. No diría que mi experiencia fue volátil, pero sí fue un campo de batalla de formas que muchos jamás entenderán.

Para mí, la prepa no se trataba solo de calificaciones o popularidad; se trataba de sobrevivir. De navegar un mundo donde me sentía forastero en cada esquina. Era indocumentado, lo que significaba que todos los días cargaba con un secreto del que la mayoría de mis compañeros jamás tendría que preocuparse. Mientras ellos pensaban en el prom o en solicitudes para la universidad, a mí me recordaban constantemente que mi futuro no estaba garantizado, que en cualquier momento podían arrancarme todo por lo que había trabajado.

Recuerdo estar sentado en clase, escuchando a mis maestros hablar de becas, ayudas financieras y todas las oportunidades que nos esperaban después de graduarnos. Y recuerdo el nudo en el estómago porque sabía que esas puertas no estaban abiertas para mí. No importaba cuánto me esforzara, ni cuánto lo deseara: había obstáculos que no tenían nada que ver con mi inteligencia ni con mi ambición.

Pero la prepa no fue difícil solo por mi estatus; también fue el lugar donde empecé a entender quién era. Yo era diferente, y lo sabía. Ser gay en un mundo que todavía cargaba tanto prejuicio no era fácil. Aprendí a esconder partes de mí, a moverme por los pasillos con

cuidado, a evitar la atención que podía convertirse en burla. Hubo momentos en que me sentí completamente solo, momentos en que me pregunté si algún día encontraría un lugar donde de verdad perteneciera.

Aun con el miedo y la incertidumbre, la prepa también me hizo más fuerte. Me enseñó a pelear. A ser resiliente. Me obligó a aprender a navegar un mundo que no estaba hecho para alguien como yo. Y aunque muchas veces sentí ganas de rendirme, no lo hice. Porque muy adentro, yo sabía que estaba destinado a algo más grande.

Hoy veo la prepa como el cimiento de todo lo que vino después. Ahí aprendí que nada en la vida te lo van a poner en las manos, pero eso no significa que no puedas tomarlo. Ahí entendí que tendría que abrir mi propio camino, que tendría que trabajar el doble para conseguir la mitad. Y, sobre todo, ahí decidí que, pasara lo que pasara, nunca dejaría que mis circunstancias me definieran.

Porque si pude sobrevivir la prepa —el miedo, la duda, la sensación de ser invisible—, puedo sobrevivir cualquier cosa.

Empecé como freshman en **L.A. High School**, y por primera vez encontré algo que de verdad amaba: **ROTC**. Sí, yo estaba en ROTC, y la neta se me daba. Vivía para la disciplina, la estructura, el sentido de propósito. Llegué al rango de *Private First Class*, y por un tiempo hasta consideré entrar al ejército. Se sentía como un llamado, un camino lógico. Con ese uniforme sentía que pertenecía a algo más grande que yo, que tenía control sobre mi futuro.

Pero ese sueño, como tantos otros, venía con asterisco.

Era indocumentado. Sí, ya sueno como disco rayado, pero cuando eres indocumentado te arrancan muchas cosas, y esto era otra más. No importaba qué tan disciplinado o determinado fuera, esa verdad siempre estaba ahí, al fondo, moldeando cada decisión y limitando cada posibilidad. El ejército no era opción para mí. La universidad no era un hecho. Trabajos a los que mis compañeros entraban con una simple solicitud, a mí se me cerraban. No importaba cuán duro

trabajara; había fuerzas fuera de mi control dictando los límites de mi futuro.

A diferencia de muchos chicos indocumentados que no se enteran de su estatus hasta que aplican a trabajos o a la universidad, yo siempre lo supe. Desde que llegamos a EE. UU. entendí que era "diferente", no de la forma que un niño quiere ser, sino de esa forma que hace que cada meta parezca una carrera de obstáculos sin línea de meta clara. Aprendí temprano a moverme con cuidado, a no darme el lujo de cometer errores, a saber que cada decisión tenía más peso para mí que para los de alrededor.

Mi tiempo en L.A. High duró poco. Nos mudamos otra vez, ahora a **Torrance**, donde mi hermana había comprado una *mobile home*. Se suponía que sería un nuevo comienzo, una vida mejor. Torrance era limpio, silencioso, el típico suburbio de película. Para mí, fue una interrupción.

Tuve que transferirme a **Torrance High**, dejando atrás a mis amigos, mi zona de confort y, lo que más dolió, mi programa de ROTC. ROTC me había dado dirección; ahora, ya no la tenía. En Torrance también había ROTC, pero de la Marina, y no me interesaba. Y ese era el menor de mis problemas.

En cuanto entré a esa escuela, sentí el peso de ser "otro". Casi todos eran blancos o asiáticos. Latinos había poquísimos; no solo éramos minoría, éramos anomalías. Y la escuela se encargó de que lo supiéramos.

Pasé de ser parte de una comunidad a sentirme ajeno en todo sentido. Ya no estaba rodeado de chicos que se parecían a mí, que hablaban como yo, que entendían lo que era tener papás con dos o tres trabajos para apenas alcanzar. En su lugar, estaba en un espacio donde el privilegio era la norma, donde los chavos se preocupaban por el SAT y las Ivy League, mientras yo me preocupaba por si algún día podría siquiera asistir a la universidad.

Torrance debía ser un upgrade, pero para mí fue un recordatorio: por más que cambiara el entorno, mi realidad seguía igual.

A pesar de hablar inglés perfecto, me metieron a clases de ESL. No fue error. No fue malentendido. Fue deliberado. Seguí las instrucciones de la escuela, pero incluso a los dieciséis años era claro lo que pasaba. Nos estaban separando.

Silencioso, sutil, pero intencional.

A los pocos latinos que nos encontramos en ese mar de blancura nos guiaron lejos de los cursos AP y las clases avanzadas. Nunca nos dijeron explícitamente que no éramos suficientes, pero el mensaje era claro: esto no es para ti. Mantente en tu carril.

Así que nos pusieron en una vía aparte, una que aseguraba que no subiéramos demasiado, que no retáramos al sistema que ya había decidido nuestro futuro. Vi cómo se alejaban las oportunidades que debieron ser mías y, con cada día, me sentía más fuera de lugar. Como si caminara por un mundo en el que nunca pensaron incluirme.

Y mientras cargaba con el peso de ser indocumentado, otra cosa pasaba.

Algo más profundo. Algo para lo que no estaba listo.

Empecé a entenderme de maneras que me daban miedo. No solo era el chico indocumentado que no encajaba; también era… diferente.

Me gustaban los niños.

Y en un lugar donde ya me sentía invisible, esta realización hizo que me encogiera más. No solo estaba afuera mirando hacia adentro; me daba miedo que me vieran. Miedo de que, si alguien miraba de cerca, viera las partes de mí que yo mismo apenas estaba aceptando.

Me convertí en sombra. Existiendo en silencio, con cautela. Escondiéndome no solo de los demás, sino de mí.

Para *junior year*, me estaba ahogando. Mis calificaciones bajaban, no por falta de capacidad, sino porque dejé de intentar demostrarle algo a un sistema que ya había decidido que yo no pertenecía.

Aprendí pronto las reglas del juego: los niños como yo no estaban destinados a triunfar. Éramos estadísticas, historias de advertencia, prueba de que el sistema "funcionaba" tal como lo diseñaron. Por un tiempo, lo permití. Deje que ese peso me aplastara. Me creí que, por más que corriera, siempre iría cuesta arriba persiguiendo algo que nunca me iban a dejar alcanzar.

Hasta que un día me llamaron a la oficina del orientador.

Recuerdo lo clínicas que sonaron sus palabras, lo fácil que le salieron, como si ya las hubiera practicado cien veces con estudiantes como yo.

—Vas atrasado en créditos. Aun con escuela de verano, no te vas a graduar a tiempo. Te vamos a mandar a **Sherry High School**.

Nunca lo había escuchado. Antes de que pudiera procesarlo, añadió algo que jamás olvidaría:

—Si no vas, no te vas a graduar. Y si no te gradúas, vas a acabar recogiendo basura para vivir. ¿Eso quieres?

Recuerdo cómo lo dijo. Tan casual, tan indiferente. Como si no le hablara a una persona, sino a un problema que había que resolver.

Como si recoger basura fuera el peor destino posible.

Como si la gente que hace ese trabajo no mereciera dignidad.

Lo que él no sabía —lo que no podía saber— era que, aunque quisiera, yo no podía conseguir trabajo en *waste management*. Yo no podía conseguir trabajo en ningún lado legalmente. Era indocumentado.

Sus palabras debieron destrozarme. Debieron confirmar todos mis miedos.

En cambio, encendieron un fuego dentro de mí.

Porque en ese momento entendí algo: ya estaba cansado de dejar que gente como él decidiera mi valor. Cansado de que escribieran mi historia antes de que yo siquiera tomara la pluma.

Si me iban a descartar, me iba a asegurar de que se arrepintieran.

Llegué a **Sherry High** en una etapa en la que sentía que el mundo ya había decidido mi destino. Yo no era el chico del cuadro de honor ni el de las boletas radiantes. Era el que se iba resbalando entre las grietas, callado, constante, mientras el sistema miraba a otro lado. Pero Sherry… Sherry era distinta. Era la escuela de la que susurraban, la de los "problemáticos", los inadaptados, los "muy complicados", "muy rotos", "muy de más". Lo que no entendían es que no éramos problemáticos: éramos sobrevivientes. Éramos los que cargábamos pesos que ni muchos adultos aguantan. Y por primera vez en nuestras vidas, eso no nos convertía en "problemas". Nos convertía en personas, merecedoras de tiempo, paciencia y esperanza.

En Sherry me sentí visto. Visto de verdad. No como un folder en un archivero o un número en una hoja de cálculo, sino como un ser humano con historia, corazón y un futuro que no tenía que estar dictado por mi pasado. Los maestros no iban solo a "cumplir" con un plan de estudios. Iban por nosotros. Se presentaban por nosotros. Traspasaban los muros que levantamos para sobrevivir; veían el enojo, el silencio, las distracciones… y también el miedo, el brillo, el potencial.

Ms. Vidal te miraba como si ya supiera toda tu historia y, aun así, esperara grandeza. No se asustaba de tu dolor; se acercaba y te ayudaba a cargarlo. **Ms. Patterson** tenía la paciencia de quien ya pasó por algo; no toleraba nuestros malos días: los entendía. **Mr. Rodriguez** fue el primer maestro que me dijo que yo era un líder.

Yo no le creí, pero como lo decía, te daban ganas de creer que podía ser verdad. **Mr. Barr** nos exigía, no nos dejaba ir en automático, pero nunca nos soltaba cuando caíamos: siempre había una mano para levantarnos. Y **Ms. Fritz**… ella no solo enseñaba literatura: nos la regalaba como salvavidas. Me presentó a Shakespeare no como un genio inalcanzable, sino como alguien que escribió sobre el dolor, la traición, el amor, el anhelo: cosas que yo conocía de cerca. Me hizo sentir las palabras como nunca. Me hizo escribir. Y escribiendo, empecé a recuperar partes de mí que creí perdidas.

Ellos no trabajaban en Sherry porque fuera fácil. Estaban ahí porque creían que cada estudiante importaba. Que nosotros importábamos. Y cuando alguien te mira y no ve un error, una carga o un caso perdido, sino una chispa, empiezas a verte distinto. Empiezas a preguntarte: ¿y si tienen razón sobre mí? ¿Y si valgo más de lo que creía?

Esa creencia… lo cambia todo.

Gracias a ellos dejé de sobrevivir y empecé a vivir. Dejé de esconderme y empecé a hablar. Empecé a creer en mi voz, en mi mente, en mi valor. Sherry High no solo me dio una segunda oportunidad: me dio la primera de verdad. Y eso no lo voy a olvidar.

Eventualmente me puse al corriente con todos mis créditos, cada uno que debía, y lo hice trabajando más duro que nunca. No porque alguien me lo exigiera. No por impresionar a nadie. Lo hice porque por fin creí que podía. Porque los maestros de Sherry me ayudaron a ver que no solo podía sobrevivir: podía triunfar.

Cuando llegó la oportunidad de regresar a **Torrance High** para *senior year*, me pegó raro. En Sherry todos se alegraron por mí. Estaban orgullosos. Pero también flotaba una pregunta silenciosa: ¿por qué volver al lugar que te dio la espalda? ¿Al lugar que no vio tu valor la primera vez… ni la segunda?

La verdad… no tenía una respuesta limpia. Tal vez era cerrar un ciclo. Tal vez era demostrar algo, no solo a la escuela, sino a mí. Tal

vez necesitaba volver a entrar a ese edificio con la cabeza en alto, no como el chico roto que mandaron lejos, sino como alguien que se reconstruyó pieza por pieza. Tal vez quería que vieran lo que se perdieron. O quizá solo necesitaba terminar la historia a mi manera.

Así que volví.

Me tomé las fotos de *senior*. Sonreí a la cámara aunque parte de mí seguía cargando todo lo vivido. Firmé anuarios y dejé que la gente escribiera sus mensajitos como si nada hubiera pasado, como si no hubiera tenido que pelear con uñas y dientes para estar ahí, junto a ellos. Hice el papel. Marqué todas las casillas, entregué cada tarea, hice todo lo "debido". No para mimetizarme, sino para terminar. Para recuperar algo que alguna vez usaron para hacerme sentir pequeño.

Y por fin crucé ese escenario. Diploma en mano. Indocumentado. Pero invicto.

Ese momento no borró lo que pasé. No arregló todo de golpe. Pero significó algo. Significó que lo logré. No porque el sistema me ayudó. Sino a pesar de él.

La prepa no me rompió. Lo intentó. Pero no pudo. No me definió, pero me enseñó una de las lecciones más importantes de mi vida: que ser diferente —ser indocumentado, ser queer, no encajar en el molde— significa que siempre vas a tener que pelear más duro. Hablar más fuerte. Presentarte, incluso cuando el mundo te diga que no perteneces.

¿Y si eso es lo que se necesita? Pues que así sea.

Porque soy un soñador. Y los soñadores no se rinden. Nos levantamos.

Una y otra vez.

Hasta que el mundo nos vea como nosotros nos vemos: resilientes, tercos y imparables.

Capítulo Once

EL DÍA QUE LE CONTE A MI PADRE QUE SOY GAY

Todavía recuerdo el día en que salí del clóset con mi papá con una claridad que vive en los huesos, no solo en la memoria. No fue "un" día; fue **el** día. Era diciembre, envuelto en el sabor agridulce de las fiestas y el piquetito silencioso de cumplir un año más. Mi cumpleaños. Esa época en la que todo se siente más a flor de piel, más honesto, cuando te rodea el peso de la reflexión y la esperanza de que, quizá, solo quizá, te estés convirtiendo más en quien estás destinado a ser. El aire estaba frío, ese frío suave de invierno que se queda en la piel pero no te enfría el alma, porque debajo había calor: el calor del sentido, de la intención, de un timing que se sentía demasiado perfecto para ignorarlo.

No fue al azar. No lo solté de golpe ni me tropecé con la verdad. Se había ido cocinando, lento y en silencio, dentro de mí por años. La terapia me ayudó a desatar nudos. El tiempo me dio valor. Y en algún punto, esa vocecita interior —la que solía enterrar— empezó a hacerse más fuerte. Más firme. Me dijo que ya no tenía que esconderme. Que merecía estar completo frente a quienes decían amarme. Que por fin estaba listo.

Ese día llevé a mi papá de compras. Solo nosotros dos. Le estaba comprando un regalo atrasado de cumpleaños: unos trajes nuevos para el servicio del domingo, algo para sumar a su rotación de ropa elegante cuando subía al púlpito. Porque sí, mi papá —el mismo que llegaba a las tres de la mañana con el olor a alcohol pegado como arrepentimiento, el mismo que vivió del orgullo y del poder— ahora

era un hombre de Dios. Pastor. Predicador. Un símbolo de transformación.

Su historia ya se había reescrito de mil formas. Pasó de ser un hombre católico casado con mi mamá en una iglesia en México a ser un cristiano pentecostal, predicando gracia, redención y amor. Cada domingo hablaba de segundas oportunidades. De hacerse nuevo. De dejar la oscuridad y caminar hacia la luz.

Y en ese momento, parado junto a percheros de telas y ganchos con trajes planchados, me pregunté si esas palabras que predicaba se extendían hasta mí. Si la redención en la que creía podía incluir la parte de mí que estaba a punto de revelar. Si el amor del que hablaba tan seguido tenía espacio para la verdad de quien soy.

Así que se lo dije.

No solo porque ya tocaba, sino porque estaba listo para dejar de disculparme por existir. Porque creía que si él había cambiado, entonces quizá, solo quizá, podía amarme completo también.

Nuestra historia no era simple. Nunca siguió una línea recta. Nuestra relación no era ese cuento ordenadito de padre e hijo; era dentada, impredecible. Volátil. Pasamos por ciclos de silencios tan ruidosos que hacían eco, por enojos que ardían bajito, por distancias tan amplias que a veces se sentían permanentes. Y luego venía el arrepentimiento, chispazos de cercanía que nunca duraban lo suficiente para sentirse reales.

Antes de venirnos a Estados Unidos, mi papá era otro hombre… o tal vez no. Tal vez solo era mejor para usar la máscara. En México era un hombre de peso. Banquero ejecutivo en Banorte, uno de los bancos más grandes del país. Gerente general. Un hombre que entraba a un cuarto y sabía que todos lo notarían. Vivía en la ambición como en una segunda piel, portaba el orgullo como insignia y casi no le temía a nada. Pero el poder sabe esconder la podredumbre, y hoy veo cuánto se estaba pudriendo por dentro.

Mis recuerdos de él en esos años son destellos en la neblina: breves, sueltos, inquietantes. Casi no lo veía. Llegaba tambaleándose a la madrugada, mucho después de que yo me dormía. Y cuando despertaba, ya se había ido. Sus "días libres" eran mentiras: trabajar los sábados, emergencias de negocio, juntas con clientes que nunca existieron. La verdad siempre era turbia. El único día que compartíamos realmente era el domingo. *Nuestros* domingos. Pero hasta esos se sentían prestados, más suyos —de su cruda— que míos.

Recuerdo esos domingos con nitidez. Se suponía que serían momentos simples: volar un papalote, llevarme en bici, tacos para amarrar el vodka todavía en las venas. Yo era un niño queriendo fabricar recuerdos. Pero algo no cuadraba. No eran nuestros días. Eran su recuperación. Yo no era el centro. Era el ruido de fondo, el accesorio de una redención que nunca llegaba.

De niño no entendía las grietas en la relación de mis papás. No sabía de los moretones escondidos bajo la ropa de mi mamá ni de las heridas invisibles que él le dejó en el corazón. No sabía que el amor podía convertirse en arma ni que el silencio también podía ser una violencia.

No fue hasta que nos mudamos a Estados Unidos que todo se desbordó. La represa tronó. Todos los secretos que nos ahogaban en silencio entraron de golpe. Tenía diez años cuando la verdad inundó todo: sus infidelidades, el abuso, la traición, el desastre de un hombre que yo creía intocable. Y tuve que hacer duelo. No solo por la imagen del padre que pensé tener, sino por la idea de tener padre, punto. Me di cuenta de que llevaba años persiguiendo el fantasma de alguien que nunca existió para mí.

Y me enojé. Mucho.

No solo con él. También con la versión de mí que se paraba a la puerta esperando que llegara a cenar. Con el niño que creyó que un

paseo en bici podía significar algo más. Con el chavito que necesitaba el amor del padre, aunque nunca se lo dieran libremente.

Nuestro viaje a Estados Unidos no fue una gran persecución del "Sueño Americano". No vino cargado de emoción, promesa ni esperanza. Fue escape. Supervivencia. Un paso desesperado lejos de los escombros que dejó mi papá. Él lo perdió todo: trabajo, reputación, matrimonio, familia. Y nosotros, su daño colateral, nos quedamos recogiendo pedazos. Nos fuimos. Indocumentados. Inciertos. Ya cansados.

Pasó de ejecutivo respetado en México —un hombre que se ponía el poder como traje a la medida— a trabajar en mantenimiento. No hay vergüenza en eso. Hay dignidad en cualquier trabajo honesto. Pero para mí, como hijo, era difícil conciliar al hombre limpiando pisos con el que yo había visto caminar por la vida como si se la debieran. Era desorientante, como ver una estatua desmoronarse en cámara lenta. No porque quisiera verlo en pedestal, sino porque hasta la caída se sentía performática.

Y no era solo su caída. Era con quién cayó.

La mujer por la que dejó a mi madre lo siguió hasta acá. Dejó a sus hijos en México para perseguirlo cruzando fronteras y océanos. Yo intentaba entenderlo, medir quién "ganó". Lo decía en voz alta, como si importara: "Ella ganó, ¿no?" Pero mi mamá, con su fuerza silenciosa, sonreía cansada y sabia y me corregía: "No. Yo gané. Me deshice de él."

Esa era mi mamá. Siempre eligiendo sanar sobre odiar, incluso cuando el dolor justificaba el rencor. Nunca dejó que sus heridas nos chorrearan encima. Nunca habló mal de él. Nunca nos usó como peones de su dolor. A pesar de todo, insistió en que el divorcio era entre ellos, no una carga para nosotros.

Pero yo la cargué.

No pude evitarlo. La vi llorar en silencio, trabajar en varios lugares y aún así llegar con la cabeza en alto. La vi vaciar amor en los huecos que él dejó. Y me amargué. Me enojé. No solo con él, sino con el mundo que seguía girando como si nada. Con su facilidad para "seguir" mientras nosotros recogíamos lo que rompió.

Así que afilé esa amargura. La volví armas. Usé palabras para tumbarlo. Usé el silencio para congelarlo. Usé la distancia como castigo. Bloqueé su número. Cambié el mío. Le negué la entrada a mi casa, a mi corazón. Me hice experto en guerra emocional. Blandí mi dolor como espada, decidido a que sintiera aunque fuera una fracción de lo que él le hizo sentir a mi mamá.

Pero el enojo también te quema a ti.

Y en medio de esa rabia, me miré al espejo y no reconocí quién era. Ya no era su víctima; era alguien que seguía sangrando heridas viejas, demasiado orgulloso para dejarlas sanar.

Y sanar… llega de formas extrañas.

No aterriza de golpe con trompetas y luz. A veces llega lento, en momentos quietos, cuando menos lo esperas. En terapia, cuando lloras por alguien que no merecía tus lágrimas. En conversaciones donde dices tu verdad sin necesidad de tener la razón. En el ablandarse de tu voz al hablar de él, no porque olvidaste, sino porque elegiste la paz sobre el castigo.

Sanar no es olvidar. No es fingir que el dolor no pasó. Es elegirte a ti por encima de tu rabia. Es bajar la espada. Y eso es lo que aún estoy aprendiendo.

No siempre viene con grandes gestos ni finales redondos. A veces empieza con un movimiento chiquito, la decisión silenciosa de dejar de sobrevivir y empezar a vivir. Para mí, ese giro llegó en Navidad de 2022. Ya estaban las luces, el aire frío, y por primera vez en mucho tiempo no me sentía entumido. Había empezado terapia. Había empezado a sentir. Conocí a alguien —hoy mi esposo— y me estaba

enamorando de una forma entera, segura, real. Por primera vez, vi un futuro que no era un deseo: era posible.

Pero sabía otra cosa: no podía entrar de lleno a ese futuro cargando fantasmas del pasado. No podía construir algo hermoso con mi esposo mientras apretaba las ruinas de lo que mi padre y yo perdimos. Algo tenía que moverse. Tenía que verlo, no como el hombre que nos hirió, no como el villano en la historia de mi madre ni como la ausencia en la mía, sino como un hombre. Defectuoso. Humano. Mi padre. Y tenía que enfrentarlo, no con rabia, sino con verdad. Completa. Sin disculpas. Yo mismo.

Ahí estábamos, frente a frente, en un diner chiquito en **Canoga Park**. Nada fancy, solo un lugar calientito encajado entre *strip malls* y recuerdos viejos. Acabábamos de comprar sus trajes, eco raro de otro diciembre, otro momento en que las piezas se acomodaban para decir algo que te cambia la vida. La rockola tarareaba baladas old-school, el olor a hotcakes y café llenaba el aire. La luz caía justo en la mesa de fórmica. Era el tipo de lugar donde las cosas duras pueden decirse y las suaves pueden aterrizar.

Nos quedamos callados un minuto hasta que me preguntó:

—¿Estás bien?

Dije que sí.

Y luego respiré y dije más.

Empecé con una disculpa. No porque él no me hubiera lastimado, sino porque yo también lo lastimé. Le dije que me arrepentía de lo que le dije, de cómo lo saqué de mi vida, de los años que pasé usando mi dolor como arma. Le dije que mi enojo no era venganza, era duelo. Que verlo irse de nuestra familia rompió algo en mí que he intentado reconstruir desde entonces.

Él no se inmutó. No se defendió. Solo escuchó.

Luego habló, bajito. Me dijo lo mismo que mi mamá: que su divorcio nunca fue para afectarnos. Que las decisiones entre ellos eran de ellos. Pero yo le dije la verdad: que no importa cuán buenas sean las intenciones, los hijos siempre cargamos el saldo. Lo cargamos en nuestras relaciones, en nuestros miedos, en la forma en que aprendemos a blindar el corazón. Lo cargamos en silencios, en vergüenzas y en las maneras pequeñas en que dejamos de confiar en el amor.

Y entonces le dije todo.

Lo miré a los ojos y le solté:

—Papá, soy gay.

Esperé que algo tronara. Que el silencio se hiciera frío. Que el predicador, el ex patriarca, el hombre de Dios se escondiera detrás de un muro de juicio. Me preparé para el rechazo.

Pero no se movió.

Solo me vio. De verdad. Con unos ojos que antes me eran ajenos. Estaban suaves. Un poco tristes, quizá. Pero no decepcionados. No enojados.

Le conté del hombre al que acababa de conocer. Que no sabía si me iba a casar con él, pero que, si lo hacía, quería que estuviera ahí. Necesitaba que supiera quién soy. Entero. Ya no iba a esconderme. Ya no iba a encogerme para que otros estuvieran cómodos. Necesitaba vivir en la luz.

Y entonces, sobre esa mesita en Canoga Park, estiró las manos hacia las mías. Callosas, envejecidas, familiares. Me las sostuvo y dijo algo que voy a cargar toda la vida:

—No me importa. Dios te hizo como eres, y te hizo perfecto. Siempre te voy a amar.

Lloré. Estoy llorando mientras escribo esto.

Porque no todos tienen ese momento. No a todo chavo queer le dicen esas palabras su papá. No todo chico indocumentado puede salir del clóset en un espacio seguro. No todo hijo de trauma puede reescribir su historia.

Pero a mí sí me tocó.

Después de ese día, algo cambió entre nosotros. No fue magia. No fue perdón inmediato ni borrón y cuenta nueva. Pero fue real. Un mes después conoció a mi novio. Un año después vino a nuestra boda. Ahora, cuando llama, pregunta por mi esposo. A veces dice: "Salúdalo de mi parte." Palabras simples. Pero cargan décadas de sanación.

No, no somos perfectos. No hablamos diario. Pero hablamos. Y más que eso, hoy nos vemos, no solo como padre e hijo, sino como dos personas que eligieron reconstruir. Eligieron amar, incluso cuando duele.

Si miro atrás, me arrepiento de los años que intenté herirlo. De haber dejado que sus errores me definieran, de haber convertido su ausencia en mi armadura. Porque la verdad es que **yo no soy él**. No soy mujeriego. No soy abusador. No estoy roto.

Soy producto del dolor, sí. Pero también de la resiliencia. De la terapia. Del amor.

Y ahora, cuando pienso en mi papá, ya no veo al hombre que se fue. Veo al hombre que se sentó frente a mí en un diner y me dijo que yo era perfecto tal como soy. Veo al hombre que eligió el amor por encima del miedo.

Y, sobre todo, me veo a mí: el hijo que por fin se lo cree.

Porque soy perfecto.

Porque Dios me hizo así. Y por primera vez en mi vida, lo creo.

Capítulo Doce

EL MONSTRUO DENTRO DE MÍ

Ojalá pudiera decir que siempre he sido elegante bajo presión, que siempre supe liderar con claridad, con amabilidad, con control. Que siempre supe enfrentar el momento con calma y sabiduría en vez de miedo. Pero la verdad es mucho más desordenada. Si algo me ha enseñado este camino largo y sinuoso —salir del clóset, desatarme de la fe rígida en la que me criaron, soltar la vergüenza que nunca me correspondió— es que las partes de nosotros que más intentamos enterrar suelen ser las primeras en estallar cuando la vida nos aprieta. Cuando nos estiran demasiado. O, en mi caso, cuando intentamos con demasiadas ganas ser excepcionales. Ser vistos. Ser suficientes.

En 2017 hice una película llamada **Sweet Caroline**. Era mi todo. La escribí, la dirigí y sangré dentro de ella. Cada filo astillado de mi psique encontró hogar en ese guion. Por encima, era un thriller psicológico: apretado, tenso, en sombras. Pero debajo de ese barniz había algo mucho más personal. Un espejo que no sabía que estaba sosteniendo. Yo creía estar contando la historia de una protagonista fracturada peleando con la confianza y el control, pero, viéndolo en retrospectiva, hablaba de mi propia desintegración. De mi propia culpa. De la guerra silenciosa entre el yo pulido y performático que mostraba al mundo y las partes caóticas y heridas de mí a las que todavía intentaba escapar.

Para entonces ya había hecho un par de cortos que llamaron la atención en algunos festivales. Había un rumor lento creciendo. La gente empezaba a notar. A hablar. Sentía que por fin estaba a punto de convertirme en alguien. Alguien "real". Alguien "valioso". Pero el

truco era que yo no sabía quién era ese alguien. Solo sabía quién *se suponía* que debía ser. Quién pensaba que la gente quería que fuera. Y cuando vives para la percepción en vez de la verdad, es cuestión de tiempo para que la fachada empiece a cuartearse.

Lo que no entendía entonces —y no podía, estando todavía en el ojo del huracán— era que ese deshilacharse no era fracaso. No era debilidad. Era una ruptura necesaria. Un momento doloroso, vergonzoso, profundamente humano que marcó el inicio de algo más importante que el control: la honestidad. Durante mucho tiempo confundí compostura con fuerza. Pensé que liderar era tener las respuestas más limpias, las manos más firmes, la superficie más lisa. Pero resulta que la gente no sigue a la perfección. Sigue a la verdad. Y a veces la verdad se ve como romperte a mitad de una toma. A veces se ve como llorar frente a tu elenco, pedir perdón frente a tu equipo y, de algún modo, encontrar el valor para seguir.

Aprendí —lento, a tropezones, sentándome en mucha vergüenza— que cuando has pasado la vida curándote para ser "digerible", seguro, aceptado, el acto de ser visto por completo se siente como violencia. Aunque nadie te esté lastimando. Aunque te estén echando porras. Es tu propio miedo volteándose contra ti, susurrando que si la gente de verdad supiera quién eres debajo del brillo, te dejarían. Ese miedo no se evapora. Hay que enfrentarlo. Y yo lo enfrenté, no por elección, sino por colapso. Parado en el set de **Sweet Caroline**, completamente deshecho, sin guion donde esconderme, sin armadura que ponerme.

Y aun así pasó algo extraordinario. No todos se fueron. Algunos sí —siempre habrá quien—. Pero quienes se quedaron vieron algo en mí que yo todavía no sabía ver. No brillantez, no maestría, no la ilusión que tanto había trabajado por sostener, sino hambre. Disposición. Corazón. Vieron a alguien crudo, batallando, pero intentando, y eso significó algo. Movió algo.

Hoy entiendo que **Sweet Caroline** no solo fue mi película. Fue mi espejo. Me capturó a mitad de transformación, a mitad de

derrumbe, a mitad de despertar. Y aunque no me enorgullece cómo manejé todo, sí me enorgullece haber seguido. Haberme presentado incluso con vergüenza. No haber abandonado la historia, ni a mí mismo, cuando se puso duro. Esa película guarda pedazos de mí que aún no reclamaba: fracturado, asustado, muy imperfecto, pero alcanzando. Esperando.

La ironía no se me pierde, ni ahora ni nunca. Yo estaba construyendo la historia de una mujer deshilándose, resbalando poco a poco hacia la psicosis, perseguida por un pasado imposible de alcanzar, atrapada en un sueño despierto donde la realidad y el delirio eran indistinguibles. Ella se caía a pedazos, primero quedito y luego de golpe, y yo creía que tenía el control, guiando su descenso, moldeando la narrativa, jalando los hilos. Lo que no veía —lo que solo puedo admitir completo ahora— es que yo me estaba deshilando a su ritmo. Quizá más rápido. Mientras intentaba dirigir su historia, perdía el hilo de la mía. Mi sentido de identidad, mi estabilidad, mi capacidad de separar la actuación de la verdad… todo empezó a borrarse.

Hubo momentos en ese set que ya no se sentían como trabajo. Se sentían como alucinación. Como si hubiera entrado al guion y cerrado con llave desde dentro. Yo gritaba "¡acción!", pero por dentro estaba gritando de verdad. O entumido. O ido. Ya no miraba desde detrás de la cámara: **yo era** la cámara. Absorbiéndolo todo, distorsionándolo todo, incapaz de encontrar los bordes de quién era fuera de esa película. Así de hondo me metí. Así de hecho polvo estaba. Y casi nadie podía verlo, porque yo seguía actuando. No solo como director, sino como humano "funcional". Como alguien que tenía todo bajo control.

Hay una foto de esos días que no me suelta. Alguien la tomó al vuelo: yo de pie en el set, audífonos colgando del cuello, sonriendo. Para la mayoría, parece un momento de orgullo. Prueba de que estaba triunfando, liderando, haciendo lo que me propuse. Pero yo sé otra cosa. Veo esa foto y solo veo una máscara. La sonrisa está, sí, pero hueca. No llega a los ojos. Si miras de cerca, hay algo

pesado debajo: cansancio, claro. Pero también duelo. Y quizá algo más difícil de nombrar: un luto callado por la versión de mí que estaba perdiendo… o tal vez por la que por fin estaba conociendo, quisiera o no.

Esa imagen se volvió símbolo para mí. No solo de ese set o esa película, sino del costo de hacer arte desde un lugar sin sanar. De lo fácil que es confundir derrumbe con "revelación", inmersión con maestría. Yo no estaba dirigiendo una película. Me estaba excavando, sin saber cómo manejar lo que encontraba. Y me tuvo que romper para entender qué tan profundas iban las heridas.

Tampoco ayudaba que yo cargara trauma no dicho a cada cuarto al que entraba, a cada set, a cada cuadro que intentaba "perfecto". Nunca me había detenido de verdad a procesar lo que significa crecer queer en una casa donde la salvación era condicional y el amor traía notas al pie invisibles. No había hecho las paces con el silencio que me obligaron a tragar, ni con los años editándome hasta volverme "aceptable". Nunca enfrenté lo que le hace al alma que te digan —una y otra vez— que tu amor está mal. Que tu alegría es peligrosa. Que tu ternura, tu suavidad, tu luz son algo por corregir, esconder, expulsar.

Así que hice lo que muchos hacen cuando les repiten que no son amables de amar: intenté ganarme la seguridad a punta de excelencia. Pensé que si trabajaba lo suficiente, si deslumbraba lo suficiente, si dirigía con suficiente visión y control, tal vez podría huir de la vergüenza. Tal vez construiría una vida tan bonita, tan impresionante, tan "correcta", que nadie cuestionaría si yo merecía estar ahí. Ni siquiera yo.

Pero al trauma no le importa qué tan talentoso eres. No le importan tus premios ni tu ambición. No le importa cuánta gente cree en ti. Espera. Callado. Paciente. Y cuando llega, no toca la puerta: la tumba como si nunca hubiera estado cerrada.

Cerramos la última escena de **Sweet Caroline** en una playa al atardecer. Debía ser el clímax emocional: descarga, ajuste de cuentas, último respiro. Y lo fue. Pero no solo para el personaje. Para mí también. Recuerdo llegar a casa esa noche, cruzar la puerta como hecho de vidrio y, en cuanto me quedé solo, colapsar. Caí al piso y grité. Fuerte, gutural, sin palabras. Mi mamá corrió creyendo que había pasado algo terrible. Y lo único que pude decir, entre sollozos y temblores, fue: "Ya se acabó. Nomás necesito sacarlo."

No hizo preguntas. No intentó arreglarlo. Se sentó a mi lado en silencio, como diciendo: *Ahora sí te veo. Aquí estoy.*

Ese momento no fue dramático ni cinematográfico. Fue crudo. Humano. Necesario. Ese era el monstruo saliendo: el hecho de vergüenza, miedo, silencio y supervivencia que cargué por años. No se fue fácil. Se arrancó a raspones. Pero se fue. Y en el hueco que abrió, algo más por fin pudo empezar.

Es raro cómo el dolor puede volverte más tierno. Cómo perder el control te enseña, por fin, a escuchar. No encontré todas las respuestas ahí, pero encontré algo más importante: la disposición a dejar de fingir que las tenía. Las ganas de empezar otra vez, no desde la ambición, sino desde la verdad. Desde el respiro. Desde la quietud.

Y quizá eso fue **Sweet Caroline** de verdad. No solo una película. Ni siquiera solo un espejo. Sino una marca en el tiempo. Un antes y un después. Un rompimiento necesario para que algo real pudiera echar raíz.

Cuando se asentó el polvo, cuando llegaron los aplausos y el público celebró una versión de los hechos que solo podían entender a medias, hice algo que me daba más miedo que la película misma: contacté a cada miembro del elenco y del equipo para pedir perdón. No esperando perdón. No como jugada de "redención" ni de reputación. Sino porque necesitaba hacerme cargo de lo que había hecho, no solo por ellos, sino por mí. Necesitaba mirar a mi sombra

de frente y nombrarla. Admitir que, persiguiendo algo que yo creía que me iba a completar, me convertí en aquello que juré nunca ser: alguien que hiere a otros en nombre de un sueño.

Y aun así, pese a todo, **Sweet Caroline** vivió. No solo sobrevivió. Floreció. Ganó premios. Mejor Película en varios festivales. Elogios al guion, a la dirección, a la atmósfera, a las actuaciones. Desde afuera, parecía triunfo. "Breakthrough". Por dentro, yo sabía otra cosa. Aún la llamo mi peor película. No por cómo quedó, sino por el costo. Porque ahora, con la mirada más limpia, entiendo lo que significa hacer algo bello de una forma que te vuelve feo. Y no quiero volver a crear desde ese lugar. Ningún aplauso vale perderte —o lastimar a otros— en el proceso.

Recuerdo algo que un ex mánager me dijo antes de una junta grande en estudio. Íbamos en el carro repasando puntos, cuando se detuvo y dijo: "Jorge, lo más importante es recordar que probablemente no vas a sacar nada de esta junta… excepto una relación."

En el momento asentí. Creí entender. Pero no. No de veras. No hasta años después, cuando el daño no era solo profesional, sino relacional. Cuando vi cuánto descuidé a la gente a mi alrededor por proteger una versión de mí que ni era real. Esa frase se me quedó como semilla plantada sin saberlo. Porque las relaciones —las reales — no son peldaños de *networking* en una escalera al éxito. Son **la cosa**. Son la tierra. Y yo, por tanto miedo a ser conocido de verdad, no sabía construir nada que pudiera sostenerme. No honestamente.

No vulnerablemente.

Pero estoy aprendiendo ahora. Lento, sí. Con tropiezos, siempre. Pero aprendiendo a crear desde la verdad y no desde el miedo. Desde la conexión y no desde el control. Desde la suavidad, no la supervivencia.

Este capítulo de mi vida no es solo sobre fallar. Es sobre ajustar cuentas. Sobre el momento en que la actuación se reventó y algo real se coló. Y quizá, solo quizá, de eso va toda esta memoria: de desprender la ilusión. Del camino largo e imperfecto hacia encontrar mi voz. Reclamar mi historia. Aprender a dejar de editarme solo para estar "a salvo".

Sweet Caroline me enseñó muchas cosas. Pero, sobre todo, me enseñó esto: no tienes que sufrir para crear. Pero si sufres, si te encuentras con el agua al cuello en el fuego, más te vale dejar que forje algo verdadero. Algo con peso. Algo que importe.

Y quizá ahí vive el poder: no en la versión pulida de lo que esperamos ser, sino en la verdad incómoda y desordenada de lo que hemos sido. Incluso cuando duele.

Especialmente cuando duele.

Capítulo Trece

JUEGA JUEGOS ESTÚPIDOS, GANA PREMIOS ESTÚPIDOS

Algo de lo que siempre me he sentido orgulloso —tal vez incluso más que del trabajo en sí— es de cómo me he presentado para la gente. De cómo he elegido moverme por el mundo con cierta disponibilidad emocional, una suavidad que en esta industria se siente casi subversiva. En un espacio donde la coraza suele confundirse con fuerza, donde la gente lidera con pulido y esconde su humanidad, yo he insistido en hacer lo contrario. He liderado con el corazón. Con vulnerabilidad. Con presencia. Y aunque eso trae sus propios riesgos, también ha sido el hilo conductor de todo lo que he construido, en lo personal y en lo profesional.

Cuando conocí a quien hoy es mi esposo, me decía que era ingenuo. No en mala onda; nunca fue condescendiente. Venía del amor, de la preocupación, de la experiencia. Él creció en Nueva York, donde la primera regla es "cuida tu espalda" y la segunda es "no asumas que alguien más la cuida por ti". Toda su vida ha vivido con ese filo: agudo, cuidadoso, atento al peligro. Es de los que leen la letra chiquita, que no olvidan un nombre ni un desaire, que mantienen la armadura pulida aunque nadie ataque. Y eso me encanta de él. Hay fuerza en esa vigilancia. Es un instinto de supervivencia que el mundo exige demasiado seguido, sobre todo a quienes vivimos en los márgenes.

¿Y yo? Yo siempre he sido lo opuesto. Entro a los cuartos con la guardia abajo, el corazón en la mano y la otra ya extendida. Me criaron creyendo que la gente es buena hasta que demuestra lo

contrario. Que la confianza es un regalo que se ofrece primero, no una recompensa que se gana después. Y aunque eso me ha dejado expuesto, también es la razón por la que he podido amar tan hondo, tan fuerte. Así construí intimidad en una familia que vivía de silencios y de tragarse todo. Así sobreviví las contradicciones de mi crianza, así hice *Sweet Caroline* con el alma completa sobre la mesa. Esa apertura no es solo cómo conecto: es cómo creo. Es la base de cada proyecto que he peleado por levantar en una industria que no se diseñó para la suavidad ni para alguien como yo.

No siempre es fácil. A veces significa ser malinterpretado. A veces significa salir herido. Pero he aprendido que prefiero estar roto y abierto que cerrado y entero. Prefiero arriesgarme a la herida antes que construir una carrera —o una vida— a partir de la distancia y la defensiva. Porque para mí, el trabajo, las relaciones, el arte… todo tiene que empezar con confianza. O no vale la pena.

Pero algo se me rompió por dentro después de *Strangelove*. Algo que no sabía que podía romperse: tierno, sagrado, algo que había protegido toda la vida sin darme cuenta. Y ahora, después de todo lo que pasó, no estoy seguro de creer en lo mismo que antes. Ni de esta industria. Ni de la gente. Ni de mí.

Te cuento por qué.

Strangelove fue lo más personal que he hecho. No era solo arte; era sangre. Fue la primera vez que me quité todas las defensas y dije: aquí. Este soy yo. Todo yo. Nació de un lugar más profundo que la inspiración: del duelo, de la alegría, de la memoria, de la supervivencia. Una serie queer latina sobre cuatro mejores amigxs en L.A., navegando amor, pérdida, renta, sueños e identidad. No a través del porno de trauma. No desde el estereotipo. Sino desde la verdad. Desde el corazón. Nunca lo habíamos visto así, no desde adentro. No contado por alguien que lo ha vivido.

No era un guion o un concepto. Era una carta de amor. Para las versiones de mí que creí que tenía que superar. Para las amistades

que amé y perdí. Para la comunidad que me crió y la que me sostuvo cuando salí del clóset. Para quienes nunca se han visto en pantalla sin reducirlos a remate o dispositivo de trama. Era para nosotrxs. Éramos nosotrxs.

Y lo construimos desde la nada. Literal. No teníamos un peso, pero teníamos fuego. Mi director de foto llevó su propia cámara, sus propias luces. Mi productora Shelly —Dios, Shelly— era un ejército de una sola persona: crafty, incansable, feroz, llevando contratos, casting, calendarios, y también los derrumbes de las 2 a.m. en estacionamientos. Nadie cobró. Todxs aceptamos pago diferido porque creíamos en la historia. Porque creíamos en nosotrxs. O eso pensé.

Y luego todo se vino abajo.

No por falta de talento. No porque no fuéramos suficientes. Ni siquiera porque la industria dijera que no —aunque lo hizo, más veces de las que puedo contar—.

Fue una persona. Una mentira. Una traición que envenenó todo. Una víbora en el pasto, sonriendo en cada junta, asintiendo en cada pitch, diciéndome que yo era brillante mientras trabajaba en silencio para sacarme de mi propio proyecto. Reescribió contratos. Alteró créditos. Hizo llamadas a mis espaldas. De pronto ya no era "fácil de trabajar". De pronto mi visión era "demasiado específica". De pronto, yo era el problema.

Y lo peor no fue la puñalada. Fue el silencio que siguió. Lxs que no dijeron nada. Lxs que voltearon la mirada. Lxs que amaba y no me defendieron.

Porque cuando haces algo desde la médula, cuando entregas no solo tu tiempo o talento sino tu verdad, y aun así te desechan… ese tipo de ruptura no solo arde. Mancha.

Así que no, ya no creo que el buen trabajo *siempre* salga a flote. No creo que el talento baste. Y no creo, a ciegas, que la confianza

siempre se “gane” nada más porque tú empiezas dándola.

Pero sí creo en lo que hicimos. Sigo creyendo en *Strangelove*. Porque, aunque intentaron quitarme cosas, no pudieron tocar eso. La historia sigue siendo mía. La verdad sigue siendo mía. Y quizá eso es sobrevivir en este negocio, en este mundo, como artista, como persona queer, como alguien que todavía se atreve a liderar con amor.

Te quemas. Pero no dejas de arder.

Llamémosle Chernóbil #2. Esa era su energía: tranquila al principio, casi inofensiva, pero con una toxicidad de combustión lenta que no notas hasta que ya es tarde. Por encima, encantador. Magnético, incluso. Uno de los actores principales. Sin experiencia real en set, pero con ese hambre en los ojos que te hace creer en el potencial. Y yo, entonces, con eso tenía. Porque yo creía en dar oportunidades. En el acompañamiento, en la comunidad, en pulir la pasión cruda hasta volverla algo bello. Quería ser el tipo de artista que abre espacio a otrxs. Que eleva. Que dice “sí” cuando el mundo dice “no”.

Lo que no conté fue con el ego. O la sensación de derecho. O esa avaricia que no trae signos de dólar, sino de poder. Poder callado. Manipulador. El que sonríe mientras envenena el pozo.

Chernóbil #2 metió una queja falsa al sindicato: sin sustento, malintencionada desde el arranque. Nadie sabía ni de dónde venía. Un día cerrábamos un rodaje perfecto. Al siguiente, yo ya estaba al teléfono con asesorxs legales para entender cómo la mentira de una persona podía tumbar meses de trabajo. Pero así funciona: la verdad no importa cuando sabes cómo usar los sistemas como arma. Basta una chispa de acusación para que la máquina se pare en seco.

Y se paró. Paró todo. Apagó la producción. No por una falta real, sino por “proceso”. Porque éramos pequeñxs. Independientes. De base. Y el sistema no espera a la verdad cuando es más fácil jalar el cable.

No solo mató la serie. Mató el impulso. Ese que habíamos rascado con equipo prestado, trabajo no pagado y la pura voluntad de un equipo que creía en la historia más que en el sueño o en la tranquilidad. Borró horas robadas a las cenas en familia, los favores cobrados, las noches reescribiendo escenas sin dormir. Fracturó la comunidad que habíamos construido. Me fracturó a mí.

Y eso fue lo que más me destruyó. No el dinero perdido. No los festivales a los que ya no iríamos. La confianza. Eso fue lo que murió.

Porque no perdí solo una serie. Perdí un pedazo de mí. Esa serie no era solo un proyecto; era un salvavidas. Era lo más honesto que había hecho. Y ver algo nacido de tanto amor deshecho por tanto odio… me destrozó. Rompió algo que no sabía que podía romperse.

Recuerdo el día que todo se vino abajo. No hubo explosión. No hubo un pleito enorme. Solo silencio. Un chat que se quedó muerto. Un drive compartido que nunca volvió a abrir. Me senté en el piso, a oscuras, y lloré como si alguien hubiera muerto. Porque algo murió. No solo la serie, sino el sueño de lo que pudo ser para todxs. Para nuestra comunidad. Para quienes por primera vez se hubieran visto en algo que olía y sonaba a hogar.

Ese duelo se quedó conmigo. En parte, todavía está. Porque cuando construyes algo con amor y lo destruye alguien que nunca entendió lo que significaba, esa pérdida no se disuelve fácil.

Por suerte no incendié la casa. El yo viejo lo hubiera hecho. El monstruo del capítulo pasado —el que destruía lo que amenazaba su sentido de control— hubiera prendido fuego a todo y lo habría llamado justicia. Pero ese Jorge ya no está. Sentí la tristeza, la pérdida, la rabia… y también un alivio extraño, nuevo. Porque ya no tenía que cargar a gente que nunca debió subirse a este viaje.

Ese fue el regalo dentro de la chingadera.

Me enseñó que la confianza ya no es gratis. No aquí. No en este capítulo de mi vida. ¿Quieres entrar? Gánatelo. Enséñamelo con acciones, no con palabras. Ya tuve suficiente de sonrisas al frente y cuchillos afilándose a mis espaldas. Suficiente de dar sillas a la mesa solo porque alguien "tiene hambre". El hambre sin disciplina es peligrosa.

Antes casteaba amigxs. Antes daba oportunidades solo por potencial. *Strangelove* me enseñó lo que pasa cuando construyes un sueño con gente que no está lista. Hubo actores que no sabían sus líneas. Actores que faltaron al proceso. Y yo les perdoné porque me vi en ellxs. Vi al morro que solo necesita una chance. Pero ahora sé: si le das las llaves a alguien antes de que aprenda a manejar, estrella el pinche coche entero.

Poco después de que todo se fue al carajo, dejé de seguir a casi todxs.

¿Infantil? Tal vez. Pero honestamente, necesario. No buscaba "hacer statement". No quería drama. Solo necesitaba espacio. Para respirar. Para llorar. Para reevaluar qué demonios estaba llamando "comunidad". Ese gesto mínimo, hacer clic en "dejar de seguir", fue de las únicas cosas que podía controlar cuando todo lo demás se me había escurrido entre los dedos.

Me quedé con Shelly. Con mi DF. Con quienes sí estaban conmigo. No solo cuando la cámara rodaba, sino cuando todo se derrumbó. Lxs que se quedaron al teléfono después de medianoche. Lxs que me textearon solo para decir: "sé que esto duele. Aquí sigo." Se ganaron su lugar. No por perfección, sino por presencia. Por cuidado. Por integridad cuando nadie mira. Con esa gente construyo ahora.

¿Lxs demás? Tuve que soltarlxs. No por rencor, sino por respeto propio. Porque no me puedo permitir ese tipo de quebranto otra vez. Ese que te hace darte cuenta, tarde, que la gente por la que luchabas no estaba luchando por ti. El que no solo te cuesta un proyecto: te cuesta un pedazo del espíritu.

Y aun así, *Strangelove* vive en mí.

No como fracaso. Ya no. Sino como punto de quiebre. Como un espejo que me obligaron a mirar. Como un ajuste de cuentas que no pude ignorar. Me enseñó el costo real de la confianza mal puesta. El peligro de verter el alma en algo sin revisar primero el contenedor. Me mostró la diferencia entre un colaborador y un pasajero; entre quien sostiene el sueño contigo y quien solo va de ride.

Voy a seguir creando. Esa parte de mí no se va. Y voy a seguir liderando, porque ahora sé que liderazgo no es control: es custodia. Es sostener espacio para otrxs sin prenderte fuego a ti para lograrlo.

Pero ahora lidero distinto. Con armadura. No muros: armadura.

Hay diferencia.

Los muros dejan a todxs afuera. La armadura te deja seguir suave por dentro. Te permite presentarte, abierto, humano… pero protegido. Con criterio. Ya no le entrego mi corazón a quien no me ha mostrado cómo lo va a sostener. Ya no confundo carisma con carácter, ni hambre con preparación. La próxima vez que construya algo desde la médula, será con gente que haya probado que puede cargar el peso conmigo, no solo cuando emociona, sino cuando duele. **Sobre todo**cuando duele.

Porque aprendí que el arte es sagrado. Y la confianza también. Y ya no voy a regalar ninguna.

Mi mamá me dijo algo cuando todo se vino abajo. Estaba en su sillón, vacío, con los ojos hinchados, sin encontrar palabras para lo perdido. Me miró, tranquila como siempre, y dijo: "Este es solo un proyecto de los millones que vas a hacer."

Y tiene razón.

Un proyecto no me define. Pero sí me redefinió.

Me obligó a ver las grietas en mi proceso, en mi círculo y hasta en mí. Y en vez de taparlas como antes, dejé entrar la luz. Dejé que el quebranto me enseñara. Sobre límites. Sobre discernimiento. Sobre el tipo de artista —y de hombre— en el que me estoy convirtiendo.

Así que a Chernóbil #2 y a cualquiera que crea que puede mentir su camino hacia el éxito: ojalá el subidón haya valido la pena. Ojalá la ilusión supiera dulce mientras duró. Pero ahí te va: no puedes construir una carrera sobre engaños y creer que no se te va a caer encima. Jugaste tu juego estúpido: felicidades, te ganaste tu premio estúpido.

¿Y el universo? No olvida. El karma no me toca a mí servirlo, pero créeme: siempre da en el blanco. Se mueve lento, quizá. Pero se mueve con precisión.

¿Yo? Aquí sigo.

Sigo escribiendo. Sigo dirigiendo. Sigo creando con un fuego que no titubea solo porque alguien intentó soplarlo. Soy más sabio. Más filoso. Un poco menos confiado, sí, pero muchísimo más peligroso con la verdad.

Porque cuando lo pierdes todo y regresas tirando golpes —no con ego, sino con claridad— te conviertes en alguien distinto.

Alguien imparable.

Y aquí termina esto. No en amargura. No en venganza. Sino en resolución. Porque esta no es solo la historia de lo que me rompió.

Es la historia de lo que **no pudo**.

Capítulo Catorce

LOS DETONANTES QUE ELEGIMOS AMAR

Antes de empezar a salir con quien hoy es mi esposo, estuve soltero seis años. Seis años largos, solitarios, a ratos luminosos y a ratos insoportables. Años que fueron desierto y santuario. Ya he escrito sobre por qué esa racha de soledad duró tanto: traumas de infancia que no había mirado de frente, problemas de confianza que traía puestos como armadura y patrones tóxicos que confundí con estrategias de supervivencia. Podría volver ahí, pero este capítulo no va de eso.

Este capítulo no trata de la quietud de estar solo. Trata de la violencia de ser visto.

Porque cuando el amor llega —amor real, del que te mira a los ojos y no parpadea— todas las heridas que creías bien cosidas vuelven a doler. Jalan. Sangran. Gritan. Es desconcertante. Yo pensé que ya había hecho el trabajo. Lo había hecho. Pero el amor, resulta, es el examen final de la sanación. Y cuando él entró a mi vida, estable, con los pies en la tierra, lleno de una bondad en la que al principio no supe confiar, no fue suave. Fue ruidoso. Confrontativo. No porque él lo fuera, sino porque yo lo era.

Porque nadie te dice que lo más difícil del amor no es perderlo; es aprender a recibirlo cuando llevas años esperando el trancazo. Es dejar que alguien se acerque lo suficiente como para decepcionarte, para reflejarte, para ver el tiradero que escondiste detrás de tu fuerza curada a mano. Es una intimidad que no se asusta cuando te deshaces.

Y Dios, cómo me deshice.

Él no vino a salvarme. No es su trabajo. Pero me sostuvo el espejo. Y en ese reflejo vi no solo quién era, sino a quién todavía temía convertirme.

Porque aquí está la verdad: sanar no pasa en aislamiento. Puede empezar ahí, puede brotar en el silencio, en las noches en las que lloras en el piso del baño sin testigos, en la decisión callada de elegirte después de años de no saber cómo. Pero sanar no termina en soledad. Esa es la parte que nadie dice. Esa es la parte que yo no entendí del todo hasta que él llegó.

Porque es fácil creer que ya sanaste cuando nadie está lo bastante cerca para tocar las cicatrices.

Solo cuando alguien entra a tu mundo —de verdad— no como visita, sino como testigo, empieza el trabajo real. Ese trabajo que no siempre se ve bonito. El que es desordenado, en capas, incómodo. Cuando alguien se sienta en tu caos sin intentar barrerlo. Cuando escucha el temblor en tu voz y no se va. Cuando te ve —no a la versión editada para sobrevivir— sino al desastre hermoso, enredado, humano que hay debajo, y se queda.

Ahí es cuando sanar deja de ser teoría y se vuelve práctica.

Y cuando empecé a salir con este hombre de mirada calma, con los pies bien puestos, que no se inmutó cuando le dije que yo era "complicado", supe casi al instante que esto no era otro capítulo del libro que venía escribiendo. No era continuidad.

Era un libro completamente nuevo.

Otro idioma. Otro ritmo. Otras reglas.

Porque el hombre que fui antes de él —el que levantó su valor sobre la perfección y se subía a proyectos como a botes salvavidas— habría huido. Lo habría saboteado antes de dejarlo florecer. Pero esta versión de mí, la que atravesó el fuego de la traición y aprendió

a liderar con armadura y suavidad a la vez, estaba lista. No para un amor perfecto. Sino para uno honesto.

Y ahí empezó todo.

Ojalá pudiera explicarlo mejor, cómo supe que era él. No hubo rayo ni escena grandilocuente con cielos abriéndose y coro celestial. Nada de película. Fue más callado. Más quieto. Como un silencio que se posó sobre todo mi cuerpo. Una calma que no había sentido en años, quizá nunca. Sin adrenalina, sin fuegos artificiales. Solo un exhala. Un momento donde algo muy dentro, más viejo que la lógica, dijo: Ah. Ahí estás.

Él no lo supo entonces —y todavía no lo entiende del todo—, pero yo lo reconocí como mío desde la primera vez. No en plan posesivo. No en cliché de "tú me completas". En esa forma rara y sagrada en la que tu alma dice: Oh. Ahí estás.

Empezamos como amigos. Conversaciones casuales en el bar donde trabajaba, historias de ida y vuelta, carrilla, pláticas como si nos conociéramos de toda la vida. Esa amistad se volvió la columna vertebral de lo que construimos. Nos dio espacio para ser reales. Para escuchar. Para quedarnos cuando era más fácil desaparecer. Y luego, sin aviso, todo lo demás. Las líneas se borraron. La energía cambió. Y el amor… llegó.

Pero antes de soñar con este matrimonio hermoso que hoy tenemos —esta vida hecha de risas, mañanas tranquilas, conversaciones duras y un compañerismo hondo— tuvimos que enfrentar algo mucho menos romántico.

Tuvimos que confrontar las versiones de nosotros que todavía no estaban listas el uno para el otro.

Porque incluso cuando conoces a la persona correcta, el timing importa. La capacidad importa. Heridas que creías cerradas se abren bajo la luz suave de una intimidad real. Y el amor, el verdadero, no te deja esconderte. Te pone un espejo enfrente. Y ahí, los dos

tuvimos que mirarnos —honestos, a veces con dolor— para ver quiénes seguíamos en proceso de ser.

Cuando empezamos a salir, pasó algo que no esperaba. Mi confianza —eso que reconstruí a punta de cinta, mantras y una identidad curada— empezó a erosionarse. Y eso me sacudió. Ya no estaba acostumbrado a sentirme chico. Había trabajado demasiado para reclamar mi valor, para verme claro después de años de sentirme "demasiado" o "insuficiente".

Y sí: soy un hombre guapo. Lo sé. Lo sabía entonces. Todavía recuerdo verlo a los ojos y decirle: "Sería un privilegio estar con alguien como yo". No desde el ego. No desde la soberbia. Desde la claridad. Desde entender por fin que mi valor no estaba solo en mi cuerpo, o mi talento, o qué tan bien actuaba la simpatía, sino en mi presencia. En la totalidad de quien soy.

Hasta hoy me dice que ese momento lo dejó en shock. Que nadie lo había mirado así y se había declarado un regalo. Esa honestidad lo desarmó. Se le quedó.

Pero la verdad es que, incluso con toda esa valentía y ese auto-reconocimiento peleado a pulso, la relación abrió lugares que yo no sabía que seguían heridos. Rasguñó cada astilla enterrada bajo encanto e independencia. De pronto empecé a dudar de todo: mi cuerpo, mi valor, su lealtad, mis instintos. No me sentía el hombre en el que tanto trabajé para convertirme. Me sentía crudo. A la deriva. Inseguro de una forma que ni yo reconocía.

Y ese miedo —porque era miedo— hizo lo que siempre hace: se puso otra cara. Se disfrazó de enojo, de defensiva, de control. Disparó discusiones, desconfianza, distancia emocional. Volví a levantar la armadura. No porque quisiera empujarlo, sino porque no sabía cómo dejarlo entrar del todo sin perderme.

Salió mi peor versión. No invitada, pero insistente. La parte que cree que el amor es condicional. Que el otro zapato va a caer. Que la seguridad no puede ser real.

Pero esta vez no corrí.

No hice ghosting. No saboteé. No me escondí tras el trabajo ni dejé que ganara la historia vieja.

En cambio, hice algo que nunca había hecho en una relación: fui a terapia.

No solo para desahogarme. No para sobrevivir la bronca. Para sanar. Recuerdo una de nuestras primeras peleas, cruda, fea, honesta, y a mí diciéndole, con la voz temblando: "Pase lo que pase entre nosotros, quiero hacer el trabajo. Si no es por ti, que sea por quien venga después, aunque Dios quiera que no venga nadie".

Porque la verdad es que yo no estaba listo cuando nos conocimos. No del todo. Pero quería estarlo.

Y ese querer, ese anhelo de estar a la altura del amor que se me ofrecía —no porque me lo pidieran, sino porque por fin creí que podía— fue el punto de quiebre.

No solo para la relación. Para mí.

Porque lo que hace que una relación funcione no es la ausencia de peleas. Ese es un mito. Una fantasía de película y caption de Instagram. El amor real no es limpio ni callado: es desordenado, ruidoso, incómodo. Lo que importa es *cómo*peleas. Importa la voluntad de quedarte en el cuarto cuando empieza el fuego. De mantener las manos abiertas cuando el instinto es señalar. De decir "no me voy", aunque tu orgullo te esté jalando a hacerlo.

Peleamos. Dios, cómo peleamos. Mucho. Duro. Sobre todo al inicio, con las heridas frescas y las defensas al gatillo. Pero no peleamos para ganar. Ni para herir. Aprendimos —a veces lento, a veces con dolor— que no éramos enemigos. Que nunca fue yo contra él. Era *nosotros contra el problema*.

Y ese giro… lo cambió todo.

Una vez entendido eso, empezamos a entendernos.

Porque había mucho que trabajar. Triggers. Inseguridades. Fantasmas viejos con caras nuevas. Malentendidos nacidos de dolores que ninguno causó, pero con los que ambos tuvimos que lidiar. Él venía de un mundo de citas que te entrena a ser sospechoso, transaccional, desechable. Una cultura de swipes y hookups y desapego curado al milímetro. Les decía "los gays de L.A.": siempre buscando el siguiente rush, el siguiente cuerpo, la mejor versión de lo que ya tenían. Nunca quietos. Nunca presentes.

Y yo lo entendía. Claro. Pero me ardía que me metieran en ese costal. Me enfurecía, porque yo no era ellos. Lo sabía. Yo lo quería a *él*. No la idea de él. No el highlight reel. Quería lo real: el tiradero, las mañanas, las pláticas de madrugada, las primeras peleas, los silencios vulnerables. Quería lo verdadero. Y tuve que demostrárselo, una y otra vez.

Que no me iba a ir.

Que no estaba actuando amor: lo estaba practicando.

Tuve que ganarme su confianza como él se ganó la mía. No con gestos grandotes, sino con constancia. Con presencia. Eligiéndolo incluso en los días en que habría sido más fácil protegerme. Y, poco a poco, esa elección se volvió mutua. Esa confianza, compartida. El amor dejó de parecer campo de batalla y empezó a sentirse como hogar.

Un hogar que seguimos aprendiendo a habitar.

Y claro, no solo cargamos con sus heridas. Yo traía las mías. Un archivo entero de dolores que no había enterrado del todo. Fui "el otro". Me fueron infieles. Entregué el corazón a hombres que tomaron lo suyo y me dejaron el eco. Así que cuando él salía con amigos —sobre todo al principio— yo me iba en espiral. No por algo que él hiciera, sino por todo lo que me hicieron antes de él.

Revisaba el teléfono compulsivamente. Me regresaba en los textos buscando cambios imaginarios de tono. Me inventaba escenarios peores, escuchaba traiciones antiguas susurrándome como fantasmas. No era racional. No era justo. Pero era real. Ese tipo de miedo no escucha cuánto te aman: solo escucha qué tan bien te enseñaron a esperar lo peor.

Pero en vez de invalidarme, en vez de decirme "estás loco" o hacerme sentir "demasiado", me miró suave y me dijo algo que no olvidaré:

"Me da gusto que lo estés diciendo. Porque quiero ser yo quien te ayude a sentirte seguro."

Eso, ahí, era amor.

No un momento Hallmark. No lujuria vestida de lealtad. No tranquilidad performativa.

Amor.

Me compartió su ubicación, no porque yo se la pidiera, sino porque sabía que me ayudaría a calmar la tormenta. Sin culpa. Sin poner los ojos en blanco. Solo un gesto tierno de alguien que entiende que la paz no siempre se consigue solo. ¿Y lo más loco? Con el tiempo dejé de revisarla. Ya no me hacía falta. Porque él ya me había dado algo más importante que transparencia: consistencia. Me mostró cómo se ve la confianza *en movimiento*.

Y la confianza, he aprendido, no es un momento. Es una serie de decisiones.

Diarias. Pequeñas. Difíciles.

Como el día que me dijo, con cuidado, que le molestaba cuando yo le daba like a fotos de casi desnudos en Instagram. Al principio lo minimicé. "No pasa nada", pensé. "Todo mundo lo hace." Y era cierto. Pero entendí que no era control. Él no me pedía cambiar.

Nunca me lo exigió. Solo me abrió su incomodidad y, a cambio, yo tenía una elección.

Lo elegí a él.

No porque darle like a los cuadritos de un desconocido sea "malo" en sí. Sino porque lo amo. Y el amor, el real, a veces te hace dejar de hacer cosas, no por culpa ni por obligación, sino por cuidado. Porque la paz del otro pesa más que tu impulso. Porque la intimidad se construye en esas decisiones silenciosas que nadie más ve.

Hemos tenido que ajustarnos y adaptarnos el uno al otro. Ese es el trabajo. Ese es el privilegio. Y lo que hemos construido no es perfecto; pero es nuestro. Ganado. Curado. Amado a pulso, un día imperfecto a la vez.

Ahora tenemos un ritmo. Una comodidad que se siente ganada, no asumida. Podemos hablar de celebridades guapas. Señalar a alguien atractivo en el brunch sin que tiemble el cimiento. No hay performance en nuestra seguridad. No hay que demostrar que estamos por encima del deseo o ajenos al mundo. No es amenaza: es verdad.

Pero la verdad real: nunca he querido estar con nadie más. Antes no. Ahora no. Nunca.

Y sí, la gente habla. Dicen que nos aburriremos. Que tendremos que abrir la relación si queremos que sobreviva. Que somos ingenuos por creer en el "para siempre". Que hablen.

No estamos aquí para ganar debates ni para cumplir la expectativa de nadie sobre cómo se ve una relación "realista". No necesitamos validación externa. No tenemos que seguir el guion que otros escribieron desde el miedo y el fracaso. Estamos escribiendo el nuestro: lento, imperfecto, juntos.

¿Seguimos discutiendo? Claro. Y ojalá siempre. Porque cuando una relación deja de retarte, empieza a pudrirse. El crecimiento necesita

fricción. Lo que importa no es evitar el conflicto; es qué haces con él.

¿Nuestra regla? No nos vamos a dormir enojados. Nunca.

Alguien siempre estira la mano a mitad del espacio y dice el primer "perdón". A veces soy yo. A veces es él. Pero hicimos ese pacto en pleno caos del inicio: pase lo que pase, el día se termina en paz.

Antes me aterraba convertirme en mi padre. Repetir su silencio, su distancia, su retirada lenta hacia el rencor. Despertar un día y descubrir que amé a alguien hasta enterrarlo, no hasta iluminarlo. La terapia me ayudó a soltar ese miedo. Y mi esposo —Dios, mi esposo — me lo recuerda todos los días:

"Tú no eres tu papá. Este no es el matrimonio de tus papás. Este es el nuestro." Y tiene razón.

Este es el nuestro. Desordenado. Hermoso. Defectuoso. Sagrado.

No perfecto. No performativo. Sino verdadero.

Sostenido no por fantasía, sino por elección. Por reparación.

Por quedarse.

Por despertarnos cada día y volver a amarnos, incluso cuando es difícil. *Sobre todo* cuando es difícil.

Esto es lo que ahora sé:

El amor te va a detonar hasta el alma.

Va a exponer tus miedos, tus fallas, tus pendientes. Va a presionar cada moretón y te va a pedir que mires.

Pero también te ofrece la oportunidad de reescribir la historia.

Si te quedas. Si escuchas.

Si pides perdón y lo dices en serio.

Si puedes decir “me equivoqué” y “aquí sigo” en la misma respiración. Si dejas que te amen y te vean.

Ahí empieza la sanación real.

No en soledad. Sino en conjunto.

Y si eso no es un final feliz, quizá es algo mejor.

Un comienzo.

Capítulo Quince

CONFESIONES DE UN CASI ALCOHÓLICO

Es raro —devastador, la neta— cuando te das cuenta de que te convertiste en alguien que juraste no ser.

Para mí, ese momento no me cayó de golpe. Se fue metiendo de ladito, con pasos suaves y paciencia, con caras conocidas: un silencio que se alargaba demasiado después de un portazo; el arrastre en mi voz cuando yo juraba que hablaba perfecto; el endurecimiento en los ojos de alguien al verme llegar. Llegó en fugas lentas y orillas filosas. Al principio no lo veía claro. Solo lo sentía. Como cuando al cuerpo le duele antes de que cambie el clima. Olí la tormenta mucho antes de que se nublara el cielo.

Al principio le llamé estrés. Dije que estaba cansado. Dije que era temporal. Me hice experto en contarme historias, sobre todo a mí mismo. Pero la verdad no se queda callada para siempre. Espera. Observa. Y cuando por fin habla, dice cosas que ya no puedes desoír.

Está la noche en que me vi en el espejo y no reconocí la manera en que mis ojos se movían, huidizos, huecos, casi apenados de mirarse. Está la llamada que no regresé, la que sabía que venía cargada de gracia que yo sentía no merecer. Están las disculpas que di demasiadas veces y las que no pude dar. Poco a poco, esos momentos se apilaron hasta convertirse en algo imposible de ignorar: una versión de mí que nunca quise ser.

Y lo más duro: esa versión la conocía. Ya la había visto, en historias susurradas en comidas familiares, en la sonrisa quebradiza de quien intenta sostenerse, en la resignación cansada de voces que amo. Antes miraba esos patrones, esos moretones heredados como si fueran reliquias, y me prometía romper la cadena. Ser distinto.

Pero la herencia no pide permiso. Vive en los músculos, en la memoria, en la manera en que buscas lo que te lastima porque te sabe a hogar.

Yo no quería ese legado. Pero lo cargué.

Y darme cuenta de que me había convertido en lo que más temía no me destruyó de golpe. Fue más lento, más triste. Como ver algo precioso irse mar adentro, sabiendo que deberías nadar tras ello, pero quedarte helado en la orilla, sin saber si te alcanza la fuerza para regresarlo.

Mi papá era alcohólico. No del que se estrella contra las paredes o se pierde en callejones; del silencioso, el que se anestesia hasta el olvido con una aspirina y un ron barato, limando los bordes filosos de la realidad hasta dejarlos en un zumbido. A veces gritaba. Otras pegaba. En general, casi no estaba. Mis domingos de infancia no olían a hotcakes ni a caricaturas ni a ritual cálido. Tenían la ausencia callada de alguien que, aun presente, estaba lejos. Vagaba el día entre cruda y borrachera, siempre a unos grados de ser papá.

A veces me "sacaba", una actuación de paternidad que se sentía más como una lista de mandados que como vínculo. Siempre terminábamos en el mismo lugar: una caseta telefónica despintada, grafiteada, en la esquina de la plaza. Me sentaba en la banqueta con tacos o algún antojo y él se metía a esa caseta por lo que a mí me parecían horas. Yo miraba la nuca mientras hablaba en susurros urgentes. Ahí se veía más vivo que conmigo. No lo entendía. Pensaba que así eran los adultos: hablar en secreto y para siempre.

Mucho después supe a quién llamaba. A su amante. La mujer que rompería el matrimonio de mis papás y después se casaría con él.

Con ese dato, la forma de aquellos domingos cambió. No eran tiempos vagos: estaban partidos. Yo no estaba con mi papá. Estaba siendo testigo de su doble vida. Era el utilero de su acto de equilibrio, el silencio que hacía su culpa más llevadera. Tal vez pensaba que si yo estaba ahí, no era "tan" traición. O tal vez solo no sabía qué hacer conmigo mientras.

Lo que más recuerdo son sus ojos. Vidriosos, desprendidos. Me miraba como si yo estuviera en mute, como si supiera que debía importarle —y quizá le importaba—, pero la señal no llegaba. Me preguntaba por mi semana ya camino al sueño, como leyendo líneas de un guion en el que no creía. Yo cargué esa imagen como etiqueta de advertencia: esto es lo que **no**debes ser. Así se ve elegir la salida una y otra vez.

Y juré no ser como él. Lo dije en voz alta. Me lo hice mantra. Pero ahí estaba yo: más grande, se supone que más sabio, sintiendo la misma urgencia de huir, de entumir, de llamar a alguien más mientras quien me necesitaba esperaba afuera. El espejo no miente. Y hay legados a los que es más difícil sacarles la vuelta de lo que crees.

No me di cuenta de que tenía una relación tóxica con el alcohol hasta que conocí a alguien que me vio, de verdad me vio. Mi ahora esposo no intentó arreglarme ni se asustó de las partes que yo quería esconder. Solo… estuvo. Quieto. Firme. Y en esa quietud, en la forma en que me miraba sin juicio pero sin vendas, vi la versión de mí que llevaba años esquivando. No solo herido, no solo perseguido por fantasmas, sino endurecido. Vuelto arma.

Él le puso nombre a esa versión. Brenda. Empezó como broma, para entender el campo minado emocional en que me convertía después de unos tragos. Con el tiempo, "Brenda" dejó de tener chiste. Porque Brenda no era el alma de la fiesta. Brenda era la tormenta que llegaba cuando ya había tomado de más y me negaba a parar. Él decía, suave pero claro, "ya llegó Brenda", y yo me hacía el

ofendido, ponía los ojos en blanco, me servía otra. Pero la verdad: Brenda me aterraba.

Brenda estaba enojada. Era hiriente. Decía cosas que no quería decir… pero que tampoco **no** quería decir. Picaba inseguridades, soltaba golpes a ciegas contra la gente que me amaba, incluyendo al hombre que se quedó lo suficiente para conocerla más veces de las debidas. Y lo peor: ni siquiera siempre me daba cuenta de cuándo cruzaba la línea. Las mañanas siguientes eran disculpa y vergüenza, pleitos a medias, y esa mirada cansada suya que decía: *te amo, pero así no se puede*.

Mucho tiempo me convencí de que todos tenían un alter ego. Que era normal. Que era "soltarme tantito". Pero en el fondo sabía que era más. Brenda no era personaje de fiesta: era síntoma. El brote de todo lo que no había sanado. El niño que aprendió que el amor puede ser condicional. El adolescente que no supo pedir ayuda. El adulto que confundió atención con afecto, caos con pasión.

Mi esposo nunca me puso ultimátums. Hubiera sido muy fácil rebelarme. En lugar de eso, me dio espacio para elegir. Y el espejo. Y en ese espejo, ya no pude ignorar lo que vi: los ojos de mi padre, la fuga de mi padre, el legado de mi padre, rebrandeado, servido en las rocas. Me había vuelto una versión de lo que juré no ser. Y amar a alguien que me amaba no lo arregló. Pero me dio ganas de arreglarlo, que no es algo que pase de la noche a la mañana. Ojalá. Ojalá reconocer bastara para desarmar años de silencio heredado y autodestrucción aprendida. La verdad: seguí bebiendo, incluso después de bautizar a Brenda, incluso después del daño. Y entonces el mundo se cayó.

Mi toma no empezó con el COVID, pero la pandemia le dio permiso de crecer. Cuando todo se detuvo, cuando se desmoronó la estructura de la vida, se desmoronó también mi "control". El aislamiento convierte mecanismos de afrontamiento en rituales. Los días se borronearon, y también los tragos. Lo que empezó como "para bajarle tantito al filo" se talló lugar en mi rutina. Vodka con

hielo a las 3 p. m. un martes se sentía normal cuando nadie veía. Sin oficina, sin cenas, sin rendir cuentas fuera de cuatro paredes, me di permiso de resbalar.

Una botella cada dos días se volvió una al día. No estaba de fiesta. No celebraba. Ni siquiera entumía ya. Mantenía. Me quedaba lo suficientemente prendido para no sentir el pánico, lo suficientemente nublado para callar la voz que preguntaba: *¿neta quieres ser esto?* Y la callaba igual siempre: con otro trago. Porque en un mundo deshaciéndose, ¿quién era yo para intentar mantenerme completo?

No tenía glamour. No fue "toque fondo" de película. Fue callado. Predecible. Y por eso peligroso. Sobrevivía —eso me decía—. Pero la verdad: me estaba desvaneciendo. Igual que él.

Al final, la borrosa se hizo patrón. Y el patrón empezó a tronar. Porque cuando el mundo volvió medio a la normalidad, yo me quedé en la botella. No sabía reentrar sin algo que suavizara el aterrizaje. Y todo reventó en Nueva York.

Se suponía que eran vacaciones. Respirar, conocer la ciudad, ver a su familia, celebrar el amor en su ex casa. Pero el desborde no esperó un momento tranquilo. Llegó con el tintinear de vasos y el murmullo de desconocidos en un bar atascado del East Village. Recuerdo verlo al otro lado del cuarto, la cara viva, la energía magnética. La gente se encendía a su alrededor, lo abrazaba, lo jalaba a pláticas, lo hacía sentir que pertenecía. Y en vez de orgullo por estar a su lado, en vez de gozar su alegría, sentí un nudo oscuro y familiar apretarse en el pecho.

Me sentí chico.

El veneno en mi vaso trabajó rápido. Siempre lo hacía. Convirtió admiración en sospecha. Amor en interrogatorio. Recuerdo tronando, acusándolo de acostarse con todos en el lugar, de ser "demasiado amable", de hacerme invisible. Ridículo. Cruel. Ni siquiera era sobre él. Y aun así, le cayó como bofetada. Su cara no se puso dura de enojo. Se quebró en algo peor: decepción.

Eso me partió.

El regreso a su depa fue cliché: lágrimas, amenazas arrastradas de irme, llamadas frenéticas a mi sobrina, yo gritando que hasta aquí, que ya no podía. Pero lo que no podía admitir era que no intentaba dejarlo a él: quería huir de mí. Tomé una noche hermosa —potencial, conexión, alegría— y la convertí en campo de batalla. No porque él me lastimara, sino porque un ego magullado y una herida vieja tomaron el volante.

Esa noche fue de las más humillantes y de las más honestas. Porque cuando se fue el humo, cuando se secaron las lágrimas, lo que quedó no fue coraje. Fue verdad. Una verdad de años: que no sabía recibir amor sin sabotearlo; que no sabía sentirme visto sin querer sentirme superior primero; que cargaba a un niño asustado y abandonado que cree que la atención trae hilos y el amor condiciones.

¿Y el alcohol? No causó eso. Pero sí le dio micrófono.

Después de Nueva York, algo cambió. Las consecuencias fueron demasiado grandes y el espejo demasiado filoso. No pude fingir que fue "una mala noche". No fue aislado. Fue heredado. Y en esa resaca de culpa y ajuste de cuentas, empecé a trazar el origen, no solo a mis decisiones, sino al plano con el que nací.

Vengo de una familia de secretos. En mi casa, el silencio era tradición. No se hablaba de salud mental. Ni de trauma. Mucho menos de adicciones. Pero estaban ahí, cosidas al forro de la historia como hilo invisible. Mi mamá, aguda, intuitiva, compleja, siempre supo más de lo que decía. Siempre.

"Jorge", me decía, bajito pero seria, "aguas con cuánto tomas. Tu papá fue alcohólico. Tú fuiste concebido mientras él estaba borracho".

Nunca lo dijo con rencor. Solo como dato. Era su manera de prender la alarma sin nombrar el fuego. Me dio la advertencia, no el manual.

Yo, entonces, la desestimé. Pensé que dramatizaba, aferrada al pasado como si fuera maldición que podía espantarme. Hoy entiendo: no dramatizaba. Era maternal. Me daba el único amor que conocía: protector, cauteloso, envuelto en acertijos.

Porque las madres saben. Siempre. Aunque no viera el desastre completo, sintió los temblores. Tal vez en el cambio de mi voz cuando llamaba después de unos tragos. O en los silencios entre visitas. O en la tristeza de mis ojos, esa que no se maquilla con chistes.

Eventualmente le dije la verdad. Le dije que tenía que parar. Que el hombre en que me convertía al beber no era alguien que reconociera ni quisiera. Se quedó callada. Como si lo hubiera esperado años y, al fin oírlo, ya no hiciera falta el "te lo dije". Asintió. Me miró con esa mirada que solo tienen las madres, la que te ve no solo como eres, sino como has sido siempre.

No hubo discurso. No hubo drama. Solo un "ya sabía". Y entendí que siempre supo. Quizá mucho antes que yo. Y que quizá una parte suya llevaba años conteniendo el aire, esperando que yo rompiera el patrón antes de que el patrón me rompiera.

Voy a ser honesto. Sigo tomando. No soy santo ni ando posando. Hace tres días me tomé una margarita viendo la final de *RuPaul's Drag Race*, uno de esos momentos en que el mundo se siente tantito más brillante y el trago se siente parte de la celebración. La semana pasada me eché un espresso martini con mi esposo, un gustito mientras nos poníamos al día en medio del caos. Fue fácil. Cómodo. Y no sentí que me resbalara. Pero sé la verdad: sigo trabajando en esto.

No lo he dejado en seco, y quizá nunca lo haga. Eso he tenido que aceptarlo. No vengo a contar "el día que decidí parar", porque no ha pasado, y quizá no pase. Lo que cambió es entender que puedo tener un trago, pero ya no es mi respuesta. No lo uso para huir, entumir o llenar huecos.

Ahora busco otra cosa. Más difícil, pero valiosa: claridad.

Es fácil mentirnos, sobre todo si somos buenos para aparentar. Hay una mentira peligrosa que nos susurramos en la madrugada: *Mientras esté funcionando, estoy bien*. Creemos que si cumplimos, si nos vemos "normales", si hacemos lo que toca, estamos ok. Esa es la trampa. Nos convencemos de que controlamos, porque hemos aprendido a esconderlo. La verdad que aprendí a madrazos: funcionar no es estar sano. No es estar entero. Puedes cumplir el día, palomear todo, sonreír, mientras por dentro te quiebras. Puedes beber diario y tener la vida "presentable" mientras te deshaces por las orillas. Eso hacía yo.

Podía tomarme seis, siete shots de tequila sin pestañear. Podía sostener el show, mantener viva la fiesta. Me bajaba cocteles como si fueran licuados, sin pensarlo, sin duda, solo buscando sentir algo distinto al zumbido de lo que evitaba. Y me repetía que estaba bien. Que tenía control. Porque no "me estaba cayendo" como imaginaba a un adicto. No me desmoronaba en la calle. No lo perdía todo. Pero no veía el daño real: la quemadura lenta, el ahogo gradual de fingir estar bien cuando no. Las mentiras que me contaba y contaba para mantener la fachada.

No tiene glamur. No hay noches épicas. Solo erosión. Cada trago, cada fuga silenciosa, se sentía como ceder un cachito de mí sin darme cuenta, hasta que un día ya no recordé quién era sin el trago en la ecuación.

Y eso me asusta más. No los madrazos grandes, sino los mini choques silenciosos. Los momentos que pasan sin que nadie note, excepto yo, en esos ratitos de honestidad cuando me quedo solo con mis pensamientos. La verdad de la que huí: no estaba viviendo. Estaba sobreviviendo. Y ni eso tan bien. Pero lo intento.

Intento recordarme quién soy sin el alcohol como muleta, colchón o botón de mute. Sigo aprendiendo a sentir sin entumir, a mirarme sin miedo a lo que encuentre.

Dicen que el alcohol saca "tu verdadero yo". Yo también lo creí. Pensé: si me suelto tantito, si bajo esta tensión, saldrá el yo auténtico. Ya entendí: el alcohol no revela tu verdad; exhibe tus heridas. Las que enterraste, las que callaste años, las que juraste sanadas. Arranca la curita y te las avienta. Y cuando bebía, esas heridas salían a pelear: celos, miedo al abandono, rabia. No era "pasarla bien". Era escapar. Escapar de las partes de mí que no quería ver, las demasiado crudas, vulnerables. Las que dolían.

Bebía para olvidar. Para calmar el miedo que me apretaba el pecho, la ansiedad que ninguna lógica bajaba. Bebía para sentirme poderoso cuando me sentía impotente. Cuando no podía con mis emociones o con el caos, el alcohol era lo único que sí podía controlar. Arreglo temporal, forma de llenar el hueco cuando no sabía habitar el vacío. Nunca bastó. Nunca arregló nada.

He descubierto —y sigo peleándome con ello— que no solo tengo "una relación" con el alcohol; tengo una personalidad adictiva. No es solo la sustancia. Es la necesidad. La urgencia de llenar el hueco, de consuelo, de control, de fuga. La veo en cómo me relaciono con cualquier cosa que me da tantito placer: me puedo acabar una caja de Red Vines sin parpadear. Puedo atascarme de cereal hasta que me duele la panza. Me como racimos de uvas como si intentara llenar un hoyo que la comida nunca va a llenar. No es "la cosa"; es lo que persigo a través de ella: el alivio, la distracción, la promesa de ser algo distinto al dolor callado que cargo.

Soy de los que se pierden en algo y no saben parar hasta que es tarde. Y eso da miedo. Porque sé lo que es resbalar. Sé qué tan fácil me pierdo en lo que me promete alivio. Por eso nunca he tocado drogas ilegales. Porque me conozco. Sé hasta dónde podría caer si me suelto. Ya veo cómo me toma el antojo, cómo pierdo de vista lo que necesito y persigo lo que me promete "arreglarlo". Me asusta en qué podría convertirme si no vigilo esa parte.

Nunca quise ser alguien que necesita "algo" para pasar el día. Nunca quise definirme por mis adicciones —al alcohol, a la comida o a lo

que sea—. Pero la verdad: llevo tiempo corriendo. Y a veces creo que eso es lo que más tengo que mirar. La parte que ansía, que busca alivio, que no se siente cómoda solo estando.

A eso vuelvo, por más que lo evite. Ese es el trabajo. No se trata solo de beber menos. Se trata de ser más. Estar presente. Estar entero. Y eso es lo más difícil.

No escribo este capítulo buscando lástima ni aplausos. No quiero simpatía ni palmaditas; no soy el héroe trágico. Escribo porque creo en la verdad, incluso la que aprieta el pecho al decirla. Escribo porque sé que hay quienes, en silencio, a oscuras, se sirven otro trago diciéndose que "no es para tanto", que "uno más para bajar el estrés". Escribo porque la sanación no nace de esconderse. No nace de fingir que todo está bien cuando no lo está. La sanación pasa en la luz, cuando dejamos de cuidar nuestra vergüenza y la dejamos respirar. Cuando aceptamos que estamos rotos pero somos dignos de reparación. Ahí empieza el cambio.

No soy perfecto. No lo seré. Y quizá, en una vuelta rara, ni quiero. La perfección es jaula, y ya viví demasiado tras esas rejas. Quiero crecimiento. Quiero ser mejor, moverme hacia el hombre que estoy destinado a ser —no el que "debía" ser, sino el que soy—: imperfecto, con fallas, pero capaz de estar completo. Cada vez que me siento y digo la verdad, doy un pasito hacia ese yo. El que no necesita un trago para sentirse digno, suficiente. El que puede pararse frente al espejo y por fin ver a alguien a quien amar: alguien que atravesó el fuego y sigue de pie. Alguien que no tiene que enterrar su dolor para merecer existir.

No es fácil. Hay días de dos pasos adelante y tres atrás. Pero aprendí que sanar no es lineal. Es desordenado, confuso, a veces feo. Aun así, vale la pena. Es posible. Y mientras yo siga presentándome —roto, hecho bolas, como sea— siempre habrá espacio para sanar.

Por eso lo escribo: no para que me vean como víctima, sino para que alguien allá afuera sepa que no está solo. Para decirte que te veo, que entiendo el peso del silencio que traes, lo grande de una batalla que parece demasiado. Pero te prometo: la luz está. Te espera. Y cuando des el paso, te vas a dar cuenta de que nunca fuiste para esconderte. Fuiste para brillar.

Ah, y me estoy dando cuenta de que la mayoría de mis capítulos, aunque hablen de épocas distintas, siempre regresan a lo mismo: la sanación.

Sí. La sanación.

Un proceso que nunca se acaba.

Así que haz lo que tengas que hacer y empieza a sanar, hoy.

Capítulo Dieciséis

NI DE AQUÍ NI DE ALLÁ

Nunca me ha gustado jugar a la víctima. Aún no. Me pone la piel chinita la idea de que me vean frágil, indefenso o, peor, amargado. Me criaron creyendo que fuerza era sobrevivir, y sobrevivir era callar. Sonríe. Aguanta. Demuéstrales lo contrario. Y casi toda mi vida hice justo eso. Jugué el juego, me edité, hice arte "suficientemente" bueno, "suficientemente" seguro, "suficientemente" digerible. Traté de ganarme un lugar en mesas que nunca fueron construidas para alguien como yo.

Pero si voy a ser honesto —y a estas alturas, la honestidad es la única moneda que me queda—: sí soy una víctima. No de una sola traición. No solo del ego o la malicia de una persona. Sino de algo más grande. Más frío. Más astuto. Un sistema. Una estructura. Una violencia silenciosa que se disfraza de oportunidad pero sangra como borrado.

Soy víctima de la ilusión. La mentira de que si trabajas lo suficiente, si eres lo bastante amable, si te haces lo bastante pequeño y agradable, estarás protegido. Que el mérito importa. Que la bondad basta. Pero no. No cuando el sistema nunca estuvo hecho para sostenerte. No cuando eres queer, latino, emocional, ambicioso y te niegas a meter tu verdad en una cajita.

Soy víctima de un gobierno que sonríe mientras aprieta. Que reparte migajas y les dice bendiciones. Que premia la mediocridad en nombre de la "seguridad" y hace a un lado la brillantez en nombre de la política. He visto a gente robar crédito, reescribir historia, manipular relaciones para subir escaleras invisibles. He visto cómo

vuelven la diversidad una tendencia mientras silencian a las voces que dicen enaltecer. Y me quedé callado demasiado tiempo porque no quería parecer "difícil". Porque pensé que si seguía, un día me tocaría.

Pero los sistemas no reparten "turnos". Reparten jaulas. Bonitas. Con pinta de progreso. Las decoras con premios, seguidores y buena prensa hasta que un día te cae el veinte: construiste una carrera haciéndote menos peligroso para quienes mandan. Y esa realización… me destripó. Porque yo no vine a estar a salvo. Vine a decir la verdad. A hacer arte que cueste. Y en cuanto dejé de performear gratitud por las sobras, en cuanto exigí que me encontraran de frente, el sistema me recordó —rápido y claro— que sigo siendo desechable.

Así que sí, soy víctima. No porque sea débil. Sino porque he sido fuerte demasiado tiempo en un mundo empeñado en convencerme de que no pertenezco.

La diferencia ahora: no vivo en esa victimización. La nombro. La honro. Y la uso.

Como gasolina. Como fuego. Como prueba de que sigo aquí, creando, diciendo la verdad, construyendo algo que nadie me puede quitar. No pueden borrar lo que he vivido. Y mucho menos silenciar lo que ya me atreví a decir en voz alta.

Soy Jorge Xolalpa-Vazquez.

Y soy beneficiario de DACA.

Esas palabras han vivido en bases de datos del gobierno, en papeleo migratorio, en el fondo de mi mente por más de una década. Pero rara vez las he dicho en voz alta, y menos así. No por vergüenza. Sino porque mucho tiempo temí que decirlas derrumbaría todo lo que construí. Ser indocumentado —aunque sea con un permiso condicional, aunque sea con DACA— te encoge. Te hace sentir que

tienes que demostrar el doble, hablar la mitad y "triunfar" sin pedir espacio.

No quería que esa etiqueta me definiera. Aún no. Porque soy más que eso. Porque he tenido que ser más que eso. Si llegué hasta aquí, si he escrito, dirigido, producido y amado sin esconderme, no es porque el sistema me hizo campito. Es porque abrí espacio en concreto con las manos. Trabajé más duro. Pensé más listo. Me moví más callado. Soñé más fuerte.

Mientras otros conseguían internships por conexiones, yo googleaba cómo escribir un currículo sin delatar mi estatus. Mientras mis compañeros se iban de intercambio, yo me quedaba, enraizado, inquieto, fingiendo que no me importaba. Mientras otros cineastas pitchaban desde estudios pagados por sus papás, yo armaba historias en cuartos que apenas podía costear. Dije que sí a cosas que aún no sabía hacer porque no podía darme el lujo de esperar "el momento perfecto". Y me equivoqué, mil veces, pero aprendí. Evolucioné. Seguí.

Y que quede claro: este país no me limpió el camino.

Levantó muros.

Me entregó límites envueltos en rojo, blanco y azul. Me dijo que agradeciera las migajas mientras otros festejaban.

Pero yo no vine a festejar en su mesa, vine a construir la mesa.

Y la construí.

Levanté algo en un lugar donde gente como yo "no debía" levantar nada.

No porque ya tuviera las herramientas.

Sino porque me volví la herramienta.

Porque he vivido cada día de mi vida adulta sabiendo que todo puede desaparecer con una firma. Y aun así, persistí. Conté

historias. Abrí espacio. Di chamba. Pagué justo. Hice belleza en un sistema diseñado para volverme invisible.

Así que no, no soy "solo" DACA. Soy escritor. Director.

Hijo.

Esposo. Luchador.

Romántico.

Realista. Un inmigrante que se niega a desaparecer.

Soy Jorge Xolalpa-Vazquez. Y yo no elegí esta vida.

No elegí crecer en el limbo, niño entre fronteras, criado en un país que abrazó mi trabajo pero no mi presencia. No elegí memorizar un número de seguro social antes de entender qué significaba tener uno. No elegí desvelarme pensando si separarían a mi familia, ni agachar la cabeza cuando preguntaban dónde nací. Nada de eso lo elegí.

Lo que sí elegí fue no odiar el proceso. Elegí sobrevivir con suavidad. Elegí pelear con gracia. Elegí tener esperanza, aun cuando la esperanza parecía lo más ingenuo y temerario para alguien como yo. Y la sigo eligiendo. Todos los días. No a ciegas. No sin amargura. Sino porque es la única forma de avanzar sin perder el alma. Y si aún no entiendes por qué me siento así, te lo pongo fácil:

DACA —*Deferred Action for Childhood Arrivals / Acción Diferida para los Llegados en la Infancia*— se anunció en 2012 bajo el presidente Obama. No es ciudadanía. No es seguridad. Ni siquiera es promesa. Es pausa. Demora. Un compromiso a medias, nacido de la necesidad. Para gente como yo, significa que podemos trabajar legalmente. Punto. No hay camino a la green card. No hay vía a la ciudadanía. No hay permiso para viajar. Solo un pase frágil de dos años que renovamos con dinero que casi no tenemos, rogando que las leyes no hayan cambiado mientras pagábamos la renta.

Cada dos años, contengo el aire. Lleno formularios. Pago. Espero.

E intento no planear tan lejos, porque el futuro —el mío, el nuestro — siempre ha dependido de la pluma de alguien más.

La gente me ve y piensa que "ya la hice". Cineasta. Dueño de empresa. Alguien con películas en festivales, una compañía con mi nombre, una carrera levantada desde la nada. Y sí, he creado empleos. Pago impuestos desde que pude trabajar. He aportado a este país en todo lo que la ley me permite.

Y aun así, no pertenezco. No de la manera que importa. Porque por más que me parta el lomo, sigo siendo un nombre en una lista. Sigo siendo un "tal vez".

Sigo siendo "riesgo".

Y hay días en que esa realidad me rompe.

Porque quiero lo que todos quieren. Viajar. Exhalar. Dejar de temer que una elección o una demanda me voltee la vida. Quiero permanencia. Raíces. Dejar de pedir perdón por existir. Pero bajo DACA, eso no existe. Existen dos años. Dos años a la vez. Una vida en fragmentos.

Así que no, no elegí esta vida. Pero sí elegí qué hacer con ella. Elegí construir. Amar. Hablar. Hacer arte que se salga del margen. Usar cada gota de acceso que me gané a punta de uñas para alumbrar las vidas que quieren que olvides. Y si este país insiste en no llamarme suyo, yo me nombro algo mejor:

Inborrable.

Inquebrantable. Sembrado aquí sin pedir permiso.

Lo peor es explicar.

La necesidad constante y agotadora de justificar mi existencia, ante personas, instituciones, sistemas que jamás pensaron en alguien como yo. Las preguntas llegan vestidas de curiosidad pero duelen

como acusaciones. “¿Qué es DACA?” “¿Eres legal?” “¿Te pueden deportar?” “¿Por qué no ‘te haces ciudadano’?”

Como si la ciudadanía fuera máquina expendedora. Como si no hubiera pasado la vida haciendo todo “bien”, para que me digan siempre que no alcanza. Como si yo hubiera elegido esto. Como si fuera mi culpa haber llegado con nueve años, haberme criado como americano en todo menos en papel, y que a los diecisiete —cuando todos aplicaban a la uni y soñaban su futuro— me dijeran que el mío quizá no existía.

Hasta mi esposo, este hombre que me ama tan pleno que a veces me asusta, no entendía DACA al conocernos. Creía que era “solo para mexicanos”. Y aunque esa idea me dolió, no lo culpo. Este país casi no educa ni a su propia gente en sus leyes migratorias, menos en la realidad de quienes las vivimos en carne propia.

Hice lo de siempre. Eduqué. Compartí. Convertí mi infierno personal en clase abierta. Porque el silencio nunca ha sido opción para mí, no cuando cuesta vidas, chambas, familias, futuros. Y porque el resentimiento es un veneno que me niego a beber. No dejaré que la amargura calcifique la ternura que tanto me ha costado cuidar.

Aun así hay peso. Un duelo callado. Una soledad tan específica que a veces no tiene idioma. Es el duelo de saberse ciudadano de ninguna parte. De saber que el país que te crió no te reclama, y el que te vio nacer ya es extraño. De sentarte a cenar con quienes amas y saber que, en cualquier momento, una ley se mueve y tu vida se desarma.

Vivo en este “entre” desde hace 27 años. Y te digo: no solo es incómodo. Asfixia. Es como vivir en una casa hermosa con amenaza constante de desalojo. Decoras, limpias, amas, haces recuerdos, pero al fondo sabes que la base nunca fue tuya. Que estás hasta que alguien decida lo contrario.

Es una celda metafórica. Bonita, quizá. Con Wi-Fi, Amazon Prime y una forma de registro de votante que no puedo usar. Pero celda al

fin. Porque cuando tu libertad es condicional, tu alegría también. Y aprendes a hacer las paces con las sobras. Y no, no se trata solo de viajar. No es solo vacaciones, ni palomear la lista, ni subir foto desde París.

Se trata de dignidad.

De derechos humanos.

De la libertad básica de moverte, crecer, enamorarte del mundo, de ti y de tu arte, sin miedo. Sin mirar por encima del hombro. Sin preguntarte si lo que construiste se irá con un fallo de corte.

No pido trato especial.

Pido existir sin que me recuerden diario que mi pertenencia es una negociación.

Y los medios. Ay, los medios. Cómo han intentado contar mi historia… y nunca la atinan. Me llaman "el inmigrante esperanzado", "el cineasta que vive con miedo a que acabe DACA", "el dreamer con todo que perder". Nos pintan en escala de grises: víctimas o villanos, desesperados o vencidos. Pero yo jamás he sido personaje pasivo en el cuento de nadie. No estoy esperando permiso. No estoy temblando en un rincón rogando ser visto. Siempre me he visto: claro, feroz, sin disculpas.

Porque no soy solo DACA. No soy solo cineasta. No soy solo un nombre en una lista esperando que la próxima administración decida si puedo seguir soñando.

Soy hijo del sacrificio.

Esposo hecho a punta de sanación.

Artista que convirtió dolor en poesía, silencio en cine. Soy un hombre que creó de la nada, una y otra vez.

Sí, quizá este país no me reclame. Pero yo me reclamo a mí. Con cada respiro, cada cuadro, cada palabra. Yo pertenezco porque lo

digo. Porque me presento. Porque me niego a desaparecer.

Hay millones como yo. Brillantes. Valientes. Olvidados. Los cargo conmigo, no como carga, sino como honor. Y si mi historia abre una mente cerrada, si le da luz a un alma en sombra, entonces esta vida, esta lucha, eso frágil que llamamos esperanza, habrá valido.

No me voy a ningún lado. Nunca iba.

Y, digan lo que digan los papeles, ya estoy en casa.

Capítulo Diecisiete

ESTO ES AMERIKKKA

Crecí creyendo en una versión de Estados Unidos que solo existía en los eslóganes. La tierra de la libertad. El hogar de los valientes. El lugar donde los sueños se cumplen si trabajas lo suficiente. Eso nos dijeron, eso imprimieron en espectaculares y cosieron en las banderas. Pero el Estados Unidos que yo conocí era otro. El que yo conocí tenía helicópteros que volaban bajito por las noches, sacudiendo las ventanas y desvelando al barrio. Tenía vecinas y vecinos que se congelaban cuando alguien tocaba la puerta, conteniendo la respiración, apagando las luces. Tenía sirenas que nunca sonaban a rescate, solo a advertencia.

De niño no tenía palabras para eso. Solo sabía que sobrevivir significaba volverte invisible. Quedarte callado. Hacerte chiquito. Colarte por las grietas y rezar para que nadie te notara. Ese era mi Estados Unidos. No el de las postales. El que aprendes a temer antes incluso de aprender a deletrearlo.

Y luego llegaron las redadas.

No las que resumen bonito en los periódicos, no las historias escritas por gente que jamás sentirá el ardor de ser cazada, sino las redadas que estallaban en mi propia cuadra. Las de camionetas sin logos que se paraban en la madrugada. Las de hombres con chamarras oscuras cargando armas como si fuera guerra. Las de puertas astilladas a patadas, de madres gritando, de niñas y niños aferrándose a sus papás para sentir esos brazos arrancados de golpe.

La decepción se me clavó en los huesos. Quería creer que había una línea que este país no cruzaría, algún techo moral que ni Estados Unidos rompería. Pero cuando ves cómo se llevan a un padre de los brazos de sus hijos por los papeles que no trae, entiendes que esa línea nunca existió. Era ilusión, vendida para mantenernos dóciles.

Y el miedo, Dios, el miedo. No era solo mío. Era colectivo, una marea que arrasó colonias enteras. Los niños dejaron de ir a la escuela. Los padres dejaron de ir a la chamba. Las calles se vaciaron como pueblo fantasma. Las bolsas del mandado se quedaron a la mitad porque la gente abandonaba la compra en cuanto alguien susurraba: "Está la migra afuera." Las ventanas quedaron cerradas por días. El silencio se hizo espeso en los pasillos de los edificios. Recuerdo que una vecina me dijo: "Vivimos como animales cazados."

No exageraba. La misma vecina casi se nos muere por saltarse la diálisis por miedo a que la deportaran.

Hubo una semana en Los Ángeles que no voy a olvidar. Los rumores corrían más rápido que las sirenas. "Están en la lavandería de la Vermont." "No te acerques a la Olympic." "Aléjate del *swap meet*." La gente quedó paralizada. Familias enteras se encerraron en departamentos apretados, comiendo lo que quedaba en la alacena, racionando tortillas y frijoles. Los niños pegaban la cara a la ventana preguntando por qué no podían salir a jugar. Un morrito le preguntó a su mamá si el sol se había descompuesto. Así de largo fue el encierro.

El miedo quiere tu silencio. Quiere encogerte hasta borrarte. Pero el silencio nunca me ha sentado bien.

Una noche agarré el teléfono, con el pulgar suspendido sobre el botón de "grabar" en TikTok. No sabía si a alguien le importaría, si siquiera saldría de mi círculo. El corazón me latía tan fuerte que pensé que iba a opacar mi voz. Igual me lancé en vivo.

Le dije a la gente dónde estaban las redadas. Expliqué, en palabras simples, lo que nos estaba pasando. Sin teleprompter, sin

conductores de traje planchado; solo yo, en mi cuarto, con el ruido de helicópteros afuera y la voz temblorosa pero firme.

Al principio sentí que gritaba al vacío. Luego empezaron a llegar los comentarios. "Gracias." "¿Dónde están ahora?" "Necesitábamos esto." Las familias empezaron a compartir mis videos de barrio en barrio, de ciudad en ciudad. De pronto ya no le hablaba solo a un teléfono. Le hablaba a miles.

Pero reportar no bastaba. No podía ignorar que mis vecinos seguían escondidos, con miedo hasta de salir por comida. El hambre no espera a que llegue la seguridad. Los bebés no dejan de necesitar pañales solo porque ICE anda en la cuadra. Así que empecé a juntar lana. Donaciones chiquitas fueron llegando: cinco dólares, diez, lo que se podía. Y poco a poco, se hizo monto.

Compramos víveres al mayoreo: arroz, frijol, fruta, huevo, leche. Subíamos bolsas por las escaleras, dejábamos cajas en los descansos, metíamos sobres por debajo de las puertas. Susurrábamos nombres por las mirillas. A veces ni les veía la cara, solo una mano saliendo rapidito, jalando la bolsa para adentro como si fuera contrabando. Dar de comer se volvió resistencia. Cada comida era negarnos a que Estados Unidos nos matara de hambre y de silencio.

Una noche le llevé mandado a una vecina del edificio. A su esposo se lo habían llevado en una redada días antes. Abrió lo justo para que yo empujara las bolsas. Tenía los ojos rojos, la cara hueca de tanto dolor. "Ni la basura puedo sacar," me susurró. "Me están esperando afuera." Le puse la mano encima un segundo, un toque mínimo, y sentí al mismo tiempo la profundidad de su desesperación y la fuerza que la mantenía de pie.

Esa fuerza me encendió.

Porque lo que me perseguía no eran solo las redadas. Era la historia que replicaban. Había leído sobre campos de concentración, sobre campos de internamiento, sobre cómo los gobiernos despojan a la

gente de su humanidad y lo maquillan con palabras burocráticas. Centros de detención. Así les dicen aquí. Pero yo sabía lo que eran. Cuartos donde duermes en el piso de cemento, donde separan a niñas y niños de sus padres, donde las cobijas son de aluminio y los nombres se vuelven números. "Nunca más", dijeron después del Holocausto. Pero aquí estábamos, otra vez, y demasiada gente volteó la cara.

Y que quede claro: no era al azar. No estaban allanando casas en Beverly Hills o Brentwood. No se apostaban afuera de los estudios de yoga ni del Whole Foods. Estaban en nuestros barrios. Barrios latinos. Barrios morenos. Lugares donde el aire suena a español, donde las mamás empujan carriolas con bolsas del mandado colgando, donde la gente sale antes del amanecer y vuelve ya entrada la noche.

Fuimos "esenciales" cuando les convenía nuestra chamba. Invisibles cuando querían comodidad. "Criminales" cuando necesitaban chivos expiatorios.

Esa certeza me endureció algo por dentro. Volvió mi miedo gasolina. Cada TikTok, cada vuelta al mercado, cada susurro nocturno fue una forma de decir: Aquí estamos. No nos van a borrar.

El miedo seguía, claro. Miedo a que el toque fuera en mi puerta. Miedo a que hablar me volviera blanco. Miedo a que la historia siguiera repitiéndose como disco rayado, tocando la misma canción de persecución una y otra vez. Pero junto al miedo estaba la resistencia. La que mi madre cargó en el cuerpo cada día de trabajos que le doblaron la espalda pero no el espíritu. La que mis vecinos demostraron sosteniéndose entre sí cuando el mundo quiso arrastrarnos. La que aprendí a cargar porque no había de otra.

Visto hoy, esas redadas no fueron solo terror. Fueron puntos de quiebre. Me obligaron a elegir: esconderme o hablar, encogerme o levantarme. Elegí levantarme. Elegí volver una cámara un arma, una

historia un escudo, una comida una revolución. Elegí llamar a este país por su nombre verdadero: Amerikkka.

No porque la odie, sino porque me niego a mentir sobre ella.

Esto es Amerikkka. Un lugar donde la libertad es eslogan pero las jaulas son reales. Donde niñas y niños lloran hasta dormir bajo luces fluorescentes mientras políticos posan para la foto. Donde las redadas barren barrios como tormentas, dejando silencio y duelo a su paso.

Pero también aquí encontré mi valentía. Aquí entendí que no basta con sobrevivir; hay que resistir. Aquí descubrí que mi voz, por pequeña que parezca, puede atravesar muros de silencio. Aquí entendí que hablar es pelear, y pelear es vivir.

Amerikkka quizá me quiera callado. Yo no.

No voy a dejar de hablar. No voy a dejar de alimentar. No voy a dejar de resistir. Porque esto es Amerikkka. Y yo sigo aquí.

La única razón por la que alzo la voz es porque la amo, y cuando amas algo, peleas por ello; te presentas para recordarle a todo mundo que por más odio que se infiltre en nuestros barrios, el amor que le tenemos a esta nación siempre le va a ganar a la supremacía blanca.

Capítulo Dieciocho

CORAZÓN DE NIÑO GORDO

Como mencioné de pasada en el capítulo quince, la comida siempre tuvo lugar en la mesa de mis adicciones. Y si soy brutalmente honesto, honesto de tripa, de nada-que-ocultar… creo que fue la primera. Antes de que cualquier otra cosa tuviera nombre o diagnóstico, antes de tocar una bebida o acercarme al filo del riesgo, la comida ya me estaba dando vueltas. Nunca fue solo comida. Era consuelo. Era vergüenza. Era control. Era rebeldía. Era todo y nada a la vez.

No tengo un solo recuerdo de "nomás comer". Ya sabes, comer porque tenía hambre y punto. Siempre venía cargado. Estaba demasiado flaco. Estaba pasado. Era "qué buen diente tienes" o "ya se te ve pancita". Mi plato era una boleta de calificaciones, y mi cuerpo, la tarea en equipo sobre la que todes opinaban sin pedir permiso. Lo que entraba a mi boca parecía pertenecerle a todos menos a mí.

Y esas frases… no se disuelven. Se quedan. Les salen patas y se entierran hondo. Se vuelven tu monólogo interno. Se acomodan. Y por más que he intentado desalojarlas, todavía las escucho en mi cabeza: frente al espejo, en un restaurante, en un probador con esas luces fluorescentes que se sienten como interrogatorio.

Es una locura particular que te digan que eres "demasiado" y "no suficiente" en la misma frase. Aprender a desaparecer y a performear al mismo tiempo. Que te aplaudan por bajar de peso cuando en realidad estabas deprimido. O que te digan "te ves saludable" cuando por dentro te estabas desmoronando.

He hecho dieta y me he atracado, me he restringido y castigado, he comido a escondidas y he performeado bienestar en público. He usado la comida para llenar el vacío y para hacerlo más hondo. Y todavía batallo: tengo que checarme para asegurarme de que estoy comiendo para nutrirme, no para adormecerme. Porque ese niñe que se pesaba con la mirada ajena sigue viviendo en mí. Y sigue tratando de averiguar si se le permite ocupar espacio.

Quiero decir esto clarito antes de seguir, porque importa. Mi mamá no es una mala madre. En todos los sentidos, es una extraordinaria. Dio todo lo que tenía y de alguna forma encontró más. Peleó batallas que yo ni vi, sostuvo nuestro mundo con pura garra y cinta canela. Estaba agotada e invencible. Sobrevivió cosas que quizá jamás entenderé, y lo hizo criando, alimentando, vistiendo, protegiendo y amando. Es una fuerza.

Pero también quisiera, hondo, con un nudo en la garganta, que hubiera sido más dulce consigo misma.

Algunos de mis recuerdos más tempranos de ella están atados a lo que no se permitía. Un desayuno saltado. Un plato aparte del resto. Un té "para desintoxicar". Conocía cada dieta del mercado como si fueran viejas amigas: Atkins, South Beach, la sopa de col, ayunos de toronja, malteadas SlimFast. Siempre había algo que se estaba haciendo, y siempre un motivo para no descansar en su cuerpo. Y yo miraba. Miré y aprendí.

Yo era su sombra. La adoraba. Quería ser como ella. Así que copié como copian les niñes: sin preguntas, sin filtro. Absorbí los rituales. Noté cómo se le iluminaba la cara cuando alguien le decía que se veía más delgada. Noté cómo ese halago parecía pesar más que casi cualquier otra cosa. Noté cómo su cuerpo se colaba al centro de conversaciones que ni tenían que ver con peso, salud o apariencia.

No importaba de qué habláramos, encontraba la forma de mencionar que había bajado cinco libras, que el pantalón ya le quedaba flojito, que "por fin estaba retomando el camino". Su peso siempre era

subtrama: a veces remate, a veces confesión, a veces victoria silenciosa. Pero siempre estaba. Siempre era parte de la historia.

Ahora pienso en lo pesado que debió ser para ella cargar su valor en números, medirlo en una báscula. Despertar y medirse en culpa o orgullo según le ajustara la ropa. Y pienso cuánto de eso se me pasó sin querer. No porque quisiera herirme, sino porque a ella también le dolía.

Nunca me sentó a decir: "Así se odia el cuerpo". No le hizo falta. Yo estaba mirando. Y les niñes son buenísimos descifrando lo no dicho. El silencio lo hacía más ruidoso.

No se trata de culpas. De verdad que no. Se trata de linaje. De las formas calladas en que el dolor se hereda, como recetas, como arrullos, como tácticas de supervivencia. Estábamos atrapados en el mismo sistema, esa enfermedad que le dice a las mujeres que su cuerpo es propiedad pública y su valor, condicional.

Ella no creó ese sistema. Fue víctima, igual que yo. Igual que tantxs seguimos siendo.

Lo que mucha gente no entiende—si no lo ha vivido—es qué tan hondo se puede heredar la vergüenza corporal. No solo las palabras o las dietas o los comentarios, sino la atmósfera. Ese zumbido de fondo en la casa. Está en las miradas de reojo al espejo, en cómo alguien se estira la playera o se pellizca la panza cuando cree que nadie lo ve. Está en los aplausos a la "disciplina", en la culpa por el postre, en el suspiro después de subirse a la báscula.

Cuando creces ahí, marinadx en eso desde el principio, ni lo cuestionas. Asumes que así es. Que así "se hace". Se hace dieta. Se encoge. Se castiga. Se obsesiona. Hablamos de "comidas malas" como si tuvieran moral. Nos aplaudimos por ignorar el hambre como si fuera un acto noble. Y sin darte cuenta empiezas a creer que estar en un cuerpo es estar en guerra con él.

Sobre todo cuando la persona que más amas en el mundo, tu ancla, tu espejo, tu madre, es dura consigo misma, eso te enseña algo. Que el amor y la vergüenza pueden convivir. Que cuidarte significa restringirte. Que "ser buenx" es ser pequeñx.

Y lo más loco: al principio ni se siente raro. Se siente como vida. Criticas. Comparas. Cuentas, restringes, persigues la ilusión del control. Aprendes a ignorar el hambre—no solo de comida—sino de ternura, de paz, de permiso para existir tal como eres. Y ese entrenamiento no se evapora con la edad. No se disuelve cuando te mudas o dejas de hablar del tema. Se incrusta. Se vuelve rutina. Se endurece en hábito, en identidad.

En rituales. En trastornos.

Porque lo que empieza como imitar termina como memoria muscular. Y pronto ya no es algo que eliges, es algo que no sabes cómo parar.

A mis 36, mi relación con la comida sigue… enredada. Aún. Después de terapia, de insights, de nombrarla mil veces. Después de desempacarla y reconocerla por lo que es. Ahí sigue, metida en el día a día como un ruido de fondo que no sé apagar.

Como mucho. Y sí, le digo "comer por estrés" porque suena manejable. Familiar. Pero si soy honesto… es más. Es llenar vacío. Es consuelo cuando el silencio se pone demasiado ruidoso. Es cómo calmo las partes de mí que no sé sostener. Es cómo amortiguo la estática en el pecho, cómo redondeo las orillas filosas de la soledad, el aburrimiento o la sobrecarga. Es cómo aterrizo cuando la vida es "demasiado". O "muy poca".

¿Y lo peor? Sé lo que hago. No soy ingenuo. He leído los libros. He tenido las conversaciones. Puedo nombrar los disparadores, rastrear el origen, explicarlo bonito en oraciones ordenadas. Pero saber no siempre te salva. Saber no siempre detiene la mano. A veces solo te hace más consciente de la vergüenza mientras lo haces.

Y con mi personalidad—todo o nada, puño cerrado—se complica más. Yo no "le entro tantito". Yo me clavo. Me desaparezco. Comida, trabajo, amor, ejercicio… da igual: voy a fondo. Obsesión o evasión. Compromiso excesivo o nada.

No "me gusta algo". Me vuelvo adicto.

Y cuando pasa, me posee. Se vuelve el lente, el ritmo. Y la comida—dulce, silenciosa, socialmente aceptable—es la adicción que puedo disfrazar de normal. No trae etiqueta de advertencia. Nadie te hace una intervención por servirse dos veces. Pero es real. Y es ruidosa. Y sigo intentando desaprenderla.

En 2022, cuando por fin reabrieron los gimnasios, me aventé de cabeza. Como muchxs, estaba saliendo a gatas de un tiempo que borró bordes: días que se doblaban, rutinas desaparecidas, propósito resbaloso. Necesitaba algo a qué agarrarme. Ancla. Así que cuando el mundo se abrió tantito, corrí hacia lo único que sentía controlable: mi cuerpo.

Empezó simple. Razonable. Inofensivo, pues. Un objetivo modesto: volver a moverme, sudar la niebla. Veinte minutitos aquí y allá. Regularme. Exhalar. Y sí ayudó, al principio. Me sentía más fuerte. Más claro. Como si estuviera recuperando algo.

Pero no se quedó chiquito. Porque yo chiquito no sé. No meto el dedo. Me aviento de clavado. Me ahogo. Pronto, veinte minutos no bastaban. Quería más. Más sudor. Más dolorcito rico. Más control. Una sesión se volvió dos. Luego, *two-a-days*. Empecé a registrar todo: entrenos, calorías, macros, sueño. Ya no era compromiso, era consumo.

Me volví lo que muchos llaman "gym rat", como si fuera un gafete cute. Pero no tenía nada de cute. Era obsesión en ropa deportiva. Adicción con monitor de frecuencia. Planeaba mi día alrededor del gym. Salía antes del trabajo para alcanzar la dosis: las máquinas, los espejos, el zumbido bajito de la disciplina. Me mentía: "me lo merezco", "es tiempo para mí". En realidad estaba persiguiendo algo

que no quería nombrar: una sensación, un high, una seguridad a base de sudor.

Y Dios, cómo amé el control. Amé cómo cambiaba mi cuerpo, cómo la gente empezaba a notar. Cada cumplido era un golpecito de dopamina. Cada línea nueva, cada vena, era prueba de que me estaba "dominando". "Te ves increíble". "Brillas". "Quisiera tu disciplina".

Nadie te dice que estás en espiral cuando la espiral parece éxito.

Lo que veían como disciplina era compulsión. No sabía descansar. Descansar me sabía a fracaso. La comida se volvió combustible y ya. No habitaba mi cuerpo: lo gestionaba. Microgestionaba. Intentaba esculpirme hacia la valía, hacia el "suficiente". Y mientras tanto, me desaparecía.

Dejé una adicción para correr a otra. Y como venía con músculos y endorfinas, nadie la cuestionó. Ni yo, al principio.

En un año y cacho pasé de 145 kilos a 102 (de 320 a 225 libras).

Casi cien kilos/libras de vergüenza, silencio, hambre, obsesión. Cien de demostrar algo: a mí, a ellxs, al espejo, a las voces que se instalaron en mi cabeza desde niñe. Y con cada libra menos, más aplausos. Cumplidos como miel. Extrañxs me sonreían más. Amigxs: "¡te ves increíble!" La familia: "estamos orgullosxs". Sentí que por fin descifré el código. Que me volví la versión aplaudible.

No tardó en cambiar el tono.

La misma familia que antes me advertía que no repitiera… la misma que me lanzaba miraditas por encima del plato, que suspiraba si me servía más, que decía "ya te estás poniendo grandecito" con esa "preocupación" que corta… de pronto me decía que ya me había pasado.

"Te estás quedando en los huesos." "¿Sí estás comiendo?"

“No te nos vayas a desaparecer.”

“Déjate de comer la mitad, ya estás demasiado flaco.”

Mareante. Hice justo lo que decían que “debía”. Bajé. Moldeé. Seguí las reglas. Me convertí en lo que siempre se esperaba: más chico, más contenido, más disciplinado. Y aun así, no estaba “bien”.

Las reglas habían cambiado. Otra vez.

Nadie manda un memo cuando mueven la portería. Solo cambian expectativas y te dejan adivinar. Y lo que sentí, sobre todo, fue traición. Porque sacrifiqué tanto. Tiempo. Energía. Cordura. Gozo. ¿Para qué? Para que la meta se esfumara cuando la toqué.

Era la misma historia desde la infancia: “demasiado” o “insuficiente”, pero nunca “justo”. Nunca a salvo. Mi cuerpo siempre fue tema de discusión. Y no importaba cuánto lo moldeara, diera, cambiara o perdiera, nunca bastó para callar el comentario. Solo cambiaba el guion.

Y la verdad: no estaba “saludable”. No “brillaba”. Estaba exhausto. Obsesionado. Deshilachándome debajo de cada cumplido.

Para los 17, ya había probado de todo.

Fentermina. Inyecciones de B12. Herbalife. SlimFast. Atkins, South Beach, limonadas “detox”, aceleradores del metabolismo con etiquetas impronunciables. Si prometía bajar, yo le creía. Si venía en pastilla, polvo o plan con foto de “antes y después”, yo entraba. Adolescente con la desesperación de adulta, buscando cualquier magia que me hiciera sentir menos incorrecto en mi piel.

No me importaba el costo. Ni emocional, ni físico, ni económico. Lo que fuera por ser más chico, por aprobación, por encajar en un mundo que me repetía que era demasiado. Y lo hice. Empujé a mi cuerpo. Le di químicos, pastillas, hambre, vergüenza y lo llamé disciplina. Ignoré dolores de cabeza, mareos, náuseas. “Está funcionando”.

Entonces, me daba más miedo seguir igual que lastimarme.

Ahora, a mitad de los treintas, la historia pesa distinto. Las consecuencias ya no son invisibles. Las siento en los huesos. En las hormonas. En los cambios sutiles de energía, digestión, en cómo rebota—o no—mi cuerpo. Me pregunto qué daño a largo plazo firmé sin leer la letra chiquita. Qué sistemas descompensé antes de que terminaran de madurar. Qué me espera en los cuarentas, cincuentas.

Porque estos atajos, estas "soluciones milagro", no eran gratis. Venían con asterisco. Con efectos secundarios que estaba muy joven y muy desesperado para leer. Quizá por fuera me veía "mejor" un rato, pero por dentro me estaba quemando. Picando la base antes de construir.

Y ese peso ahora se nota. No solo en el cuerpo, sino en cómo cargo el arrepentimiento.

Hubo momentos, durante la bajada, en que con mi mamá se puso… tenso. Y ojo: ella quería bien. Lo sé. Conozco su corazón. Venía del amor, de querer verme florecer, de meterme a un mundo menos cruel con cuerpos como el mío. Pero las buenas intenciones también pican. Y a veces, sí picaban.

"Solo quiero que estés flaco para que te vistas más bonito", me decía. "Eres guapo, pero te verías todavía mejor."

Mejor. Siempre "mejor". Como si el amor trajera condición. Como si yo estuviera "casi".

Creo que pensaba que me motivaba. Que esas eran las palabras correctas. Que me mantendrían enfocado. Pero no veía que yo ya estaba deshilachado. Ya le había entregado mi valor a la báscula, al gym, al espejo. No necesitaba más presión. Necesitaba que me vieran.

Y un día troné. Tenía que. Ya no cabía.

“¿Por qué todo es sobre mi peso?” le dije. “¿Por qué no me preguntas cómo estoy mentalmente? ¿Emocionalmente? Porque cómo me siento tiene todo que ver con cómo me veo.”

Se hizo silencio. No de enojo. De ese que cae pesado cuando llega la verdad y nadie sabe dónde ponerla.

Meses después, cuando ya había bajado todo, cuando estaba en mi versión más delgada, más “fit”, más aplaudida, la conversación cambió. Nunca voy a olvidar cuando me sentó—suave, con otra clase de preocupación, no de apariencia.

Me miró y preguntó: “Jorge, ¿qué ves cuando te miras al espejo?”

Ni tuve que pensar. La respuesta ya estaba atorada en la garganta.

“No cambió nada”, dije.

Se le cruzó la cara.

“Pero bajaste muchísimo.”

“Lo sé. Lo siento. Pero cuando me veo… sigo viendo a alguien gordo. Feo. Indigno.”

Ahí la vi entender. El miedo. La tristeza. La realización de que el mundo ya había sido cruel conmigo y ahora su hijo también lo era. Que tomé la vergüenza heredada y aprendí a cargarla solo. Que ningún peso perdido reescribió la historia en mi cabeza.

Tenía músculos que antes no. El cuerpo se veía distinto. Pero no importaba. Mi corazón de niño gordo seguía ahí, susurrando las mismas mentiras. Diciéndome que no bastaba.

Esa conversación abrió algo. Fue un parteaguas.

Fue la primera vez que lo dije en voz alta: el problema no era solo el cuerpo. Era cómo me enseñaron a verlo. Cómo aprendí a medir mi valor en libras, centímetros y cumplidos que nunca me llenaban.

No corrí a terapia al día siguiente. Aún intenté a puro *white-knuckle* un rato. Pero ya sabía. Hondo lo sabía: si no pedía ayuda, ayuda real, no la iba a armar.

No porque no quisiera vivir. Sino porque no sabía cómo vivir conmigo.

Viendo hacia atrás, con ojos más claros y un poco más de compasión por el yo de antes, alcanzo a ver que mucho de mis atracones viene de algo más hondo. Más viejo. Algo para lo que no tenía palabras entonces.

Cuando llegamos a EE. UU., estuvo duro. Vivíamos con hermanxs de mi mamá mientras ella se acomodaba: jornadas larguísimas, persiguiendo estabilidad, haciendo todo para darnos una vida mejor. Y aunque algunxs fueron amables, no todxs. Una tía en particular dejó clarísimo que yo no era bienvenido. Que mi cuerpo no era bienvenido.

Parecía disfrutar humillarme. Como si le alimentara algo. Tiraba mi comida antes de que la tocara. Me decía que estaba gordo. Que no merecía comer. Que era flojo. Una carga. Convirtió cada bocado en arma. Y yo tenía once. Un niño tratando de adaptarse a un país nuevo, idioma nuevo, todo nuevo… y de repente la comida—el único consuelo que me quedaba—se volvió castigo.

Nunca se lo dije a mi mamá. No entonces. Estaba trabajando tanto, y se le notaba. Le veía el cansancio, lo que cargaba. No quería sumarle. No quería complicarle la vida. Así que me lo tragué.

Hasta que no pude más.

Y aun después del daño, una parte de mí creyó que quizá mi tía "tenía razón". Que tal vez me hacía un favor. Que sí, estaba demasiado gordo. Que no merecía comer. Que había que ganarse la comida, la amabilidad, el espacio.

Esa creencia se enraizó. Creció. No es algo que "superas" y ya. Cambia cómo te ves. Cómo te alimentas. Cómo te perdonas tener hambre.

Ningún niño debería sentirse así. Nadie debería creer que su cuerpo lo vuelve indigno de cuidado. Tal vez por eso, hasta hoy, cuando lo veo—cuando veo a un niñe regañadx, avergonzadx, humilladx por cómo come o cómo se ve—me meto. Aunque sea leve. Aunque sea un redireccionamiento, una amabilidad chiquita, una intervención callada. Porque me acuerdo de cómo se siente ser ese niño. Morirte de ganas de consuelo y que te alimenten crueldad.

Y por más que crezca, ese yo de once sigue aquí. Sigue encogiéndose. Sigue esperando a que alguien hable por él.

Ahora intento ser yo quien lo hace.

En un rodaje reciente trabajamos con una actriz de 12. Ojitos brillantes, llena de energía, parada en ese filo frágil entre la infancia y todo lo demás. Me vi en ella, antes de que la vergüenza se instalara, antes de que el espejo fuera arma, antes de que la comida diera miedo.

Pero antes de que pisara el set, su madre la detuvo.

"Tiene que ponerse su faja", dijo, como si hablara de zapatos o aretes.

Una faja. A los doce.

Me congelé un segundo, porque supe lo que significaba. No solo la incomodidad, sino el mensaje: "hay algo malo con tu cuerpo y hay que ocultarlo". Respiré y me acerqué. Tenía que decir algo, aunque no pudiera decirlo todo.

Miré a la mamá y le dije, suave pero firme: "¿Sabes lo que le estás haciendo? Esto se le va a quedar para siempre."

Y ahí, frente a su hija, me escupió: “Es una cerda. Está gorda. Tiene que usar esto si quiere salir en cámara.”

Quise gritar. Quise abrazar a esa niña y decirle que estaba perfecta. Pero yo era el director. Hay líneas que no puedo cruzar. Así que dije lo que pude. Hice lo que pude.

Porque nadie dijo nada por mí cuando más lo necesité.

Nadie frenó los comentarios. Nadie cuestionó las pastillas, las dietas o el silencio que me tragué como medicina. Y esa ausencia, esa falta de protección, todavía resuena. Resuena en mi relación con la comida, con el espejo, con mi valor.

Hay días en que siento que me ahogo. En el ruido, en los guiones viejos, en el duelo por el niño que nunca se sintió seguro en su piel. Otros días siento que me desaparezco por completo: que por más peso que pierda, la vergüenza se pega como segunda piel.

Pero estoy aprendiendo—lento, con dolor, y también bonito—que sanar no viene del castigo. No viene del hambre, ni del sobreesfuerzo, ni de caber en la caja que alguien más construyó.

Viene de la amabilidad. Del equilibrio. De decir la verdad aunque me afloje algo por dentro. De negarme a pasarle a la siguiente generación lo que a mí me tocó cargar.

Estoy aprendiendo que merezco paz: con mi cuerpo, con mi pasado, con mi plato.

Porque la comida no es el enemigo. Y yo tampoco.

Capítulo Diecinueve

TU DAMA DE HIERRO

Todavía recuerdo el día que decidí que *Your Iron Lady* sería mi siguiente película. No fue un momento rimbombante de "¡ajá!", ni una epifanía con música elevándose de fondo. Fue callado. Sutil. Un susurro más que un grito. Pero fue real, y se quedó. Como una brasa chiquita en el pecho que empieza a crecer y no te deja en paz hasta hacerse fuego.

Todo empezó mucho antes de pensar en adaptar la historia de mi mamá al cine. Años antes. En ese entonces yo solo la ayudaba a armar un librito que venía escribiendo despacito, con ternura, un memoir inédito contado en relatos cortos. Nunca fue por publicar, la neta. Para ella se volvió una cuerda de salvamento. Una forma de colar los escombros de la memoria y empezar a sanar heridas que llevaban demasiado tiempo ahí, supurando en silencio bajo la superficie.

El proceso no fue lineal. Ni bonito. Venía en olas, unas fuertes, otras suaves. Pero con cada historia que terminaba, algo dentro de ella cambiaba.

Empezó a ver su pasado no solo como algo que le pasó, sino como algo que la formó. Que le dio perspectiva. Que le dio elección.

Aún hablamos de esa época. Mucho. Me ha dicho más de una vez que escribir la ayudó a entender partes de sí misma que había tenido enterradas, sobre todo la culpa. Esa culpa pesada y silenciosa que se pega a tantas madres que tuvieron que tomar decisiones imposibles. Pero el memoir la ayudó a ver que sus decisiones, por

dolorosas que fueran, la trajeron hasta aquí. Y aquí, pese a todo, es un buen lugar.

Mi mamá siempre ha sido una sobreviviente. Esa es la palabra que me llega cuando pienso en ella: sobreviviente. Resiliente en su forma más radical. Y desde que tengo memoria le digo mi Dama de Hierro. Pero yo sabía que no era solo mía. Su historia le pertenece a más gente que a nuestra familia. Es el rostro de tantas madres inmigrantes, de tantas mujeres, que han hecho lo impensable por proteger a sus hijxs. Y, siendo honestos, no solo madres inmigrantes. Madres en general. Esa disposición sagrada de entregarlo todo: comodidad, seguridad, sueños, incluso dignidad, por lxs hijxs. Eso no es poca cosa. No es ordinario. Es divino.

Mi mamá hizo eso. Y tantito más.

La gente conoce los brochazos: que dejó a mi papá, que nos trajo a Estados Unidos buscando algo mejor. Pero lo que casi nadie sabe es que su papel de "mamá" empezó mucho antes de tener hijxs propiamente. Tuvo que asumir ese rol desde niña, cuidando a sus hermanxs. Hay un tipo de sacrificio en eso, una adultez prematura que nunca te abandona del todo.

Soy cuidadoso al contar su historia, sobre todo los detalles que no me pertenecen. Hay cosas sagradas. Pero sí puedo hablar de los momentos que me llevaron a crear *Your Iron Lady*. Porque lo que empezó como su proceso de sanación se volvió también el mío.

No fue solo una película para que ella procesara su vida; se volvió un lente a través del cual por fin empecé a entenderla. Por qué era tan protectora. Por qué llevaba límites tan firmes. Por qué ciertas cosas le activaban el silencio y otras la rabia. Empecé a conectar los puntos entre la mujer que me crió y la niña que fue.

Uno de sus dichos de cabecera era: "Un amigo en tu mano, un dólar en tu bolsillo". Lo decía seguido, como mantra. Para ella significaba que no confíes demasiado en nadie, porque nunca sabes cuándo se te van a voltear. La vida se lo enseñó. La lealtad no le sobró

alrededor, y la traición era una herida que conocía muy bien. No entendí hasta mucho después qué tan profundo me moldeó a mí también. Probablemente por eso soy rápido para soltar personas cuando todo se tuerce. No por crueldad, por instinto. Protección, no castigo.

Trabajar juntxs en su memoir nos abrió algo a lxs dos. Platicábamos horas: su infancia, sus sueños, sus miedos, sus arrepentimientos. La vi no solo como mi madre, sino como un ser humano completo, quizá por primera vez. No era solo la mujer que me hacía el lonche y me gritaba que cerrara con llave. Era poeta.

Protectora. Sobreviviente.

Una mujer que nunca nos dejó verla quebrarse.

Y lo más loco: nunca vi llorar a mi mamá. Ni una vez. Sin moretones. Sin señales visibles. Solo silencio. Compostura. Supervivencia. Yo no sabía que algo andaba mal hasta el día que vi a mi padre darle una cachetada. Estábamos en la sala. Yo tendría, ¿nueve? Ese solo instante partió mi infancia en dos. Desde ahí cambió todo. Cambió la imagen que tenía de él. Las piezas empezaron a acomodarse.

Años después, ya en EE. UU., todo salió. Y aún más afloró durante el proceso del memoir. Ahí entendí qué tan hondo se había guardado el dolor, cómo lo escondió bajo la fuerza, la rutina y la maternidad. Escribir le dio un espacio donde por fin, en silencio, pudo respirar.

Recuerdo cuando por fin terminó el manuscrito. Yo venía saliendo del desastre de *Sweet Caroline*. Quemado. Vacío. Perdido, si soy honesto. No sabía si podía, o debía, hacer otra película. Me daba miedo que volver al set despertara ese mismo monstruo que ya había visto en mí. Y si no era capaz de contenerlo, quizá ni estaba hecho para esta carrera.

No era la primera vez que lo sentía. Dudé de todo después de *Blue Line Station*, después de *Valentina* e incluso antes de *Lolita*. Porque la duda no se va. Ahora la reconozco como parte de mi ritmo. Es el

preludio de algo verdadero. Algo grande. Aprendí que el miedo no siempre significa "detente"; a veces significa "ve más hondo".

Así que cuando leí su memoir, en vez de llorar, sonreí. Le dije: "Mamá, estoy orgulloso de ti". Y lo dije en serio. Hizo lo que toda la vida le dio terror hacer. Antes decía que no quería morir siendo "solo una madre".

Y ojo, ella ama ser madre. Lo dice todo el tiempo. Que es lo que mejor hace. Pero una parte siempre se preguntó: ¿y si hubiera ido a la uni? ¿y si hubiera perseguido la escritura?

Mi papá jamás apoyó esa parte. De hecho, cuando descubrió que escribía poesía, la destruyó. La rompió. La tiró. Hojas y hojas de ella, a la basura. Ese fue el momento en que dejó de escribir. Por años.

Yo la animé a volver. Ese memoir lo escribió en, qué, ¿cuatro o cinco años? Tal vez más. Si no me equivoco, empezó antes de que yo siquiera me volviera cineasta. Como siete años antes, quizá más.

Cuando lo terminamos, yo ya quería enseñarlo al mundo. "Busquemos agente", le dije. "Vamos a publicarlo". Pero me paró en seco. "No. No quiero eso".

No quería lastimar a nadie. Esa fue su razón. Simple. Silenciosa. Profundamente personal. Yo discutí. Obvio. "Si no querían que los pintaran como unos assholes", le dije, "pues que no se hubieran portado como assholes". Pero a ella no le interesaba la venganza. Me dijo algo que nunca olvidé: "Aunque te hieran, tú te vas arriba". Esa línea vive en mi cabeza. Me la he repetido en cada desmadre desde entonces: cuando *Strangelove* se cayó, cuando colaboradorxs se volvieron desconocidxs, cuando gente en la que confiaba me decepcionó.

Nuestro motto, por si te lo preguntas, es:

Tú me hieres. Yo te deseo lo mejor.

Que Dios te bendiga. Pero karma's gonna get you, bitch.

Y aun así, perdonó. Incluso a mi padre. No tenía interés en exhibirlo ni arrastrarlo. Sanar, para ella, no era prender fuegos, era apagarlos viejos.

Y luego dijo algo que me cableó de otro modo: "Soy escritora ahora. No necesito estar publicada. Terminé el trabajo. Eso es lo que me hace escritora".

Eso me cambió todo.

No es el resultado lo que nos define. Es el acto. Hacer. Presentarte al trabajo. Que lo vean, lo oigan, lo aplaudan o lo ignoren, eso ya no depende de ti. Pero terminar… eso lo es todo.

Esa verdad me mantuvo cuerdo cuando proyectos tronaron. Cuando pelis a las que les dejé el alma nunca vieron la luz. No me hizo menos director. Igual hice el trabajo. Eso cuenta.

Así que dejamos el memoir descansar. Pasó casi un año. Pero su historia, su camino, me seguía jalando. Empecé a bosquejar esta idea: una mujer que se muda a EE. UU., pone un puestecito en la calle, vende juguetes y construye algo de la nada por sus hijxs. Era ficción, técnicamente. Pero tenía sus huellas por todas partes.

Y un día, en una cena en la casa, mi hermanita, Victoria Del Rosal—protagonista de *Valentina*—nos visitaba. Conocía el memoir. Conocía a mi mamá. Comíamos, reíamos, nos poníamos al día, y le conté la historia que estaba armando. Y dijo: "Eso suena a la historia de tu mamá".

Y antes de que yo contestara, volteó con mi mamá: "Tere, si no quieres publicar tu libro, ¿por qué no dejas que Jorge lo haga película?"

Nunca voy a olvidar lo que pasó. Mi mamá me miró. No dijo sí. No dijo no.

Solo dijo: "Lo voy a pensar".

Esa noche, después de que Victoria se fue, mi mamá me sentó.

No se veía enojada. Tampoco en paz. Tenía esa quietud pesada en la cara, la que solo cargas cuando el corazón está procesando algo atrás. Conozco esa mirada. La vi creciendo, justo antes de decir algo grande. Algo que importa. Y quizá parte de mí ya sabía que venía, porque el cuarto de pronto se sintió más apretado. Como si hasta el aire se hubiera puesto en pausa.

Me dijo: "Jorge, te voy a preguntar algo. Y quiero que seas honesto".

Le dije: "Ok. ¿Qué pasó?"

"¿Pusiste a Victoria para esto?"

Y pum, se me apretó el pecho. "¿Para qué?"

"Para que me convenciera de convertir mi libro en película. Para convencerte".

Me quedé atónito un segundo, no porque me ofendiera, sino porque entendí por qué lo preguntaba. Mi mamá no es ingenua. No se deja llevar fácil. Así que que alguien como Victoria empujara la idea le hizo cuestionar: ¿esto es real? ¿o está orquestado?

Le dije: "No, Ma. Absolutamente no. Victoria sabe del memoir porque tú y yo le contamos. Le hemos hablado de él. Y tú misma le contaste pedazos de tu vida, historias, capítulos. No te está manipulando. Solo ve lo que yo veo: que tu historia importa".

Se quedó callada. Luego me preguntó de frente: "¿Tú quieres convertir mi libro en película?"

No dudé, pero tampoco di respuesta limpia. Le dije: "Sí y no".

Porque la verdad es esa. Sí quería contar su historia. Creo en su historia. Pero me daba terror. El peso. La intimidad. La crudeza de tomar el dolor de alguien que amas y traducirlo para que el mundo lo juzgue, lo desmenuce, lo malinterprete. Eso no es fácil. Menos cuando es tu madre.

Le dije: “Creo que tu historia es importante. Es especial. Es jodidamente triste, pero de una forma que puede romper a la gente para bien y ayudarles a sanar. Si se hace bien, la gente va a acercarse. Se van a ver en ti, sobre todo las mamás. Mujeres que han sobrevivido. Mujeres que han cargado todo y han sido vistas como nada”.

Sus dedos se enredaban, jugando entre sí, como buscando un ritmo para calmarse. Ese detalle se me quedó. No sé por qué. Tal vez porque incluso ahí intentaba llevar la conversación con gracia. Pero en sus manos se veía el peso.

Entonces preguntó: “Bueno. ¿Y cómo le hacemos?”

No hubo pausa. Ni momento dramático de reflexión. Solo… se lanzó.

Eso me sacudió más que nada. Ni un “¿estás seguro?” ni un “déjame dormirlo”. Solo: si lo vamos a hacer, ¿cómo?

Le dije: “Pues… empezamos con que me des permiso. Legal, emocional y artísticamente tienes que autorizarme adaptar tu memoir en guion”.

Asintió despacito. Y dijo: “Dos condiciones”. “Va”, le dije. “¿Cuáles?”

“Una… solo muestras de 1998 a 2001. Y ya. El año en que dejé a tu padre. El año en que dejé México. El año en que llegamos a Estados Unidos. El año en que nació Savannah. Nada antes. Nada después”.

Asenté. “Listo. Ok”.

“Y dos…” hizo pausa, me miró, “convences a Victoria de que me interprete”.

Solté una risita nerviosa. No porque fuera chistoso, sino porque todo se volvió real de golpe. Ya no era charla: era plano de obra.

Le dije: “Sale. Déjame concentrarme primero en escribir. Déjame descifrar eso. Y cuando tengamos algo… le pedimos a Victoria”.

Pero la neta… ya estaba en pánico. Mi cabeza a mil. ¿Sí puedo escribir esto? ¿Va a estar a la altura? ¿Y si la riego? ¿Y si le muestro una versión de su vida y no se reconoce?

Porque ya he escrito historias. Sobre mujeres. Sobre lucha. Sobre supervivencia. Pero esto no era ficción. No era un personaje al que pudiera cambiar o pulir. Era mi mamá. La mujer que me cargó a través del infierno de ida y vuelta.

Y más que nada, no quería que esto fuera un capricho. No quería romantizarla ni hacer pornomiseria. No quería escribir una peli de "todo bien" que le brinque al dolor. La quería honesta. Desordenada. Humana.

Esa noche me senté en mi cuarto y recé.

Dije: Dios, lo voy a hacer. Pero guíame. No dejes que me pierda en esto. Y no dejes que la pierda a ella.

Escribir ese guion ha sido de lo más difícil que he hecho.

Me tomó casi un año. Y en ese tiempo, me rompí. De verdad. Hubo noches en que lloré hasta quedarme sin aire. Noches viendo fotos, cartas, diarios viejos, derrumbándome. No solo por el dolor en su historia, sino porque espejeaba demasiado de la mía.

No fue hasta que nos sentamos juntxs, en la cocina, a leer el draft final… que entendí lo que habíamos hecho. Ella lloraba. Yo lloraba. Y por primera vez no éramos madre e hijo. Éramos dos humanxs… tratando de entender el peso de lo que sobrevivimos.

Me preguntó: "¿Cómo la vas a dirigir?"

Le dije: "Desde mi punto de vista. No porque quiera hacerla sobre mí. Sino porque yo estuve ahí. Y si la voy a mostrar con verdad, la gente tiene que ver lo que yo vi: una mujer que caminó por el infierno cargando a sus hijxs y aun así pudo mirar al mundo de frente".

Sonrió. Dijo: “Ok”.

Un par de semanas después me senté con Victoria.

Le llevé el guion y le dije: “Vamos a hacer la película del memoir de mi mamá”.

Sonrió y dijo: “Lo sé. Tu mamá me llamó. Me pidió que la interpretara”.

Me reí. Claro. Mi mamá siempre va cinco pasos adelante.

Victoria dijo que sí. Sin titubear. Pero igual… yo estaba nervioso. Porque por cercanxs que fuéramos, por talentosa que es, sabía que la gente iba a cuestionar. ¿Se parece a tu mamá? ¿La va a entender?

Productorxs se resistieron. Querían castear a otra. Pero les enseñé fotos. Les mostré a mi mamá a sus cuarentas, con faldas lápiz y tacones, trabajando en el distrito de la moda en L.A., sobreviviendo abuso y aún presentándose a la vida con gracia.

Esa mujer era más que su dolor. Era estilo. Era presencia.

Y Victoria también lo tenía.

Luego vino el casting. Hermoso. Colaborativo. Esperanzador. Y luego… el golpe.

Hicimos una cena para contárselo a mis hermanxs. Pensamos que se iban a enorgullecer. Pensamos que iban a entender.

No.

Se enojaron. Se hirieron. Se desconectaron. Lxs tres dejaron de hablarme durante el rodaje. Se sintieron traicionadxs.

Y lo entendí. De veras. Pero dolió como el carajo.

Después de esa cena, fui con mi mamá. Le dije: “Si quieres que pare, paro. Lo detengo ahorita”.

Ella: “No. He vivido demasiado haciendo lo que otrxs querían. Amo a mis hijxs, pero esta es mi vida. Y no dejaré que me callen como antes”.

Ahí entendí que esto no era solo una película para ella. Era libertad.

Luego se enteró la prensa. Una foto de Victoria y mi mamá se volvió viral en el set. “Teresa conoce a la verdadera Teresa”. *People en Español* lo levantó. De pronto, era público.

Y al cuarto día de rodaje… me llamó mi papá. Tranquilo. Pero de esa calma que te hiela la sangre.

Dijo que estaba decepcionado. Que lo que yo hacía era “vicioso”. Y me quebré.

Le dije: “Tú no decides qué es vicioso. No cuando fuiste el monstruo más grande en la vida de mi madre”.

Hoy me arrepiento. Mucho.

Porque su historia, su matrimonio, su dolor, no me pertenecen. Pero en ese momento yo seguía sanando. Seguía enojado. Y el enojo te hace sentir poderoso, aunque solo cubra el dolor.

Él dijo: “En esta vida hay consecuencias. Eres mi hijo. Pero no voy a dejar que me dañes a mí o a mi esposa. Haré lo que tenga que hacer. Incluso legalmente”.

Y ahí… entendí.

Esto no era solo un memoir, ni un guion, ni una peli. Era tormenta.

Recuerdo lo último que le dije: “Dios te bendiga… pero vete a la chingada”.

Y colgué. Así, sin más.

No le hablé después. Ni una vez. Por un buen rato. Y si hoy lo reviso, no fue un acto heroico. No fue por fin “ponerme de pie”.

Fue… cansancio. No era el tipo de enojo que termina o libera, era el que se fermenta tanto que deja de ser venganza y se vuelve supervivencia. Era soltar peso muerto, aunque fuera alguien a quien llevaste toda la vida intentando sostener.

Colgué porque ya no podía. Me cansé de intentar probar que merecía amor. Me cansé de pelear por un respeto que sabía que no iba a llegar. Y entendí algo: esto ya no era sobre mí. No se trataba de arreglar lo irrecuperable. Se trataba de aceptar que quizá hay cosas, hay personas, que no son para "arreglar". Son para dejar ir. Yo no estaba listx todavía, pero ya no había opción.

La verdad es que esa llamada no solo cerró una conversación; abrió una realidad nueva. Entendí que la familia por la que yo creía pelear, para la que creía estar construyendo, tenía su propio set de traumas sin resolver, y yo ya no era responsable de cargarlos.

Así que seguí. Me presenté al rodaje. Porque eso haces cuando ya te comprometiste. Cabeza abajo, empujar, pretender que todo está bien aunque el peso te esté hundiendo.

Pero te juro: para el día siete, me estaba ahogando. Cargaba el peso de una vida de dolor y ahora el de una peli que sentía que podía terminar de romperme. Pero Victoria… me vio. Me leyó.

Me sentó y preguntó: "¿Qué está pasando?"

Y ya no pude sostener. Se rompió la represa. Hablé. Todo. La pelea con mis hermanxs, el silencio de mi papá, la culpa de sentir que esta película nos iba a partir antes de lograr lo que debía.

Nunca voy a olvidar lo que me dijo.

"Lo que no puedes controlar, no lo puedes controlar".

Sin azúcar. Sin consuelos baratos. No me dijo "va a estar bien" ni que todo iba a encajar. Me dijo que me recargara en eso, que usara ese miedo, esa vulnerabilidad, porque eso la iba a hacer real.

Y me soltó una que no olvido: “Tu mamá te respalda. Yo te respaldo. La gente que te ama te respalda. Lxs demás… están asustadxs. Están dolidxs. Pero eso no significa que no te amen”.

Sentí un shift. Me dio permiso de sentirlo todo. Me dio permiso de ser humano.

Y lo necesitaba. Porque llevaba años sin ser humano. Era el hijo, el hermano, el protector. Siempre el que sostiene, asegurando que lxs demás estén bien mientras yo me ahogaba por dentro. En ese momento entendí que ya no tenía que cargar. Que no tenía que fingir.

Dejé que esa vulnerabilidad alimentara el trabajo. Seguí. Y estuvo duro. La historia de mi mamá se contó en tiempo real: cada pelea, cada lágrima, cada corazón roto. La verdad de su lucha, de cómo la callaron tantos años, cobró vida en el set. Y quienes la interpretaban —quienes nos interpretaban—no solo actuaron. Vivieron esos momentos.

Hay una escena donde mi mamá cruza la calle corriendo para abrazar a mi hermano, y se sintió como cada abrazo que siempre quise darle y no pude. La filmamos justo donde mi mamá puso su primer negocio con mi hermana. En la esquina de Maple y la Octava en el centro de L.A., el lugar exacto donde todo empezó. Y cada vez que caminé esa calle, sentí que cargaba todo: su sacrificio, su dolor, su resistencia.

Hubo momentos en los que no podía dejar de llorar. No era actuación. Era memoria. Acordarme de cómo tuvimos que pelear para sobrevivir. De las horas en el camión, de las noches a solas en ese depa minúsculo en Gardena. Usamos pedazos de su vida, su ropa vieja, cosas que guardó por años, para recrear escenas que parecían revivirlas. No fue solo una película. Fue terapia. Fue sanación. Fue ajuste de cuentas.

Cuando terminó el rodaje, pensé que ya. Que por fin podría respirar. Pero la vida tenía otros planes.

Un mes después… perdí el trabajo. Tuve que regresarme a vivir con mi mamá.

Se sintió como fracaso total. Como si lo hubiera perdido todo. Pero la película… era lo único que me quedaba. Así que me volqué en ella. Día y noche. No tenía plan B. No tenía nada que agarrar excepto este pedazo de mí, de nosotrxs, que estaba por salir al mundo.

En mi cumpleaños la proyecté para mi mamá y mis hermanxs. Nos quedamos en silencio al final. No el silencio en paz. No el de "todo bien". El silencio que llena el cuarto con lo que nos da miedo decir. El que suena más fuerte que las palabras. Después, lloramos y nos abrazamos. Mis hermanxs se disculparon y me felicitaron por hacer algo real.

Al rato dije: "Tengo miedo. Esto es más grande de lo que pensé".

Y mi mamá—mi mamá, que pasó una vida silenciada, enterrando su verdad—me dijo: "Esto es más grande que nosotrxs, pero hay que soltarlo. Hay que dejar que el mundo lo vea".

Esa noche no sabíamos qué venía. El mundo estaba por cambiar de formas que ni imaginábamos. La pandemia apenas comenzaba. Festivales cancelando, el futuro incierto. Pero mi mamá dijo algo que se me quedó: "It is what it is".

Y luego, pasó lo imposible.

Un par de semanas después, los Golden Globes publicaron nuestro tráiler. Nos pidieron someter la peli a consideración. De pronto, estábamos en campaña. Una independiente siendo tomada en serio por la industria. *Los Angeles Times* la llamó "una carta de amor a todas las madres del mundo".

Pero el premio más grande fue ver cómo conectó con la gente. Personas que vivieron el mismo silencio, el mismo abuso, el mismo dolor. Mujeres paraban a mi mamá en las tiendas: "Gracias. Gracias por contar tu historia. Gracias por contar la mía".

No eran los premios. Ni el reconocimiento. Era la verdad. Era el poder de una mujer encontrando su voz.

Y ahí entendí el regalo real que me dio esta película: saber que por más duro que se ponga, por más que intenten tumbarnos, nuestras voces son sagradas. Nuestras verdades son sagradas. Y cuando las hablas, cuando dejas que se escuchen, son fuerza. Nadie te la quita.

Mi papá vio la película y, obvio, no estuvo contento. Intentó amenazar, legalmente, intentar callarnos otra vez. Pero mi mamá ni parpadeó. Le dijo directo: "Si te vas contra mi hijo, me voy pública. Le digo a todo mundo exactamente quién eres".

Y ahí entendí lo más importante: mi mamá por fin encontró su voz.

No hizo una película ni escribió un memoir por fama. Lo hizo por ella. Porque necesitaba ser escuchada. Porque merecía ser escuchada.

Y como resultado, lxs dos encontramos las nuestras.

Y pase lo que pase, diga quien diga lo que diga, nunca volveremos a callarnos.

Punto.

Capítulo Veinte

ELIMINADO DE MI VIDA

No sé si es el tiempo o simplemente que me estoy haciendo mayor, pero algo en mí ha cambiado. Tal vez ni siquiera sea la edad; tal vez simplemente ya me cansé. Cansado de intentar sostener cosas que nunca estaban destinadas a durar. Cansado de cargar con el peso de relaciones que dejaron de sentirse bien hace mucho tiempo, pero que mantuve por costumbre, culpa, o alguna versión vieja de lealtad que me decía que le debía a la gente más de lo que ellos alguna vez me dieron. Antes pensaba que cortar a alguien era frío. Duro. Que si de verdad amaba a alguien, debía seguir intentando. Que alejarme significaba rendirme demasiado pronto. Pero ahora lo veo diferente.

Hoy ya no dudo. No porque no me importe, sino porque me importo demasiado a mí mismo como para seguir invitando el daño disfrazado de historia compartida. Antes me encogía, me rebajaba, solo para mantener la paz en el cuarto, sin darme cuenta que estaba rompiendo la paz dentro de mí. ¿Y ahora? Lo único que pido de la gente en mi vida es paz. Eso es todo. No persigo atención, validación, favores, ni comodidades que vienen con un precio. No busco que alguien me salve. Aprendí a sentarme conmigo mismo. Aprendí a guardar suficiente silencio para distinguir entre soledad y alivio.

Si tu presencia hace que mi pecho se apriete o que mi espíritu se apague, ya no explico nada. Ya no pregunto por qué cambiaste, o por qué se siente distinto, ni ruego por la versión de ti que alguna vez conocí. Ahora confío en el cambio. Confío en mi cuerpo cuando me dice que la energía de alguien no es segura. Confío en la incomodidad. Y confío en el silencio que queda cuando esa persona

se va, ese silencio profundo y constante que no me pide nada, que me deja respirar otra vez. Duele, a veces. No todas las despedidas se sienten limpias. Algunas duelen. Algunas todavía pican cuando paso por ciertos lugares o escucho cierta canción. Pero incluso así, no regreso. He aprendido que extrañar a alguien no significa que pertenezca a tu vida. Solo significa que alguna vez importó. Y con eso basta.

Lo admito: recientemente rompí mi propia regla. La que juré y perjuré que no volvería a romper. Dejé que alguien regresara. Alguien de quien ya me había alejado. Alguien que me había demostrado, claro y más de una vez, que no sabía cómo cuidar mi corazón. Pero lo dejé entrar de nuevo. Quizá fue mi lado empático, esa parte que sigue viendo al niño herido detrás del daño. Quizá fue ese punto débil que tengo por la gente que he amado, incluso cuando me ha lastimado. O quizá, en el fondo, todavía creía que perdonar significaba dar acceso otra vez. Que sanar significaba reunirse. Que el tiempo había cambiado algo.

Fuera lo que fuera, abrí tantito la puerta. Solo lo suficiente para que se colara de nuevo. Y en el momento en que lo hice, todo lo que había trabajado tanto por reconstruir empezó a tambalearse. No de manera obvia ni dramática al principio. Fue sutil. De esas desintegraciones que no notas hasta que ya estás metido hasta el cuello, hasta que tu paz empieza a sentirse como un recuerdo, tu sueño vuelve a ser ligero y te descubres cuestionando cosas que no habías cuestionado en meses. La alineación por la que había luchado, rezado y sangrado, se había ido. Mi ritmo estaba perdido. Mis límites comenzaron a difuminarse. Mi energía otra vez estaba cansada. Y ahí entendí: la lección había regresado, no para castigarme, sino para ver si realmente hablaba en serio.

A veces, lo más difícil no es alejarte la primera vez, sino mantenerte lejos cuando tu corazón aún tiene esperanza. Es mirar a alguien que una vez sostuviste con tanta ternura y finalmente elegirte a ti mismo, incluso cuando eso te rompe el corazón. Aprendí, otra vez, que amar a alguien y dejarlo ir pueden existir en el mismo respiro.

Que puedo perdonarte y aun así mantener la puerta cerrada. Que la paz es demasiado cara para arriesgarla, ni por nostalgia, ni por amor.

Y aquí está el asunto: la energía es real. No es una palabra de moda espiritual. Es real. Tangible. Pesada cuando está mal, ligera cuando está bien. La energía es contagiosa. Absorbes a la gente que tienes cerca, lo quieras o no. Cuando estás rodeado de personas que vibran como tú, que se mueven con honestidad, que buscan crecer, que dan sin llevar la cuenta; la vida encuentra un ritmo. Hay una fluidez natural. Tus pasos se sienten más ligeros, tu respiración más profunda. Vuelves a creer en tu propio impulso.

Pero basta una sola persona, una frecuencia desajustada, para tirar todo al caos. Cuando alguien carga con amargura, envidia, negatividad, no se queda solo en sus manos. Se derrama. Infecta. Se instala en tu espacio como polvo bajo la luz del sol, sutil, pero en todas partes. Un texto, una mirada, una conversación que se siente más como un drenaje que como una conexión, y de repente, todo se siente más pesado. Más lento. Menos tuyo.

Así que llamemos a esta ex "amiga" por lo que es: Chernóbil #3.

Porque todo lo que envenena mi paz, todo lo que irradia destrucción incluso cuando viene envuelto en una sonrisa, nostalgia o "buenas intenciones," eso es un Chernóbil. Y como el verdadero, el daño no siempre se manifiesta en explosiones. A veces se filtra. Callado. Suave. Se arrastra en tu ánimo, tus hábitos, tus pensamientos. Hasta que un día despiertas en una versión de tu vida que apenas reconoces, abrumado, ansioso y desgastado emocionalmente, preguntándote cómo permitiste que pasara otra vez.

He aprendido a poner atención. A no dudar de esa primera corazonada, de ese destello de incomodidad. Porque la paz no se anuncia, pero su ausencia grita. Y me niego a seguir permitiendo radiación emocional en espacios que me ha costado demasiado trabajo purificar.

De ahora en adelante, cuando lo sienta, esa fuga lenta, ese cambio sutil, no espero confirmación. No espero pruebas. No espero a desmoronarme. Lo nombro. Cierro la puerta. Me voy.

Y no volteo atrás.

Conocí a Chernóbil #3 por una amiga en común, en una fiesta. Ya sabes cómo es: dos artistas, dos creativos en una ciudad como L.A., uniéndose por sueños compartidos y vino barato en copas caras. Esa clase de noche donde todos prometen que van a triunfar, y el aire está cargado de ambición y de actuación. Conectamos rápido. Ella era magnética, graciosa, ágil, con ese filo que muchos confunden con autenticidad. Tenía un carisma que parecía natural, que atraía a la gente, que te hacía sentir como si fueras la única persona en el cuarto. Material de "mejor amiga".

Por eso durante un tiempo la consideré una de mis amigas más cercanas. Hablábamos de todo: arte, traumas, exes, sanar. La dejé entrar porque parecía que entendía. Le contaba mis ideas, le dejaba leer mis guiones. Sabía decir las palabras correctas, el lenguaje de la "autoconciencia," esa suavidad curada que muchos llevan en los espacios creativos. Pero con el tiempo, las banderas rojas no solo ondeaban, gritaban.

Empezó con cosas pequeñas. Bromas que no caían bien. Comentarios sobre mi trabajo que sonaban más a críticas que a apoyo. Cumplidos envenenados disfrazados de chistes. Indirectas sobre mi salud mental, lanzadas casualmente y seguidas de un "Sabes que estoy bromeando, ¿verdad?" Pero ya aprendí a fijarme en las bromas. Siempre llevan verdad. La gente rara vez dice algo que no cree; solo suavizan el golpe con risa para que sea más difícil llamarlo por lo que es.

Aun así, lo ignoré. Porque así me enseñaron: a ser comprensivo. A dar gracia. A asumir lo mejor de la gente, especialmente de quienes me importan. No quería creer que alguien con quien había compartido tanto pudiera ser envidiosa. Cruel. Calculadora.

Pero todo cambió cuando empecé a trabajar en mi película, *Lolita*. Ahí fue cuando la máscara empezó a resbalar. Personas en las que confiaba comenzaron a acercarse en eventos, a escribirme tarde en la noche, preguntándome por qué era amigo de ella, seguido de "la escuché hablar de ti." Burlándose. Minimizando mi trabajo. Una persona incluso grabó lo que decía: demasiado específico, demasiado cruel, demasiado detallado para sacarlo de contexto. Y aun así, dudé. No me gusta el chisme. No me gusta el ida y vuelta. Yo creo en ir directo a la fuente. Así que le pregunté, sencillo, calmado: "¿Dijiste esto? Y si sí, ¿por qué?"

No fui con acusaciones. Fui con curiosidad. Porque no estaba enojado. Estaba herido. Quería entender de verdad qué había hecho yo para merecer esa traición. Y nunca olvidaré lo defensiva que se puso. Ese es el problema con los culpables: reaccionan con fuego, incluso cuando lo único que traes es agua. Ni siquiera mencioné la grabación. No fue necesario. Su reacción me dijo todo lo que tenía que saber.

No pudo darme una respuesta real. Solo evasivas. Actitud. Nada de disculpas, nada de responsabilidad, solo ego y negación. Así que hice lo único que sabía hacer. La corté. En seco. Sin textos largos. Sin despedidas dramáticas. Sin explicaciones. Solo silencio.

Y por un tiempo, estuvo bien. Mejor que bien. Mi vida se volvió tranquila en el mejor sentido. Mi trabajo fluyó. Mi mente estaba clara. Mi círculo se hizo más pequeño, sí, pero se volvió real. Más honesto. Mi energía, mi espacio, mi espíritu, todo volvió a sentirse mío. La paz no necesita ser ruidosa. Solo necesita ser constante. Y por primera vez en mucho tiempo, la tuve.

Y luego, rompí mi propia regla.

Ni siquiera sé por qué. Tal vez fue un momento de debilidad. Tal vez fue esa versión vieja de mí, la que todavía quería creer lo mejor de la gente. O tal vez aún guardaba un punto débil por la idea de ella, no la realidad. La parte que pensé que era auténtica. Fuera lo que

fuera, la dejé entrar otra vez. Solo un poco. Un mensaje casual. Un "¿cómo estás?". Una cena que se convirtió en conversación. Y antes de darme cuenta, estaba de vuelta en mi vida, sonriendo igual, diciéndome otra vez todas las palabras correctas.

Y justo como antes, todo empezó a desmoronarse.

Los proyectos se estancaron. Oportunidades se me escapaban entre los dedos como arena. Reuniones se cancelaban. Las llamadas dejaban de llegar. Al principio pensé que era la vida, el timing, los retrasos, la industria siendo la industria. Pero en el fondo, lo sabía. Lo sentía. Algo estaba mal. Mi impulso se había frenado, y lo único que había cambiado… era ella.

Las conversaciones con ella siempre venían disfrazadas de ligereza: sarcasmo, bromas, apoyo falso. Pero el trasfondo era pesado. Nunca decía lo que realmente pensaba de frente, pero el mensaje era claro. "¿Cómo va tu proyectito?" decía, con la boca torcida en una sonrisa. Proyectito. Lo disminuía en dos palabras. O decía: "Qué suerte tienes. Ojalá yo estuviera ocupada como tú." Pero la forma en que lo decía no era admiración; era amargura. Como si mi éxito fuera algo injusto. Como si yo le hubiera quitado algo solo por existir en mi propio carril.

Empezó a pedirme cosas. Ayuda con audiciones. Recomendaciones. Un papel en mi siguiente proyecto. Lo insinuaba, lo presionaba, usaba nuestra amistad como moneda de cambio. Pero ni una sola vez, nunca, me preguntó cómo estaba yo de verdad. No me veía. Solo veía lo que podía sacarme. Eso tienen los que solo saben tomar: no saben cuándo parar. Siguen jalando y jalando hasta dejarte seco. Y aun así actúan como si todavía les debieras más.

Tuve que sentarme conmigo mismo, y con mi esposo, y admitir lo que no quería decir en voz alta: cometí un error. La dejé regresar pensando que sería diferente. Que quizá el tiempo había suavizado el resentimiento que cargaba. Que quizá el perdón podría arreglar lo roto. Pero no. Esa energía pesada que pensé que podía limpiar con

bondad regresó, con toda su fuerza. Y no solo me afectó a mí. Se filtró en todo lo que tocaba. Mi trabajo. Mi ánimo. Mi hogar. Se sintió como intentar sembrar flores en tierra envenenada.

Ahí fue cuando entendí algo que ojalá hubiera aprendido antes: perdonar es una cosa. Reconciliarse es otra.

Puedo perdonarte. Puedo soltar la rabia, dejar ir el resentimiento, desearte lo mejor desde lejos. Y aun así nunca más querer hablarte. Eso no es amargura. Son límites. Es sabiduría ganada a la mala. Es saber que la paz no es algo que mendigas o negocias, es algo que proteges, sin descanso. Y si alguien te cuesta tu paz, una y otra vez, lo más amoroso que puedes hacer, por los dos, es alejarte y quedarte lejos.

Y eso fue exactamente lo que hice. Ahora sí, para siempre.

La gente dice que soy muy duro. Que corto a la gente demasiado rápido. Uno de mis amigos más cercanos, alguien cuyo criterio sí respeto, me dijo que quizá necesito sanar la parte de mí que me hace bloquear y eliminar tan rápido. Y escucha… quizá tenga razón. Quizá sí hay algo ahí. Una herida. Un mecanismo de defensa. Una parte de mí que aprendió, desde temprano, que quedarte demasiado tiempo en el cuarto equivocado te puede costar todo: tu paz, tu claridad, tu sentido de ti mismo. Así que sí, quizá es protección. Pero, ¿siempre es algo malo?

Porque también creo en los límites. Profundamente. Con fuerza. La gente de corazón suave necesita límites fuertes, o el mundo se los traga enteros. Y cuando alguien te muestra quién es, no con palabras, sino con patrones, con energía, con la manera en que te trata cuando no eres conveniente, no necesito una secuela. Ya vi la película. Sé cómo termina. Y adelanto el final: siempre es el mismo. Caos. Decepción. Silencio que llega demasiado tarde.

Algunos dicen que exagero. Que soy demasiado sensible. Demasiado rencoroso. Pero déjame preguntarte algo real: ¿alguna vez has entrado a un cuarto y sentido que el aire cambia solo por una

persona? ¿Alguna vez has estado frente a alguien que sonríe, ríe, finge su papel, y aun así, algo dentro de ti te susurra "vete"? Eso no es paranoia. No es drama. Eso es energía. Es tu espíritu reconociendo algo que tu mente aún no procesa del todo. Y yo he aprendido a escuchar esa voz. Ahora confío en ella, porque cada vez que la ignoré, lo pagué caro.

Así que no, no hago "small talk" en cuartos tóxicos. No me río falso en mesas donde no me siento visto. No me siento en cenas incómodas solo para guardar apariencias. Esa versión de mí, la que se quedaba por ser "educado," la que se tragaba la incomodidad solo para mantener la paz, ya murió. La enterré con cariño, pero no pienso resucitarla.

Si entro a una fiesta y la vibra está mal, me voy. Sin despedidas. Sin sonrisas falsas. Sin quedarme a hacer sentir cómodos a otros. Solo yo, saliendo por la puerta trasera con mi paz intacta. Porque a estas alturas de mi vida, ya hice las paces con ser malinterpretado. Lo que no voy a hacer es quedarme en espacios que me hacen dudar de mí mismo.

He dejado de disculparme por elegirme. Por elegir paz. Por elegir silencio sobre caos, profundidad sobre ruido, soledad sobre conexiones superficiales. Mi círculo es pequeño: tres amigos sólidos, y cuatro si cuentas a mi esposo, y claro que lo cuento. Eso es todo. Eso basta. Eso, y mi propia compañía. Porque aquí está la verdad: no mueres de estar solo. Mueres de quedarte demasiado tiempo en cuartos donde tu alma no puede respirar. De tragarte tu incomodidad solo para mantener la paz de todos menos la tuya. De apagar tu luz para que otros no se sientan inseguros en sus propias sombras.

He aprendido, a la mala, que la gente cambia. A veces lentamente, a veces de golpe. Y cuando la envidia echa raíces en el corazón de alguien, lo tuerce todo. Convierte la admiración en resentimiento, el apoyo en sabotaje. Es un tipo de traición silenciosa, la que sonríe y te abraza mientras planta dudas a tus espaldas. Y una vez que

sientes ese cambio, una vez que lo ves por lo que es, no puedes dejar de verlo. Ni debes.

Así que no, no soy frío. No soy cruel. Solo estoy claro. Claro en lo que sí y en lo que no voy a permitir en mi vida. Se acabó entretener Chernóbiles. Se acabó fingir que toda conexión es sagrada, que toda persona merece una segunda, tercera, cuarta oportunidad para hacerme el mismo daño.

No me importa cómo se vea. Me importa cómo se siente. Y si proteger mi paz me hace parecer duro, que así sea. Duro me mantiene entero. Duro mantiene mi espíritu ligero. Duro mantiene mi alegría protegida.

Porque al final del día, no hay nada en este mundo, ni una sola cosa, que valga más que mi paz. Ni el amor. Ni la amistad. Ni la ilusión de pertenecer.

Si la energía está mal, me voy. Y no le debo explicación a nadie por eso.

Punto.

Capítulo Veintiuno

EL TRAUMA LATINO

Existe esta idea de que llegar a Estados Unidos significa que viniste a cumplir el Sueño Americano, pero en realidad, terminamos solo sobreviviendo.

A eso le llamo El trauma del latino indocumentado. O, a veces, simplemente El trauma latino. Porque aunque los papeles lleguen después, el peso no se levanta. Sigue ahí, tejido en la tela de quien eres, enredado en tu historia y en tus huesos. Es el trauma de vivir en modo supervivencia constante, de sentir que tu valor se mide por cuánto puedes aguantar y no por cuánto te permiten soñar.

Vengo de una familia construida sobre la idea de que sobrevivir es el sueño. Esa es la aspiración más alta. ¿Y soñar más allá de la supervivencia? Eso es una traición. Es atreverte a ser algo distinto a "agradecido" por lo mínimo indispensable, por el simple hecho de llegar vivo a otro día. Eso es pedir demasiado. Es creer que puedes pedir más, y es creer que lo mereces.

Cuando yo crecía no había vacaciones. No había tiempo para descansar, ni espacio para respirar. No había días de enfermedad en la escuela porque faltar significaba atrasarte, y atrasarte significaba que quizá nunca te ibas a poner al corriente. No existía el lujo de dejar que la mente divagara, de imaginar un futuro más allá de las broncas del presente. Y olvídate de programas después de clases: ni teatro, ni música, ni debate. Cosas que se sienten "de más" cuando cada dólar cuenta, cuando cada minuto se gasta correteando para alcanzar, para salir, para apenas irla librando.

Si te atrevías a imaginar algo que no fuera estrictamente necesario—algo más allá de sobrevivir, de "irla pasando", de asegurarte de que las luces siguieran encendidas y el refri con comida—ya era demasiado. Era egoísta. Era un lujo. Era un acto de traición contra la idea misma de supervivencia que mantenía unida a la familia viviendo en otro país.

Nos enseñaron que teníamos que demostrar que éramos dignos de todo lo que queríamos, y eso tenía un precio. El precio siempre fue trabajar más que los demás, hacer más con menos, y jamás permitirte el lujo de pensar que podías pedir algo más grande que la pura supervivencia. La idea de aspirar se sentía como un idioma ajeno, como un sueño para alguien más. ¿Y el trauma? No se trata solo de lo que no tuvimos. Se trata de lo que no nos dejaron querer. De lo que ni siquiera sabíamos cómo querer porque estábamos demasiado ocupados viviendo a la sombra de la escasez, demasiado ocupados persiguiendo el siguiente paso para sobrevivir como para pensar en el siguiente paso para soñar.

Pero en algún punto aprendí que sobrevivir no es lo mismo que vivir. Y ese sueño, ese sueño que me dijeron que no me tocaba, ahora es mío para perseguir. Es mi derecho de nacimiento, mi herencia. Y no hay trauma que me lo quite.

Me enseñaron—no con crueldad, sino con una especie de amor de supervivencia—que tener cualquier cosa, por pequeña, imperfecta o lejos de lo soñado que fuera, ya era una victoria. Querer más, alcanzar algo mayor, no solo se desalentaba: casi se sentía como pecado. La gratitud no era una virtud admirable; era una obligación. Algo que le debías al universo por darte lo justo para respirar, lo justo para seguir.

Estaba cosido en cada conversación, en cada consejo, tan profundamente tejido en mi crianza que nunca lo cuestioné.

"¿Tienes un techo? Da gracias."

"¿Hay comida en la mesa? Dale gracias a Dios."

“¿Te ofrecieron un trabajo? Acéptalo, aunque no sea el de tus sueños. Es mejor que nada.”

Mejor que nada.

Esa frase era más que un dicho; era el lema no dicho de la familia, el mantra que nos regía. Rebotaba en las paredes, se me metía en la piel, hasta volverse parte de mí. No era solo un consejo; era la verdad que respirábamos. Y en algún momento echó raíces en mi pecho. Se volvió una creencia tan incrustada, tan automática, que empecé a pensar que cualquier cosa más allá de “mejor que nada” era demasiado, muy ambiciosa, demasiado peligrosa para siquiera imaginarla. Aprendí a conformarme. Aprendí a aceptar. Y aprendí a dar gracias por eso.

Con el tiempo entendí que esa “gratitud”, en ese sentido, no iba de apreciar de verdad. Iba de sobrevivir. Iba de hacer las paces con lo mínimo, porque cualquier cosa más parecía inalcanzable, y cualquier cosa menos… bueno, menos ni siquiera se consideraba.

Cuando empecé a atreverme a querer más, aunque fuera tantito más, sentía un peso de culpa, como si pidiera demasiado, como si fuera un malagradecido. Volvía de entrevistas de trabajo y, con una ligera duda, decía: “Me ofrecieron algo, pero no es lo que busco.” Y mi mamá, la mujer que se partió el alma para mantenernos a flote, me miraba casi herida, como si hubiera rechazado un regalo que ella no se podía permitir. Me decía: “Debiste agarrarlo. Ahorita no tienes nada.”

Y así funciona, ¿no? La supervivencia te enseña que no puedes ponerte exigente. Te enseña a aceptar las migajas que te ofrecen, aunque no te queden, aunque te incomoden. Te enseña a decir que sí a todo: sí al trabajo que odias porque es trabajo; sí al cheque que apenas alcanza para la semana porque “algo es algo”; sí a la vida que no escogiste porque es la que hay. Te enseña que tus sueños, tus ganas, tus aspiraciones son lujos, cosas que no te puedes permitir porque siempre hay algo más urgente, algo más necesario.

Y lo entiendo. Sé de dónde viene. La voz de mi mamá no iba solo de una oferta; iba de años de lucha, de años de mantenerse a flote, de años viviendo en un mundo donde el "suficiente" siempre estaba tantito más allá. Su preocupación no era que yo rechazara una oportunidad; era que rechazara la idea misma de la supervivencia, de aferrarte cuando todo alrededor parece resbalarse. Para ella, sobrevivir era la meta máxima, y cualquier cosa más era un sueño lejano para quienes tenían el lujo de elegir.

Pero yo me sentía dividido. Como si estuviera traicionando algo: a mi familia, a mi crianza, incluso a mí mismo. Querer más se sentía como codicia, como si pidiera algo que no me correspondía. Y, sin embargo, en el fondo, yo sabía que no buscaba más por capricho: buscaba algo que me permitiera vivir de verdad, no solo sobrevivir. Pero la culpa se colaba, susurrando que no me estaba permitido querer más. Que mis sueños, por pequeños que fueran, eran demasiado grandes para alguien que venía de la nada.

Romper ese ciclo es difícil: el ciclo de decir "sí" a todo solo porque te lo ofrecen. Es difícil confiar en que vales algo mejor, que mereces una vida que no se construya solo sobre "irla pasando", sino sobre florecer. Y, aun así, de alguna manera, estoy aprendiendo a querer más. Estoy aprendiendo a decir "no" cuando algo no se alinea, aunque signifique pisar lo desconocido, aunque signifique enfrentar esa culpa vieja. Porque, muy dentro, sé que sobrevivir ya no alcanza. Estoy listo para vivir.

No olvidemos la parte en la que te vuelves experto en agarrarte a las cosas con tanta fuerza que las manos te duelen, pero te da miedo soltar. Te aterra que si abres las manos, aunque sea un segundo, todo por lo que has peleado, todo lo que has logrado sostener, se te escape. No es solo el miedo a perder lo que tienes: es el miedo a quedarte otra vez en cero, a regresar a ese lugar donde hasta lo mínimo se siente lejano. Así que te aferras, cada vez más, convenciéndote de que es la única forma de sobrevivir.

Pero en el camino se te olvida.

Se te olvida que se suponía que estabas aguantando por algo mejor. Se te olvida que mereces más que un puñado de supervivencia. Se te olvida que viniste a ocupar espacio en este mundo, a pararte derecho, a reclamar tu lugar con confianza. En vez de eso, aprendes a encogerte, a conformarte, a ocupar calladito las orillas: lo suficiente para existir, pero no tanto como para que te noten. Porque que te noten es peligroso, ¿no? Significa querer más, pedir más, y ese es un lujo que nunca te enseñaron a permitirte. Aprendes que mientras más callado, más seguro.

A veces pienso en todos los sueños secretos que vivieron y murieron en mi familia. Sueños nunca dichos en voz alta porque decirlos era arriesgarlos. Sueños de una vida más allá de "nomás aguantar". Me pregunto cuántos se quedaron sin ver la luz porque los escondieron bajo el peso de la supervivencia, bajo el peso del "no alcanza". Pienso en lo que mis padres habrán deseado y nunca se atrevieron a esperar, porque era más fácil hacer las paces con lo que había que pelear por algo mejor.

Y a veces me cae el veinte: heredé esos sueños no dichos, ese miedo silencioso a esperar más. Pero ahora estoy aprendiendo que no tengo que mantenerlos enterrados. Aprendo que está bien abrir las manos, soltar el miedo y creer que merezco más que solo sobrevivir. Merezco la vida que antes se sentía fuera de mi alcance, y por fin empiezo a creer que está bien aguantarme por ella.

Quizá mi hermano quería ser arquitecto, dibujando rascacielos en servilletas, viendo ciudades que aún no existían en la curva de una línea o en la forma de un edificio. Quizá mi hermana soñaba con ser periodista, persiguiendo la verdad, contando historias que nadie más se atrevía a contar, dándole voz a quienes nunca escuchaban. Y quizá yo quería—no, necesitaba—ser algo más grande que la supervivencia. Algo que no se tratara solo de pasar el día, sino de hacer algo con los días. De hacer algo conmigo. Pero nos criaron en el "ahorita".

Ahorita hay que pagar los recibos.

Ahorita hay que poner comida en la mesa.

Ahorita no hay tiempo para soñar.

Y luego el "ahorita" se convierte en un año. Y ese año, como los de antes, se va resbalando a otro, y a otro, hasta que estás tan metido que ya no recuerdas cómo salir. Y un año se vuelve toda una vida. Y un día despiertas—quizá a los treinta, quizá a los cuarenta, o quizá al borde de una pérdida todavía más grande—y te das cuenta de que te la pasaste sobreviviendo un sueño que nunca fue tuyo. No era tu sueño; era el sueño de la supervivencia, el de hacer lo necesario, el de mantener la cabeza fuera del agua sin importar cuánto tenías que nadar. Pero no es un sueño que te prenda el alma. Es un sueño que te quema por dentro, que te convence de que las migajas son todo lo que vales.

La cosa es que nada de esto nace de la maldad. No viene de falta de amor o apoyo. Viene de algo más complicado, algo tejido en lo que somos. Viene del miedo.

Miedo a no tener suficiente.

Miedo a soñar demasiado, a esperar con tantas ganas que la caída te rompa.

Viene del amor, retorcido, comprimido bajo el peso de generaciones de sacrificio, de hacer lo que haga falta para sobrevivir. Mis padres no querían cortarnos las alas. Simplemente no sabían otra forma de protegernos. En su mundo, aspirar era peligroso. Era un lujo. Era algo que podía quebrarte. Y no podían arriesgar eso, no después de todo lo que ya habían entregado.

Aspirar llevaba a la desilusión. La desilusión, a la desesperación. La desesperación, a la derrota. Y la derrota, para ellos, era algo que no nos podíamos permitir. Era un fracaso contra el que no sabían cómo blindarnos.

Pero yo he aprendido, despacio, con dolor y con terquedad, que ocupar espacio no es una traición. No es una falta de respeto pedir más, querer más. Soñar no solo para sobrevivir, sino para vivir. Para algo más que "irla llevando". Soñar no es peligroso. Es necesario. Es lo que te mantiene humano. Cada vez que entro a un cuarto y pido más—más dinero, más respeto, más oportunidades, más de mí—no peleo solo por el hombre que soy hoy, peleo por cada uno de los sueños que mi familia nunca pudo perseguir. Por cada sueño que mis padres enterraron por amor y por miedo.

Estoy ocupando el espacio del que nos enseñaron a rehuir, el espacio que nos dijeron que no nos tocaba. Me niego a creer que "mejor que nada" es todo lo que valemos, todo lo que hemos valido. ¿Y sabes qué? Da miedo. Dios mío, da mucho miedo.

Porque sobrevivir se siente más seguro. Porque sobrevivir se siente como casa. Porque "casa" es lo que conoces, aunque no sea lo que necesitas. La supervivencia no hace preguntas. No necesita soñar. Solo necesita ser.

Pero yo ya sobreviví suficiente. Y ahora elijo vivir. Respirar, ocupar el espacio que siempre me tocó. Salir de las sombras del "mejor que nada" y entrar a la luz del "más que suficiente".

Es hora. Es hora de vivir.

Me enorgullece decir que este libro, esta historia que estoy escribiendo ahora mismo, es mi ejemplo personal de romper las rejas de la supervivencia. De salir de la sombra del "mejor que nada". Porque, mira, no estaba escribiendo solo para contar mi historia. Estaba escribiendo para sanar. Estaba escribiendo para liberarme del trauma de creer que mi valor estaba atado a qué tan poco podía pedirle a la vida. Este libro es mi declaración de que puedo ocupar espacio, soñar en grande, exigir más para mí. Y al hacerlo, estoy entrando en una versión de mí que nunca pensé posible.

Pero aquí va algo importante: no se trata solo de mí. Este camino de romper con la supervivencia no es solo mío. Es colectivo. Es la historia de mi familia, de mi madre, de mis hermanos, e incluso de quienes vinieron antes, cuyos sueños se apagaron antes de poder decirlos en voz alta. Mis hermanos, por ejemplo, han hecho lo imposible. Han logrado cosas que nunca pensamos posibles, cosas que ni siquiera nos dejaban soñar cuando crecíamos. Verlos dar pasos hacia el futuro que quieren, y no hacia el que les dijeron que se conformaran, me llena de orgullo. Y, la neta, me llena de gratitud, porque si ellos pueden romper las mismas cadenas de las que yo he intentado zafarme, entonces todos estamos sanando.

Sanar del trauma latino indocumentado no es poca cosa. No se trata solo de conseguir papeles o de encontrar una forma de sobrevivir. Se trata de soltar las cadenas invisibles que te atan a la mentalidad del "apenas suficiente". Se trata de rechazar la idea de que naciste para vivir en las sombras, para pelear en silencio por migajas, para convencerte de que sobrevivir es lo mejor que vas a lograr. Se trata de reescribir la historia. Se trata de soñar sin el miedo constante a quebrarte. Se trata de reclamar el derecho a vivir y no solo existir.

Cuando veo a mi madre, a mis hermanos y hasta a mí mismo salir de las sombras de la supervivencia y entrar a un mundo de posibilidades, se siente como si toda una generación estuviera sanando. Sanando no solo por nosotros, sino por quienes vinieron antes y perdieron sus sueños entre tanto sacrificio. Y quizá, solo quizá, les estamos dando a nuestros hijos la oportunidad de hacerlo aún mejor, de creer en sueños que ya no tengan que enterrar bajo el peso de sobrevivir.

Así que este libro, esta historia de romper, de sanar, de recuperar la vida, no es solo mía. Es nuestra. Es el resultado de cada sueño enterrado, de cada miedo enfrentado y de cada paso que dimos hacia un futuro que nunca creímos posible. Y cada vez que entro a un nuevo cuarto, cada vez que pido más, cargo con el peso de cada persona en mi familia que no pudo pedir. Cada vez que hablo, cada vez que levanto la voz, no lo hago solo por mí: lo hago por todos

nosotros, por los sueños que no murieron, que solo esperaban el momento correcto para renacer.

He aprendido que hay poder en salir a la luz, en no pedir perdón por querer más y en darte permiso de pedir lo que de verdad mereces. Y si eso no es el Sueño Americano, entonces no sé qué sea.

Capítulo Veintidós

CHAMBEANDO EN PLENA RECESIÓN

En cuanto entré a la prepa, todos los fines de semana y cualquier día libre que tenía me iba a ayudar en el negocio de la familia. Como mencioné antes, mi mamá empezó chiquito, con un puestito humilde en la esquina de Maple y la 8ª allá por 1998. Lo que comenzó como una mesita llena de sueños, con el tiempo creció. Con años de talacha y sacrificio, abrimos un par de tiendas minoristas en el Distrito de la Moda del centro de Los Ángeles. Para cuando yo era adolescente, ayudar en el negocio no solo se alentaba: se esperaba. ¿Y la verdad? Me gustaba.

Me daba una vista de primera fila de lo que mi familia intentaba construir. Me daba orgullo saber que estábamos apartando un cachito de este país para nosotros. Por un rato, todo floreció. El negocio iba con todo. Nuestros fines de semana eran largos y agotadores, pero valía la pena. Y luego llegó 2008, y todo se nos fue por el caño.

Es una locura escribir este capítulo ahora, porque mientras estoy aquí sentado estamos al borde de otra recesión económica enorme. La ansiedad en el aire se siente inquietantemente familiar, como un fantasma del pasado tocando la puerta. Recuerdo cómo se sentía cuando todo era "normal", cuando las calles del centro de L.A. zumbaban, llenas a reventar de gente. Pero un día, ese zumbido cambió. La gente seguía ahí, pero nadie gastaba. Era como ver a una ciudad bulliciosa contener la respiración, sin saber cuándo iba a ser seguro exhalar otra vez.

Mi mamá y mi hermana abrieron su primera tienda como en 2002. Era un local grande, en pleno centro, enfocado en ropa urbana. Si andabas por ahí en esos años, seguro te suenan las marcas: LRG, Ecko, Rocawear. La moda eran los cortes grandes para hombres, y también tenían una sección de marcas para mujeres como Baby Phat y la línea de J.Lo. Esa ropa no era solo moda; era cultura.

En ese tiempo yo pasé por toda una etapa South Pole. Mi clóset era una rotación infinita de playeras South Pole, mezclilla aguada y mis tenis Cortez blancos. A mi mamá no le gustaba, le preocupaba que me hiciera ver como pandillero. Pero la neta: no había nerd más inofensivo que yo. Nadie me iba a confundir con gángster, aunque mi outfit dijera otra cosa.

De 2002 a 2007, la tienda prosperó. Teníamos un retail sano, pero la mayor parte del dinero venía de mayoreo. Mi hermana era una emprendedora nata. Tenía clientela de México, Japón, República Dominicana, Puerto Rico y Canadá. Las órdenes volaban. Salían tarimas y tarimas de mercancía. Todavía eran los primeros años de Internet; los pequeños negocios no corrían a tener web o e-commerce. Nuestro negocio caminaba con relaciones, confianza y puro hustle, y por un tiempo, eso bastó.

Lo que más me gustaba era aprender junto a mi hermana. Siempre tuvo ese instinto filoso para los negocios y, a pesar de nuestros choques constantes—porque los dos éramos tercos, de carácter fuerte—me cobijó bajo su ala. De niños nos peleábamos durísimo, y mi mamá siempre decía que era porque éramos igualitos. No se equivocaba. Lo que no estaba bien era lo feo que podían ponerse esas peleas: meses sin hablarnos, insultos como cuchillos.

Durante mucho tiempo yo decía con orgullo que todo lo que sabía de negocios era gracias a mi hermana. Claro, la vida es complicada. Cuando llegué a la uni y empecé a estudiar economía, finanzas y administración, mi visión se amplió. Entendí que, aunque la calle la había llevado lejos, escalar un negocio necesita más: consistencia, estructura, planeación. Con el tiempo, superé algunas de sus

lecciones. Y a la larga quedó claro que ningún hustle nos habría salvado de lo que venía. La recesión de 2008 le pegó durísimo a los pequeños negocios: brutal, sin misericordia. No fue por falta de títulos o de ambición. Fue un derrumbe contra el que no teníamos chance.

Algunos de mis recuerdos favoritos son las ferias de moda en Las Vegas con mi hermana. Imagina pasillos y pasillos de stands de marcas, ejecutivos y diseñadores mostrando las tendencias de la próxima temporada. Era mágico. Soñábamos en grande. Pensábamos que quizá un día tendríamos tiendas departamentales, tal vez un imperio de moda. Yo creo que sí lo hubiéramos logrado, si hubiéramos trabajado con más cabeza y no solo con más horas. Pero pase lo que pase, mi hermana levantó algo increíble de la nada, y nos ayudó a tener un techo.

Cuando digo "negocio familiar", hay que ser claros: casi siempre éramos mi mamá, mi hermana y yo. Mi otra hermana, Jenny, se casó joven y decidió quedarse en casa, criando a sus hijos y apartada del negocio. Mi hermano dejó claro desde temprano que no quería saber nada. No se sentía capaz de trabajar al lado de mi hermana, una tensión que les sembró años de resentimiento.

El Distrito de la Moda del centro de L.A. no es un lugar fácil para que prosperen mujeres. La industria es dominada por hombres, en su mayoría persas, muchos con capital que venía de industrias en la sombra: bienes raíces, mercancía pirata y otras cosas en las que no me voy a meter. Mi hermana se plantó firme entre ellos. Aprendió a hablar farsi y hebreo solo para entender los tratos a su alrededor. Jugó su juego, y lo jugó bien. Aun así, era un mundo despiadado. Cuando nuestra tienda empezó a ir bien, un vecino con bolsillos profundos abrió justo a un lado, vendiendo lo mismo a mitad de precio para sacarnos. Con eso no podíamos competir. No les importaba la ganancia; les importaba ganar.

Esa fue mi vida durante la prepa: fines de semana y días festivos en la tienda. No me molestaba. Quería estar ahí para mi mamá, que se

aventaba días largos y solitarios al frente del negocio. Y, aunque no lo viéramos así entonces, cada minuto me enseñaba. Aprendí qué no hacer. Aprendí lo crucial que es controlar gastos, adaptarte, girar cuando el mercado cambia. De verdad creo que, si abriera un negocio hoy, me iría bien por todos los errores que vi cometer entonces.

Pero ningún título ni preparación nos habría salvado de 2008. No fue un colapso de golpe. Fue lento. Doloroso. Mes a mes, cliente por cliente, fuimos perdiendo el negocio. Nuestros mayoristas leales de México, Japón, Canadá… dejaron de comprar. Primero pensamos que era temporal, una tormentita que había que aguantar. Pero las semanas se volvieron meses. Nuestros clientes no dejaron de comprar todo; dejaron de comprar lo nuestro. Se movieron a líneas baratas, sin marca. La ropa urbana pasó de moda. Y no giramos a tiempo.

Le rogué a mi hermana que transicionáramos a ropa sin marca, que nos fuéramos a moda para mujer. Pero para ella yo seguía siendo un chamaco. Yo debía observar, no opinar. Cada sugerencia que hacía, la tumbaban. Hasta que un día mi hermana anunció que ya. Que no volvía a la tienda. Que iba a pivotear su carrera. Se fue. Nunca voy a olvidar la cara de mi mamá al enterarse. Había terror y había corazón roto. Mi hermana era la cabeza del negocio. Se suponía que nos guiaría en la tormenta. Y ahora me tocaba a mí. Tomé el mando con apenas 17 años.

Primero, liquidé toda la ropa de hombre, vendiéndola por centavos para sacar inventario. Luego empecé a comprar mayoreo de ropa de mujer. Reconstruí la tienda rack por rack. Por un ratito pareció que quizá, quizá sobreviviríamos. Pero seguíamos ahogados en deudas. Solo la renta era de $5,500 al mes, y no vendíamos ni eso.

Desesperado, joven y bien ingenuo, tomé una pésima decisión: empecé a vender mercancía pirata. Fue una tontería, y estuvo mal. Pero era modo supervivencia.

Al final me cacharon. Me arrestaron a los 17. Por suerte para mí, y para mi mamá, las autoridades cometieron un error técnico al detener a un menor en lugar de a un adulto. No pudieron retenerme. Me soltaron y me dieron un año de libertad condicional. Tuve suerte. Esquivé una bala que me pudo haber cambiado la vida para siempre. Ese año crecí de golpe. Entendí que los atajos no son el camino. Pero aun así, el mensaje ya estaba escrito en la pared. A finales de 2009 tuve que cerrar la tienda para siempre. Fue devastador. Desgarrador. Y daba miedo, porque no olvides: yo era indocumentado. Sin tienda, sin papeles, ¿qué iba a hacer? No había DACA todavía. Sin protección. Sin ruta clara.

Lo intentamos una vez más, abriendo otra tienda en el centro de Long Beach. Otra boutique de ropa de mujer. Pero la ubicación estaba mal, escondida entre departamentos residenciales, no en calles transitadas. Fracasó. La asaltaron. Fue la gota que derramó el vaso. Cerramos para siempre. Pagamos lo que pudimos. Nos retiramos. Y por un tiempo yo quedé a la deriva. No sabía si me convertiría en mesero, conserje, housekeeper… lo que fuera que pudiera conseguir sin estatus legal. Mis sueños eran chiquitos entonces, porque tenían que serlo.

Unas semanas después de cerrar, me reencontré con mi mejor amigo, quien me habló de la idea de ir a la universidad. Ni sabía que era opción para alguien como yo. Pero de 2009 a 2012 lo hice mi misión. El community college me salvó. Y luego, en 2012, nació DACA, y en 2013 pude aplicar. El resto, como dicen, es historia.

Pero jamás olvidaré las lecciones que me dejó la tienda. Emprender no es solo tener ganas; es ser tu propio jefe, tu propio RH, tu propio director de marketing, tu propio contador. El dinero hace dinero, y si no tienes suficiente para reinvertir, es cuestión de tiempo para que las paredes se te vengan encima.

Por fin entendí por qué mi hermana se fue. No fue que se rindiera. Estaba agotada. Llevaba años peleando y, cuando todo se vino abajo, simplemente ya no tenía nada más que dar.

Y mi madre, mi dulce y terca madre, todavía se culpa por la caída de la tienda. Para ella no fue un choque económico; fue un fracaso personal. Por más que le digo que no fue su culpa, carga con ese peso como una cicatriz que no sana. Es parte de nuestro trauma latino: nos aferramos demasiado, incluso cuando soltar sería más valiente. Creemos que si trabajamos lo suficiente, podemos obligar a las cosas a sobrevivir. Pero a veces, lo más valiente es saber cuándo retirarte.

Y por eso, siempre estaré orgulloso de mi madre. También de mi hermana. Ellas levantaron algo de la nada. Y cuando llegó el momento, todos encontramos la fuerza para seguir adelante.

Capítulo Veintitrés

EL FAVORITO DE DIOS

Escribir este libro fue cualquier cosa menos fácil.

Me obligó a volver a cuartos en mi mente que mantuve cerrados por décadas, cuartos llenos de recuerdos, de dolor, de verdades que no siempre estaba listo para enfrentar. Por más de 30 años elegí evitar ciertas conversaciones, esperando que al ignorarlas pudiera superarlas. Pero sanar no funciona así. El crecimiento no pasa en silencio. Pasa cuando decimos la verdad, primero a nosotros mismos y luego al mundo.

Una de las verdades con las que más luché al escribir esto fue mi relación con la fe. Si pusiste atención, notaste que toqué la religión muy por encimita a lo largo del libro: mencioné que crecí en un hogar católico, que mi padre ahora es pastor cristiano. Pero me alejé de hablar de mi fe personal. Esa decisión fue deliberada. Quise guardarla para el final, cuando más sentido tendría.

Porque aquí va la verdad:

A pesar de todos los retos, los corazones rotos, las traiciones y las tormentas que he sobrevivido, soy, sin sombra de duda, un hijo de Dios.

Y no solo un hijo de Dios: soy el favorito de Dios.

Mi fe no cabe ordenadita dentro de las paredes de una religión específica.

Vive en un lugar más profundo. Yo creo en un Dios, quien sea Él o Ella. Creo en la energía que mueve al universo, en las corrientes invisibles que nos cargan cuando las piernas ya no nos sostienen, en la voz callada que susurra "sigue" cuando el ruido alrededor grita "ríndete". Creo en las manos que nos atrapan cuando caemos, manos que no siempre se ven, pero que nunca fallan. Porque si no creyera en eso… no sé si seguiría aquí.

Han sido muchas las noches oscuras, momentos en que rendirme parecía más fácil que avanzar; momentos en que el peso de mis circunstancias—como indocumentado, soñador, artista y ser humano —se volvía insoportable.

Pero, de alguna manera, encontré la fuerza para perdonar, soltar y confiar en el proceso.

Cuando me senté por primera vez a escribir este libro, cerré los ojos y susurré una oración: "Dios, dame la fuerza para escribir esto. Que llegue a quien lo necesite. Que sane a quien se siente invisible. Que libere a alguien."

Pensé en las personas que podrían tomar estas páginas, en los que, como yo, se han sentido invisibles, olvidados, malinterpretados.

Pensé en el niño que fui, el niño que solo quería ser visto, escuchado y amado.

Este libro fue escrito para él. Y fue escrito para ti.

Soy el favorito de Dios porque, a pesar de cada barrera apilada en mi contra, algo más grande que yo siempre abrió camino.

Porque, aun cuando diez cosas me decían que no, siempre existía una décima primera: un milagro, un susurro, un desconocido, una oportunidad, que decía que sí.

Soy el favorito de Dios porque Él me eligió para esta vida, con toda su belleza, todos sus moretones y todas sus batallas.

Soy el favorito de Dios porque, cuando entro a un cuarto, aunque la envidia o el odio me sigan, la luz de Dios brilla más fuerte.

Soy el favorito de Dios porque cuando la muerte tocó a mi puerta, Dios me dio la fuerza para volver a vivir y para crear arte que no solo me sana a mí, sino al mundo a mi alrededor.

Soy el favorito de Dios porque, a pesar de las tormentas políticas, a pesar de la injusticia, a pesar de las probabilidades, aún tengo la libertad de pararme en mi verdad y compartir mi voz contigo.

Soy el favorito de Dios por una sola razón: estoy vivo. Y eso basta.

Así que si vas a llevarte algo de mi historia, que sea esto:

Cree en ti con la misma fuerza con la que crees en los demás. Cree que tú también estás guiado por algo más grande. Cree que tú también eres el favorito de Dios.

Porque lo eres.

Siempre lo has sido.

Y siempre serás **el Favorito de Dios**.

Capítulo Veinticuatro

QUERIDA MAMI,

Mami,

Ahora que terminaste este libro y lo sostienes en tus manos, quiero que sepas algo antes que nada: te amo.

Necesito que entiendas que el simple hecho de que yo haya escrito estos capítulos —con su dolor, su oscuridad, sus luchas, sus victorias — es posible gracias a ti. Tú eres el ancla que me mantuvo firme cuando las tormentas quisieron tragarme entero. Tú eres la razón por la que no solo sobreviví, sino que también aprendí a levantarme, a extender mis alas y a volar. Este libro no es solo mío. Te pertenece tanto a ti como a mí.

Ya puedo verte, leyendo algunas de estas páginas con lágrimas en los ojos, preocupada de que quizá no hiciste lo suficiente, o pensando que de alguna manera las dificultades que enfrenté son tu carga. Por favor, Mami, sécate esas lágrimas. Nada de esto es tu culpa. La vida no es un arcoíris. Nunca nos prometió facilidad ni justicia. La vida nos puso a prueba, una y otra vez, porque así es la vida.

Y ahora sé que esas pruebas no fueron castigos; fueron lecciones. Sin ellas, no sería quien soy hoy. Sin ellas, no habría encontrado mi voz. Sin ellas, no habría escrito este libro.

Y sin ti, no habría sobrevivido.

Quiero dejar algo claro: mis desgracias no son tus fracasos. Son simplemente los caminos que tuve que recorrer, las tormentas que

tuve que aguantar. Y nunca van a desaparecer del todo, porque la desgracia es parte de vivir. Pero cómo respondo a ellas, cómo me levanto después de cada caída, ese es el verdadero regalo que me diste. Me enseñaste resiliencia, no con palabras, sino con tu vida. Con cada sacrificio que hiciste, cada noche sin dormir trabajando, cada momento en que te mantuviste firme cuando el mundo quería quebrarte.

Mami, necesito que sepas que incluso cuando me sentí perdido, incluso cuando sentí que no me quedaba nada para dar, el pensamiento de ti me sostuvo. Podía escuchar tu voz recordándome seguir adelante. Podía ver tus manos, cansadas pero firmes, construyendo una vida para nosotros de la nada. Podía sentir tu presencia hasta en las noches más solitarias, recordándome que vengo de una mujer fuerte. Por eso te llamo mi Dama de Hierro. Porque nada te ha quebrado. Ni la pobreza, ni las fronteras, ni el miedo, ni siquiera la carga de llevar a una familia entera en tu espalda. Has caminado por el fuego, y aún sigues de pie.

Este libro no es un registro de tragedias. Es un registro de supervivencia. Es prueba de que sigo aquí. Y estoy aquí gracias a ti.

No quiero que pienses que quedé aplastado por las experiencias de las que hablo en este libro, porque no fue así. Sí me moldearon. Sí dejaron cicatrices. Pero las cicatrices no son debilidad. Son prueba de sanación. Son prueba de aguante. Cada cicatriz que llevo es un recordatorio de las batallas que luché, y cada batalla que sobreviví es testimonio del amor que me diste.

Mami, sé que quizá te preguntes si alguna vez resentí la vida que tuvimos, las luchas, la falta de facilidades. Pero déjame decirlo con claridad: no te resiento. Nunca lo hice. Al contrario, te agradezco. Porque contigo aprendí que el amor no se trata de cosas materiales. El amor no es tener todo fácil. El amor es presencia, es sacrificio, es pelear uno por el otro cuando el mundo intenta borrarnos. Puede que no tuvieras riquezas para darme, pero me diste algo mucho más grande: coraje, fe y una voluntad inquebrantable de seguir adelante.

Hubo noches en las que quise rendirme, cuando la oscuridad me susurraba que el mundo estaría mejor sin mí. Y aun así, aquí estoy. ¿Por qué? Porque en medio de esa oscuridad te escuché. Recordé tu fuerza. Recordé que tú ya habías caminado por cosas peores y seguiste adelante. Si tú pudiste, yo también. Me salvaste sin saberlo. Me salvaste con tu ejemplo. Me salvaste con tu amor.

¿Te acuerdas de las veces que trabajaste hasta la extenuación para que pudiéramos comer, para que yo pudiera ir a la escuela, para que pudiera tener la oportunidad de soñar? Yo sí. Recuerdo todo. Recuerdo la mirada en tus ojos al llegar a casa, cansada pero orgullosa. Recuerdo las comidas que pusiste en la mesa, incluso cuando casi no comías tú. Recuerdo cómo me abrazabas cuando el miedo sacudía nuestro barrio. Esos momentos fueron lecciones, Mami. Me enseñaron que el amor no se habla, se vive. Y tú lo viviste todos los días.

Por eso, cuando la gente me pregunta por qué sigo peleando, por qué sigo creando, por qué sigo alzando la voz, siempre pienso en ti. Porque te amo. Porque cuando amas de verdad, peleas por eso. Y tú me enseñaste eso.

Quiero que me escuches bien cuando digo esto: eres la mejor madre del mundo. Lo digo con cada parte de mi ser. No hay premio, reconocimiento ni galardón que pueda compararse con el honor de ser tu hijo. Tú eres el cimiento bajo mis pies. Las alas detrás de mi vuelo. El combustible que siempre necesito para despegar.

Al leer estos capítulos, al toparte con la tristeza y el miedo, no quiero que cargues con culpa. Quiero que cargues con orgullo. Orgullo de que, a pesar de todo, tu hijo no solo sobrevivió, sino que se levantó. Todo gracias a ti.

Esta carta es mi forma de decir gracias. Gracias por tus sacrificios. Gracias por tu amor. Gracias por tu fuerza. Gracias por creer en mí, incluso cuando yo no creía en mí mismo. Gracias por ser la razón por la que hoy puedo pararme derecho y decir: “Aquí estoy.”

La vida nunca será perfecta, Mami. Las desgracias seguirán llegando. El dolor seguirá poniéndome a prueba. Pero no tengo miedo. Porque te llevo conmigo. Cada reto que enfrento, lo enfrento con tu fuerza en mi sangre. Cada victoria que reclamo, la reclamo en tu nombre. Cada historia que cuento se construye sobre el cimiento que tú me diste.

Así que quiero que respires profundo y seques esas lágrimas. Sonríe, porque estas palabras no son solo sobre lucha.

Son sobre triunfo. Son sobre ti. Son sobre nosotros.

Te amo, Mami. Siempre y para siempre.

Tu hijo,

Jorgito

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro ha sido uno de los viajes más desafiantes y gratificantes de mi vida, y no habría sido posible sin el apoyo inquebrantable, la paciencia y el amor de tantas personas que creyeron en mí incluso cuando yo dudaba de mí mismo.

Antes que nada, quiero agradecer a mi increíble equipo.

A mi agente, **Alejandra Palomera**, y a todo el **Palomera Group**, gracias por estar a mi lado, por guiarme en este proceso con tanto cuidado y determinación.

A mi agente, **Jason Hilton** de **Posh Talent Agency**, gracias por creer en mi voz y ayudarme a navegar este sueño con integridad y propósito.

A mis editores y a mi editorial, gracias por trabajar con tanta dedicación, por empujarme a profundizar más y por ayudarme a dar vida a esta historia con honestidad y claridad. Cada revisión de madrugada, cada conversación difícil y cada momento de duda valió la pena gracias a su visión y compromiso.

A mis hermanos **Veronica, Daniel y Jennyfer**, gracias por ser los mejores hermanos que cualquiera podría pedir. Cada uno me enseñó la resiliencia a su manera. Me inculcaron el poder de la perseverancia, recordándome que la familia es tanto nuestra primera base como nuestro ancla eterna. Estoy aquí, en gran parte, gracias a las lecciones que me dieron en silencio y con amor a lo largo del camino.

Y lo más importante, a mi esposo, mi mejor amigo, mi confidente, los anillos de mi Saturno, **Alexis Vázquez**. Me tomaste de la mano en cada paso mientras escribía estas páginas. Cargaste mis dudas cuando eran demasiado pesadas, me recordaste mi valor cuando lo cuestionaba y me amaste a través del caos de los plazos, los recuerdos y las emociones. Este libro es tanto tuyo como mío, y

siempre estaré agradecido por la belleza y la fuerza que traes a mi vida.

A todas las mujeres que me han ayudado a lo largo de mi carrera, ustedes saben quiénes son. Desde mentoras hasta colegas, colaboradoras y amigas, me abrieron puertas, me levantaron cuando tropecé y me recordaron el poder de la persistencia. Las honro con estas palabras.

A mis abuelos, que me dieron a mis padres. A mis padres, que me dieron la vida. A los sacrificios que hicieron, a las lecciones que me transmitieron y al legado de amor y supervivencia que construyeron, todo lo cargo dentro de mí.

A la señora **Fritz**, mi maestra de inglés en la prepa, cuando todos me decían que nunca podría ser escritor, usted se aseguró de que entendiera que podía ser más que eso. Su fe plantó una semilla en mí que creció hasta convertirse en estas páginas.

A la señora **Patterson**, por enseñarme sobre política e historia de Estados Unidos de una manera que me hizo enamorarme de ambas materias. Me dio el regalo de la curiosidad y me mostró que entender la historia es también entendernos a nosotros mismos.

Y a la señora **Jiménez**, que sé que seguramente la desesperé más de una vez, gracias por nunca rendirse conmigo, por tratarme siempre con respeto y con bondad, incondicionalmente. Su paciencia y fe en mí hicieron toda la diferencia cuando más lo necesitaba.

Y finalmente, a la **América** que conocí cuando llegué en 1998. El país que me formó, que me retó y que, a veces, me quebró. El país en el que todavía creo, incluso cuando no siempre cree en mí. Te vemos. Te escuchamos. Y seguiremos luchando por ti, por la América que nos prometió esperanza, por la América que nos recibió en fragmentos y por la América en la que, contra todo pronóstico, aún elegimos creer.

Este libro es para todos ustedes.

Gracias por darme el valor de contar mi historia.